
UN
highlander POR
Navidad
CARLA SÁENZ

UN HIGHLANDER POR NAVIDAD

CARLA SÁENZ

Un highlander por Navidad

Carla Sáenz

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de Kindle KDP para su distribución y puesta a disposición del público, por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

©Carla Sáenz

Diseño de la cubierta: Adela Aragón

Imagen de la cubierta: Adela Aragón

Maquetación: Marisa Sefra

Corrección: Enrique García

Primera edición: Noviembre de 2025

ÍNDICE

Im-po-si-ble

I. Primera Navidad

- 22 de diciembre de 2022.
- Julia
- Brodie
- 23 de diciembre de 2022.
- Brodie
- Julia
- Brodie
- Julia
- 24 de diciembre de 2022.
- Julia
- Brodie
- Julia
- Brodie
- 25 de diciembre de 2022.
- Brodie
- Julia
- Brodie
- 26 de diciembre de 2022.
- Brodie

II. Segunda Navidad

- 21 de diciembre de 2023.
- 22 de diciembre de 2023.
- Julia
- Brodie
- Julia
- Brodie
- 23 de diciembre de 2023.
- Julia
- Brodie
- 24 de diciembre de 2023.
- Brodie

Julia
Brodie
Julia
25 de diciembre de 2023.
Julia
26 de diciembre de 2023.
Julia
Brodie
Julia
Brodie

III. Tercera Navidad

21 de diciembre de 2024.
Brodie
Julia
22 de diciembre de 2024.
23 de diciembre de 2024.
Brodie
Julia
Brodie
24 de diciembre de 2024.
Julia
Brodie
Julia
Brodie
25 de diciembre de 2024.
Brodie
26 de diciembre de 2024.
Brodie

IV. Cuarta Navidad

21 de diciembre de 2025.
Brodie
22 de diciembre de 2025.
Brodie
Julia
23 de diciembre de 2025.
Julia
Brodie
24 de diciembre de 2025.

Brodie
Julia
Brodie
Julia
25 de diciembre de 2025.
Julia
Brodie
Julia
26 de diciembre de 2025.
Julia
Brodie

Un highlander por Navidad
Ullapool, 21 de diciembre de 2026.

Nota de la autora
Gracias
Sobre Carla

IM-PO-SI-BLE



INVERNESS, 9 DE SEPTIEMBRE DE 2021.

BRODIE

—¡Vamos a tener un bebé! —anuncia con alegría mi mujer. Estamos terminando de cenar en mi restaurante favorito. Es mi cumpleaños.

Rachel me enseña una ecografía en la que no veo al bebé del que habla, y yo trato de confiar en que existe de verdad. Han sido muchos intentos, muchas pruebas, muchas pérdidas; una ridícula sucesión de encuentros sexuales, cada cual más incómodo, marcados en el calendario del móvil. La fecha estimada de la concepción no me acaba de cuadrar, pero la ecografía está ahí. Por fin llegan los frutos del trabajo en equipo. Es un regalo maravilloso que he deseado toda mi vida.

—¿No vas a decir nada? —me pregunta, extrañada por mi falta de reacción—. Me esperaba un numerito de los tuyos, con bailes y gritos de alegría, si te soy sincera. Sabía que estabas raro hoy, ya te lo he notado en el coche. Llevas todo el día como ausente. Y durante la cena también, claro. Me extrañaba que estuvieras tan serio, pero por una vez me parecía bien. Por cambiar. Te lo tendría que haber dicho en casa y ya está. Tonta de mí, he pensado que te

haría ilusión que fuera una especie de regalo de cumpleaños, pero ahora me siento ridícula con todo este maquillaje y este vestido horrible que me ha prestado mi hermana, porque con la de cambios que ha sufrido mi cuerpo últimamente, como para que me esté bien algo de lo que tengo en el armario… Genial, ahora me está mirando todo el mundo, parece que no se puede llorar en público sin que te observe medio restaurante. No sé por qué narices te gusta tanto este sitio, siempre está lleno de idiotas.

Todavía anonadado, ignoro su monólogo y estudio la ecografía en busca de formas que certifiquen lo imposible. Porque lo es. Es imposible. Im-po-si-ble.

Esta mañana no he ido a trabajar; harto de intentos fallidos, acudí hace unos días a realizarme las pruebas correspondientes, y hoy tocaba recoger los resultados. En el bolsillo, aguardando a que reúna la valentía de enseñárselo a Rachel, llevo un papel que certifica que de mi pene no ha salido ni saldrá jamás un espermatozoide válido para la reproducción. O algo así. La jerga médica no es lo mío. Pero vamos, que la idea está clara: im-po-si-ble.

—Pensé que te alegrarías después de haber sufrido ya cuatro pérdidas —continúa Rachel, echando sal a la herida sin saberlo, recordándome las veces que lloramos juntos un duelo que, al parecer, no me correspondía a mí—. Esto debería ser un momento de celebración y lo estás estropeando. ¿Qué narices te pasa? ¿Es que no quieres ser padre?

De niño, era el único de la escuela que llevaba un Nenuco pelón a todas partes. Mis amigotes, al verme darle el biberón vacío o cambiarle los pañales embadurnados de barro, me llamaban Señorita Rosslyn, haciendo gala de un extraordinario ingenio al añadirle tres letras a mi apellido para afeminarlo. Siempre quise tener hijos, algo por lo que Rachel ni siquiera había mostrado un mínimo de interés hasta que su hermana los tuvo y le entró una envidia horrorosa.

Miro alrededor en busca de una cámara oculta. Tiene que ser una broma pesada. ¿Qué otra cosa iba a ser? Rachel me debe estar

devolviendo una de las tantas que le he gastado yo. De ser así, tengo que reconocer que sería buenísima.

No puedo tener tan mala suerte en todo. Soy un tío majo, trabajador y simpático. Caigo bien a la gente, siempre me lo tomo todo con humor. Conocí a Rachel en el instituto, le pedí matrimonio cuando acabó la carrera, me quedé en el pueblo donde ella quería vivir —a pesar de que yo siempre había querido marcharme— y acepté un trabajo mediocre para que ella pudiera tener el de sus sueños. Nunca he besado a otra mujer, nunca he olvidado una fecha importante y nunca he faltado al trabajo sin justificación. Sé cocinar lo básico para sobrevivir, poner lavadoras y hacer alguna que otra chapuza en casa. He sido un buen hijo, un buen empleado y un buen marido toda mi vida.

Bueno, es cierto que convivir conmigo no debe ser fácil, teniendo en cuenta que Rachel nunca sabe cuándo tomarme en serio o cuándo puede acabar estrellada contra una pared de plástico transparente al salir de una habitación. No entiendo cómo sigue funcionando. Debe ser complicado lidiar con la cantidad de sustos y bromas pesadas que planeo, con las veces que cuento chistes sin gracia o con mi falta de sentido del ridículo. Y el acordeón, claro. Rachel está hasta las narices de que practique en casa a todo volumen. Pero quitando esas nimiedades, soy un marido de diez. Quizá de nueve, por eso de que no cumplo expectativas como macho inseminador. En general, tampoco es que cumpla en la cama, solo lo estrictamente necesario para cubrir las expectativas de mi insaciable mujer. Otro puntito menos. Pero un marido de ocho no está mal, los hay mucho peores.

—¿De qué coño te estás riendo ahora? —me grita Rachel—. ¿Te parece normal?

Al resto de comensales, desde luego, no se lo parece. Me miran como si fuera un auténtico energúmeno sin compasión alguna por mi mujer. Ella es un mar de lágrimas y yo me parto de risa.

—No, Rachel, no me parece normal —contesto, por fin, entre carcajadas, como quien ha perdido del todo la cordura, mientras busco a manotazos sobre la mesa un panecillo que nos ha sobrado de la cena—. ¿Te lo parece a ti?

Le doy un bocado al panecillo y sigo riéndome con la boca llena. Se me cae un trozo masticado sobre el mantel y Rachel me mira con asco, lo que todavía me hace reír más fuerte. Alcanzo mi copa de vino, le pego un buen trago y a los pocos segundos me sale por la nariz porque soy incapaz de dejar de reír. Mal día para ponerme una camisa blanca, supongo. A Rachel también le da esa impresión y, en un gesto que ya es costumbre cuando salimos juntos, se cubre la cara con las manos, avergonzada.

—¿Quieres parar? Estás haciendo el ridículo. Aunque tampoco es nada nuevo.

Su cara de desesperación todavía me provoca más risa y suelto otra carcajada estridente que acaba contagiando a las mesas más cercanas, donde ya se divierten con la escena a pesar de que no tienen ni idea de lo que ocurre realmente. Me sirvo otra copa y casi todo el vino se vierte sobre el mantel. Me tiemblan las manos.

—Deja de mirarme así, Rachel. Uno no puede estar preparado para que toda su vida se vaya a la mierda en unos minutos, así que no me juzgues por no saber encajar el golpe con dignidad.

Suelto el papel del médico en la mesa. Ella lo coge pero no lo lee, está demasiado cabreada. Lo guarda en el bolso de manera automática y continúa con las miradas asesinas en mi dirección.

Me dan ganas de vomitar, y justo cuando voy a salir corriendo hacia el baño, un camarero se acerca a la mesa con una tarta decorada con treinta y una velas perfectamente alineadas sobre la superficie glaseada. Se apagan las luces del restaurante y, durante los segundos que tardan los camareros en advertir la grotesca situación, se oyen unas cuantas voces entonando un débil «cumpleaños feliz» que se acaba distorsionando como si lo emitiese un juguete que se está quedando sin pilas.

Vomito en la cubitera en la que ya solo quedaba agua turbia. Rachel se levanta tan bruscamente que golpea con el respaldo de su silla al camarero que todavía sostiene la tarta. Las velas caen a cámara lenta sobre la mesa, el mantel comienza a arder y yo me tiro al suelo porque me duele la barriga de tanto reírme.

—Se acabó —sentencia Rachel entre las llamas y los gritos, como recién salida del infierno—. Quiero el divorcio.

PARTE UNO
PRIMERA NAVIDAD

2022

BRODIE

hey eres marc?

soy brodie

me han dado tu numero por lo de la habitacion

MARC

Si

Dame un segundo

MARC AÑADIÓ A JULIA

MARC AÑADIÓ A JADE

MARC

Vale

Ya estamos todas

Brodie con que pronombres nos dirigimos a ti?

BRODIE

con personales supongo

con otros seria raro

MARC

Mare meua 🙄

Tenemos un graciosillo

A Jade le va a encantar

Usare el neutro por ahora

BRODIE

no hace falta

era cona

me vale el masculino

lo siento jade tio

las bromas me salen mejor en persona que por mensaje

MARC

🤦 Dime que no has dicho que Jade es un tio

BRODIE

la he vuelto a liar?

tengo un colega que se llama igual

MARC

Bueno pues nuestrA Jade no es tu Jade

BRODIE

ah claro

tambien puede ser femenino

por la piedra no?

MARC

Exacto

Por la piedra

No se si esto va a funcionar

JULIA

¡Hola! 😁Encantada, Brodie. Yo soy Julia. También hago bromas que no hacen reír a nadie, pero básicamente porque no las entienden, no porque no tengan gracia en sí.

MARC

Ya claro

JULIA:

Bueno, tú es que tienes un sentido del humor más bien escasito. 😅 Voy a tomarte el relevo, que te has puesto un poco hostil.

Brodie, estás interesado en alquilar nuestra habitación libre, ¿verdad? Supongo que ya te han informado del precio y las condiciones. ¿Te parece bien?

BRODIE

el precio genial

lo del contrato de un ano acojona un poco porque marc no me va a soportar e intuyo que jade tampoco

pero bueno es su problema

a mi todo el mundo me cae bien

la opcion b es seguir viviendo con mi abuelastra y no ha sido agradable desde que se abrio una cuenta en tinder y me converti en su unico confidente

MARC

Aqui la confidente es Julia

JULIA

Es cierto. Lo que me gusta a mí un buen chisme y un buen salseo no es ni normal. 🤭

BRODIE

conmigo poco chisme vas a tener porque soy una ameba en la vida

MARC

No hace falta que lo jures 😂

JULIA

Ay, Marc, relájate un poco, que lo vas a espantar, y nos hace falta la pasta.

MARC

Cierto 🤐

JULIA

¡Tengo una idea! 💡 Brodie, ¿nos cuentas algo sobre ti para hacernos una idea de cómo sería la convivencia?

BRODIE

no se

puede ser una idea horrible

a veces es mejor dejarse sorprender

fluir como dicen

MARC

👀 Despues de esa respuesta necesito saberlo todo antes de aceptar

JULIA

Tampoco será para tanto, ¿no? ¿Qué haces que pueda ser tan molesto como para no poder convivir contigo? ¿Dejar todos los grifos abiertos? ¿Freír pescado a todas horas? ¿Tocar la trompeta al levantarte por las mañanas? 😂

BRODIE

la trompeta no

pero el acordeon si lo toco

MARC

QUE?

Tienes que estar de coña

BRODIE

es mi trabajo

toco en un pub

JULIA

JAJAJA No me lo esperaba. ¡Qué curioso! Nunca he conocido a nadie que toque el acordeón.

MARC

A Maria Jesus 🤣

JULIA

Calla, que me meo.

😂😂😂

Estoy viendo a Brodie cantando pajaritos por aquí, pajaritos por allá.

BRODIE

no me parezco en nada a maria jesus

ya os voy avisando

para que no tengais tan altas las expectativas

las expectativas son muy putas

que se lo pregunten a mi exmujer

MARC

Mira por donde no me extraña nada que estes divorciado

BRODIE

a mi tampoco

me alegro de que estemos de acuerdo en algo marc

tiene pinta de que vamos a acabar siendo una y carne

mejores amigos

veras

seguro que hasta somos de la misma quinta

MARC

Cosecha del 90 😎

BRODIE

bingo!

septiembre del 90

JULIA

¡Esto es el destino! 💫

Jade y yo también somos del 90. Noviembre y febrero, así que parece que soy la mayor, porque Marc es de octubre.

Seguro que esto de que seamos del mismo año le va a dar buena vibra a Jade. Ella se mueve mucho por energías y todo eso.

BRODIE

oye y sois todos espanoles? es por saber si voy a ser el unico con cara de guiri

MARC

Si

Dos de aqui y una andaluza

De donde eres tu?

BRODIE

soy escoces

y si habeis estado de viaje en edimburgo o algo asi eso no es escocia

esta lleno de espanoles e italianos haciendo tours de outlander

vaya plaga

me crie en una familia medio escocesa medio espanola

pero en las highlands profundas

MARC

Ay no

JULIA

¿¿¿HAS DICHO QUE ERES DE LAS HIGHLANDS???

BRODIE

ahora me da miedo decir que si

pero si

JULIA

¡NO ME LO CREO! ¡VOY A VIVIR CON UN HIGHLANDER!

MARC

La mare que va

JADE

Uf, qué pechá de mensajes

Estoy en la tienda

Resumen

MARC

Julia esta infartada porque el chico que esta interesado en alquilar la habitacion es un highlander divorciado que toca el acordeon

JADE

Vale, mi voto es NO

Vuelvo al curro

MARC

#instanthate

JULIA

Mi voto es SÍ. Sí, sí, sí.

Y me veo en la obligación de recordarte, Marc, que no tenemos fondos ni para papel higiénico. 💸 Además, si aceptas, friego los platos siempre que te toque a ti.

MARC

Has ido al punto mas debil cabrona

Mi manicura es sagrada y esta reñida con las labores del hogar 💅

JULIA

Te cubro las próximas tres veces que te toque limpiar los baños también.

BRODIE

banos en plural? vaya casoplon no?

JULIA

No está mal. 🥰 Ya verás.

La he decorado yo, y el interiorismo solo es una de las cosas que se me dan de maravilla.

MARC

Las cuatro proximas veces

Y lo del friegue es ya de por vida?

JULIA

Hasta la independencia.

MARC

Hecho! 👋

Brodie quieres pasarte a ver la casa antes o te mudas directamente?

JADE SALIÓ DEL GRUPO

22 DE DICIEMBRE DE 2022.



BRODIE

El primer sonido que escucho cuando Marc me abre la puerta —haciéndose de rogar, al tercer timbrazo— no es una voz humana. Es un coro infantil, muy agudo, a todo volumen, cantando números a ritmo de tortura navideña.

—Diezmiltrescieeeeentoooooscuareeeentaaaaaa...

No me extraña que no haya oído el timbre. Parpadeo. Huele a incienso, suavizante de lavanda y a algo más, que podría ser sopa de miso o colonia de higo, no sabría decir. Con el tiempo, he entendido que Valencia huele a cosas que no tenemos en Ullapool.

—Ah, eres tú. —El tono de Marc no es hostil, pero tampoco entusiasta. Es más bien como el de quien pide un paquete a Amazon y recibe uno de AliExpress, que no es que sea inútil pero digamos que no es lo mismo.

Llevo la mochila a la espalda y el acordeón colgado en el hombro. Debo tener pinta de turista desubicado y soy plenamente consciente de ello. Marc, en cambio, parece de lo más cómodo con un pijama de terciopelo, un moño alto y unas uñas plateadas que podrían sacarme los ojos de un aspaviento.

—Genial. Has llegado justo a tiempo para ver cómo no me toca ni un céntimo —dice, señalando la pantalla.

Se acerca a la mesa de centro y coge unos auriculares. ¿Va a pasar de mí? ¿Con una técnica tan cutre como ponerse música para no escucharme hablar? ¿Nada más conocerme? Ni hablar. Lo interrumpo de inmediato con una pregunta que, con tan evidente respuesta, suena tonta.

—¿Es el gordo?

—Sí —responde amablemente, aunque sin quitarse los auriculares. No se puede tener todo, supongo—. Es el acontecimiento más importante del año en esta casa. Bueno, este y Eurovisión. Julia lo vive como si le fuera la vida en ello. Pero no está, ha empezado un nuevo trabajo hoy. No ha dicho dónde. Misterios de la vida.

—¿Y Jade? —me esfuerzo en pronunciarlo en español esta vez. No quiero volver a cagarla.

—Tampoco está. Y aunque estuviera, dudo que saliera a saludar, es muy de aparecer solo cuando quiere, como una aparición mariana. Pero con *eyeliner*.

Asiento, incómodo, todavía en el umbral, aunque Marc no me ve porque ya ha clavado de nuevo la vista en la televisión. En una esquina del salón hay un árbol de Navidad enorme, desproporcionado respecto al tamaño del piso. Hay luces por todas partes y un reno de peluche me observa desde lo alto de una estantería.

—Entiendo que no me vas a enseñar el piso.

—¿Hace falta? Te vas a quedar igual, ¿no? He visto que has traído el acordeón y lo he dado por sentado.

—Lo llevo porque toco esta noche y me daba pereza volver a casa de mi abuelastra. Aunque sí, estoy casi seguro de que me quedo, porque la alternativa es seguir viviendo con ella y con los sonidos que salen de su habitación cuando invita a la gente a la que se liga por ahí. Ya ni se corta.

—Va, suelta eso, que te hago el *tour*. —Se me acerca con pereza, pero una vez me invita a entrar y cierra la puerta se convierte en un azafato que indica salidas de emergencia en un avión—. Ahí en la entrada, a la derecha, tienes un baño, el que vas a compartir con Jade. Julia y yo compartimos maquillaje y cosméticos, así que el otro

es nuestro. A Jade le daría un algo si viera tanto potingue químico, a ella le va el rollo natural. Ni se te ocurra dejarte en la ducha un bote de champú del súper, que te lo vacía en la basura.

—Entendido.

—El salón ya lo has visto, no hay más. Sobra decir que lo compartimos todos, así que normas básicas de convivencia y todo eso: que no dejemos cosas por ahí tiradas, básicamente. A Julia le encanta decir que cada cosa tiene un sitio y solo un sitio, y que si no está en ese sitio algo hemos hecho mal. Ella se encarga del orden; y de la limpieza, para qué mentir. Jade y yo hacemos lo básico para que no nos eche la bronca. Si te ve de vez en cuando con un plumero en la mano, ya te la has ganado.

—Apuntado.

El salón no tiene cuatro paredes, sino tres. La que falta lo separaría de la cocina. Solo un arco de madera envejecido marca el límite. La ausencia de paredes explica por qué huele a comida en toda la estancia. Mi abuelastra protestaría, como protesta cada vez que se me olvida encender el extractor al cocinar los únicos dos o tres platos que sé hacer, pero a mí me parece acogedor. Sobre todo porque el aroma que lo impregna todo en este momento es el de las galletas recién horneadas que veo en una bandeja de metal sobre la encimera. Los trocitos de higo que las decoran descifran parte del enigma de olores que me ha mareado al entrar por la puerta.

—La cocina, obvio —continúa Marc—. Y al fondo, la zona donde comemos cuando coincidimos. Aunque de día entra mucha luz, los ventanales son un asco cuando toca limpiarlos, pero dan vidilla a la casa. Esas son las habitaciones de Jade y Julia. —Señala las puertas que hay a ambos lados de la gran mesa del comedor, la cual parece un tablón de madera reciclada enorme al que han atornillado cuatro patas de Ikea—. Si ves salir humo por debajo de la puerta de Jade no te asustes, es normal. Tú y yo estamos al otro lado de la casa. Por ahí.

Regresamos al salón y veo que se refiere a un corto pasillo en el que se encuentran otras dos puertas idénticas.

—La de la derecha es la tuya —indica mientras vuelve a su cómoda posición en el sofá—. Bienvenido.

Abro la puerta y me quedo de piedra al ver el interior: paredes cubiertas de papel pintado en tonos blancos y dorados, muebles elegantes como los de las revistas de interiorismo, moqueta mullida que no parece haber sido pisada nunca jamás y un armario con puertas de cristal con tanta ropa planchada dentro que parece una *boutique* de lujo. La luz natural que entra por las ventanas me baña entero y se derrama por el pasillo detrás de mí.

—He dicho derecha —me reprende Marc desde el salón.

—Ay, joder. Perdona.

Ya decía yo que algo no cuadraba… Abro la mía y me encuentro con la antítesis de la de Marc: paredes oscuras llenas de pintadas de colores, muebles básicos y un colchón que, a pesar de estar sobre palés de madera y no sobre un somier corriente, parece cómodo.

Marc aparece a mi lado como un vampiro sigiloso; finjo que no me asusta y suelto el acordeón sobre el escritorio vacío.

—El anterior inquilino era un grafitero un tanto *raruno*. Puedes pintar las paredes si quieres. Al menos tienes ventana, aunque no cierra bien. Si llueve fuerte, entra agua por esa esquina. Aunque tú, de lluvia, sabrás un huevo. Dudo que te moleste. Le tienes que poner una toalla o algo, que aquí *plou poc, però pel poc que plou, plou prou.* No te lo sé traducir, es un trabalenguas. Si un día aciertas a pronunciarlo bien serás un auténtico valenciano. En fin, eso, que este es tu cuchitril. Haz todo el ruido que quieras, duermo como un tronco. Tómate estos días como una prueba, no se paga el alquiler hasta el día diez.

Una vez finalizadas las instrucciones, se vuelve a instalar en el sofá. En la tele siguen cantando.

—Oncemilseiscientooossetentaycincoooo...

Miiiiiil euros que le tocan a alguien que no somos ni Marc ni yo. A él quizá le podría tocar algún día, a mí ni de coña. Yo la suerte no la conozco.

JULIA



Cuando llego a casa me llevo una bofetada de incienso, y otra vez es el de limpieza energética… No sé si Jade se cree que vivimos sobre un antiguo cementerio o si simplemente tiene algo en contra del ambientador de toda la vida, pero el caso es que la casa siempre huele a cosas raras, como a bosque húmedo con toques de mandarina.

Me descalzo y me retoco el maquillaje en el espejo de la entrada, todavía oculta por la puerta que separa el recibidor del salón. Me aseguro de lucir perfecta para dar una primera imagen impactante.

En el salón solo está Marc, tirado en el sofá como si lo hubieran abandonado tras una catástrofe natural. Pijama de terciopelo, uñas impecables, cara de hastío bajo la mascarilla de arcilla que le cubre la piel.

—¿Qué haces? —le pregunto. No se entera. Me asomo por encima del respaldo para que mi cara quede justo encima de la suya y, cuando abre los ojos sobresaltado por mi aparición, repito—: ¿Qué haces?

—Recuperarme del trauma de la vida —responde sin moverse.

—O sea, tu día libre.

—Exacto.

Se incorpora y cruza las piernas sobre el sofá. Apoya la espalda en el reposabrazos, se retira la mascarilla e intenta alcanzar el pequeño estuche de plástico que siempre lleva encima.

—No hace falta —le digo, alzando un poco el tono.

—¿Segura?

Asiento con cariño.

—Claro, me pongo aquí. —Me coloco frente a él, con la espalda en el reposabrazos contrario—. ¿Y Jade?

—Encerrada desde hace una hora. Ha llegado, ha saludado con una ceja y se ha metido en la habitación. Yo de ti no llamaría a su puerta, tenía aura de «como me hables, te convierto en sapo».

—Bueno, ¿y dónde está? —Marc arquea una ceja y me mira como si le hablara en ruso—. Mi *highlander*. ¿Dónde se ha metido? Quiero conocerlo.

—Está trabajando. En un *pub*, tocando el acordeón, ¿recuerdas? —Trato de borrar de mi mente ese detalle anticlimático, pero Marc no me deja—. Antes de que sigas idealizándolo: no es lo que esperas. No se parece en nada a los personajes esos que te molan de las novelas de castillos.

—¿Cómo es, entonces?

—Un tío normal. Con gafas. Con sudadera. No viene envuelto en tartán ni nada. Hace chistes y tiene acento raro. Habla así como hablo yo ahora mismo con la mascarilla puesta, como con la boca quieta.

—Pero has dicho que tiene acento. —Muevo las cejas para indicarle que eso puede ser muy sexi a mi entender.

—Sí, acento de pastor ovejero que se ha criado entre la niebla, Julia. Y tampoco muestra señales de que bajo la ropa esconda músculos de guerrero celta, ni de montar a caballo. Seguramente haya venido en metro cargando el acordeón.

—Dime que al menos es rubio.

—Es rubio.

—Me vale.

—Pero te he dicho que cuesta entenderle al hablar, entre otros detalles que no contarían como puntos fuertes.

—¿Cómo que no? Si no se le entiende, me puedo imaginar que me habla en gaélico.

—Tía, te veo como muy entregada a esta telenovela. ¿Tú no eras arromántica?

—Claro, pero también tengo ojos. Y un cuerpazo que reacciona. El corazón está en *off*, pero el resto del sistema operativo va como una moto, y si este tío tiene un mínimo de hombros anchos y me dice un *«hiya»* con voz grave, hasta me replanteo mis etiquetas.

—En fin, tú sabrás. Me muero de ganas de verte la cara cuando te des cuenta de que tu *highlander* mide metro setenta y tiene pinta de universitario con resaca.

BRODIE



Todo está en silencio. Demasiado silencio para una casa con cuatro habitantes.

Cuando he llegado del *pub* aún se oía ruido en las habitaciones y he pasado desapercibido, pero ahora me tengo que esforzar para no despertar a nadie de camino a la ducha. He cerrado la puerta de mi habitación con cuidado y ahora recorro descalzo el corto tramo hasta el salón como si el suelo estuviera cubierto de cristales. Me siento un espía en una misión encubierta, solo que en calzoncillos.

La lógica me dice que no debería haber más obstáculos hasta el baño, pero la lógica ya me ha fallado dos veces esta tarde antes de salir: una con el microondas y otra con la cafetera, que escupió algo tan negro como el alma de un gato gótico que me bebí por puro orgullo bajo la severa mirada de Marc.

Voy tocando la pared y avanzo despacio; palpo en busca de señales, de interruptores, de esquinas de muebles, de mi dignidad. Nada. Sigo caminando, tropiezo con lo que parece una planta. Me disculpo en voz baja, por si es una planta mágica o algo y resulta que puede sentir dolor.

Se oye un clic.

Un crujido.

Me congelo.

No quiero que nadie me vea medio desnudo, sudado, con el pelo revuelto y cara de quien ha salido de un *pub* y ha entrado en Narnia.

Y entonces se oye el clac.

Y la luz del salón se enciende.

Y ahí está.

Una figura apoyada en el arco de la cocina. Pelo oscuro cayendo hacia un lado, perfectamente peinado a pesar de la hora. Batín negro, *piercing* en la nariz y unos ojos oscuros delineados que me atraviesan como si hubiera interrumpido un ritual pagano.

—Hola —saludo, con la mano en alto, como si eso pudiera darme un aspecto más decente.

Ella me observa en silencio. Ladea la cabeza, mira mis calzoncillos con estampado de frailecillos y suspira.

—Tú debes de ser Jade —añado.

Nada.

Ni una palabra, solo un gesto: niega con la cabeza, muy despacio, como si hubiera visto esto venir en una lectura de tarot hace años y no pudiera creerlo.

—Yo soy Bro...

Pero ella ya ha girado sobre sí misma, como si saliera de escena en una obra de teatro. Entra en su habitación sin hacer ni un mínimo ruido y cierra la puerta con precisión quirúrgica.

Me quedo solo bajo la luz cálida del salón, con mis frailecillos y con más ganas todavía de una ducha que me quite no solo el sudor sino la sensación pegajosa que me ha dejado en el cuerpo la mirada de Jade.

23 DE DICIEMBRE DE 2022.



JULIA

Hoy la casa huele a lentejas con especias y a hogar, de una manera que solo ocurre en estas fechas. Jade se levanta temprano y, con la misma energía que otras personas le meten a una sesión de cardio, prepara manjares veganos que almacenar en la nevera para cuando nos hartemos de las comilonas navideñas. Siempre hay aperitivos saludables y naturales en casa gracias a ella, algo que no mencionamos a menudo para que no se venga arriba pero que Marc y yo apreciamos en silencio. Es la manera que tiene Jade de decirnos que nos quiere. Porque nos quiere, aunque jamás lo admitiría.

Me aproximo a ella en modo sigilo, como si le fuera a robar un buen secreto. Está ahí, con el batín negro abierto sobre una vieja camiseta de *Jóvenes y brujas* que le regalé el año pasado y que pensé que jamás se pondría; lleva el pelo recogido en un moño desigual del que se escapan algunos mechones, las uñas negras descascarilladas y está revolviendo la olla como si conjurara una receta ancestral.

—No pienso hacer nada útil —le aviso antes de que me lo pida.

—Tampoco es que me vaya yo a fiá de alguien que no sabe ni freí un huevo —responde sin mirarme—. Y no necesito ayuda, que pa

eso me he levantao con el chakra creativo cargaíto y estoy a punto de llená veinte tápe.

Me apoyo en la encimera, lejos de su zona de trabajo por si acaso. Llevo mi mejor cara de quien viene a dar guerra. Me he embadurnado los labios con el *gloss* más apetitoso que he encontrado en el cajón de maquillaje de Marc. La idea es estar casualmente fabulosa por si me cruzo con él. No con Marc, claro, sino con mi *highlander*. Él no está preparado, pero yo sí.

—¿Sabes si ha salido ya de la cueva?

—¿Qué cueva, prima? ¿Qué está hablando?

—De su cuarto, tía.

—Ah, no. —Suelta una risita seca y remueve con más fuerza.

—Pues que no tarde, que estoy lista para el flechazo. Para el *hiya* con acento y mirada intensa.

—Julia, lleva calzoncillo de frailecillo.

—¿Y? Nadie es perfecto. Eso solo lo hace más interesante; además, me he liado con gente que se peina con la raya en medio, ¿crees que eso es mejor? Oye, ¿cómo sabes lo de los calzoncillos? ¿Hay un agujero en su puerta y no me he enterado?

Jade deja la cuchara, se gira hacia mí y me mira como si me creyera capaz de hacer yo misma el agujero.

—Se me apareció en mitá el salón anoche, como si fuera un espíritu escocé buscando el baño, perdío en un pasillo de dos metro de largo. To sudao, en calzoncillos, con cara susto. Un cuadro. Soltó un «hola» jiñao de miedo, como si acabara de profaná un templo druida.

—Y tú te diste la vuelta en silencio dramático, ¿verdad?

—Po claro. Fui un poco sombra juzgadora, lo reconozco.

Suelto una carcajada.

—Ay, por favor, Jade. ¡Qué dura eres! ¿Y qué te pareció?

—Un desastre. No sabría decirte si me cae fatá o me da ternura. Pero de sexi no tiene na el gachón. Tiene energía como de... ¿cachorro?

—¡Pero si es un *highlander*! ¿Cómo va a tener energía de cachorro?

—Sí, sí, te lo juro, prima. Un cachorro de esos abandonao, ademá.

Me atrevo a robar una cucharada del relleno de croquetas veganas que está preparando Jade y ella me aleja con la mano como si espantara moscas.

—Aún no lo he visto, pero tengo fe. Si no es un *highlander* sexi, al menos que tenga acento y buenos brazos. ¡Algo! Algo me tiene que dar.

—Julia, hija, que te estás montando la fantasía antes del primé «hola».

—Eso es mentira. Yo no me monto fantasías.

—¿Ya has pensao en cómo va a tené la vó cuando grite tu nombre chingando?

—Obvio. Si es muy grave, me muero. Pero grave bonita, no grave de viejo fumador. —Jade me lanza un trapo sucio y yo lo esquivo con habilidad de *ninja*—. Ay, Jade, no me mires así. No estoy buscando novio, ya lo sabes. Solo... energía.

—¿Ahora lo llamas tú así? —se burla.

—Vibra, inspiración, ¿qué más da? Que me despierte la fantasía. Que no todo va a ser trabajar y leer libros de *highlanders* ficticios. A veces hace falta uno de carne y hueso que me recuerde por qué me ponen tanto esas novelas.

—¿Y qué pasa si la peliculita que te estás montando no cuadra con el chavá?

—Pues se edita el guion, tía. O se cambia el género. Las cosas no son tan complicadas, igual acaba siendo una comedia de colegas en plan *sitcom*.

—O una de miedo, Julia. Ten cuidao. A vé si los calzoncillo van a sé pa despistá y el payo é un psicópata sediento de sangre.

—Sí, un vampiro, no te digo…

Nos reímos juntas y durante unos segundos todo es tan sencillo que olvidamos que estas fechas siempre tienen un regusto amargo para ambas. Pero en cuanto se hace el silencio, me veo obligada a soltarle lo que siento realmente.

—Oye, Jade. Creo que no te he dicho lo importante que es para mí que tanto Marc como tú me hagáis un hueco para pasar las

fiestas con vuestras familias. Lo aprecio mucho.

—Ere familia, Julia —responde con una simplicidad que hace que suene natural—. Aunque me voy a arrepentí si te póne monotemática con lo del *highlander*.

—¿Has pensado si él tiene planes? —Jade se encoge de hombros. Nos quedamos en silencio y ella vuelve a la olla—. No sé si es porque soy una arromántica frustrada o porque estoy sensiblona estos días, pero me da como penilla que pase las fiestas aquí solo.

—Seguro que si le preguntas te dirá que está geniá, que tranquila que no le importa quedarse solo. Se pondrá un vídeo de eso de chimenea navideña en YouTube y se echará a darle al mollate pa olvidá qué día é.

El suspiro que suelta al final me preocupa.

—Jade, tía, eso ha sonado demasiado específico para no conocerlo. Y triste. ¿Estás bien?

—Aro. Pero es que he estao ahí. Ya no. Pero telita con lo jodío que é. Aunque iguá me estoy flipando y tiene unos planazo mejores que los nuestro. Harías mejó yéndote con é, que conmigo ya sabes lo que hay.

—¿Drama familiar con tarot y prejuicios? Sí, gracias. Ponme dos kilos. Es mi género favorito: tenso, absurdo y con postre.

La abrazo por detrás y la obligo a dejar lo que está haciendo, pero ella se resiste, así que le hablo a su espalda.

—Gracias por adoptarme, Jade Heredia. —Ella no me mira, pero deja la cuchara en el borde de la olla, como si quisiera prestarme toda su atención. Ese gesto, junto con el par de palmaditas que me da en el brazo con el que la rodeo, me dice más de lo que me diría cualquier palabra. No quiero ponerme intensa y estropearlo, así que bromeo—: Pero te advierto que si mañana por la mañana me cruzo con Brodie y me dice *«morning»* con voz grave, no cuentes conmigo.

—Julia.

—Me entrego.

—Julia...

—Me caso si hace falta.

—De verdá...

BRODIE



Estoy sentado en el borde de la cama con la camiseta arrugada con la que he dormido y con la sensación de haber sido atropellado por un trineo tirado por renos alcohólicos. Esta tarde me toca en un *pub* nuevo. Lo odio. Odio tocar para desconocidos, tardo mínimo dos canciones en convencerlos de que el acordeón no es un castigo sonoro medieval. Y encima por la tarde, que es un bajonazo, y más con la resaca que llevo.

Anoche no podía dormir, no sé si porque estaba desubicado por ser la primera noche en el piso o por las vueltas que sigo dándole a todo, como si meter las ideas en una batidora fuera a ordenarlas de una manera distinta. Así que se me ocurrió bañarlas en *whisky* y salieron igual de revueltas, pero más ruidosas. Empiezo a parecerme a los colgados que van al *pub* los días festivos…

He comido los restos fríos de un kebab que compré anoche de camino al piso y no he salido de la cama ni para mear hasta ahora, cuando la vejiga ha decidido rebelarse y recordarme que el cuerpo tiene sus prioridades.

Me pongo unos pantalones para no repetir la escena de anoche y atravieso el salón a toda velocidad para llegar al baño sin ser visto. Mierda, me he mareado.

Busco en mi cajón casi vacío un ibuprofeno que me salve lo que queda del día, pero no tengo esa suerte; abro otro cajón, uno de Jade, y me sorprende encontrar un montón de cajas de

medicamentos que no reconozco. Lo cierro rápido, porque si está enferma o algo no me quiero enterar así, pero lo vuelvo abrir porque me puede la curiosidad y, total, si los ha dejado en el baño compartido será porque no le importa. Reviso unas cuantas etiquetas y en solo unos segundos llego a la conclusión de que ninguna de sus pastillas me va a ayudar con la resaca, a no ser que la solución a mi malestar pase por bloquear la testosterona de mi cuerpo. Tampoco siento que tenga mucha ahora mismo.

Cuando estoy empezando a plantearme si existirá una forma digna —con esta cara de funeral y medio cerebro aún apagado— de llegar a la cocina a por un necesario café, escucho pasos. Demasiado firmes. Demasiado alegres.

JULIA



No sé por qué me he puesto tan nerviosa al pensar que Brodie iba a salir del baño en cualquier momento. He visto mi reflejo en el espejo del pasillo y me he dicho: «Tranquila, Julia, es solo un compañero de piso, no una audición para salir en *Outlander*». Pero claro, luego he pensado que en verdad sí es escocés y que en verdad sí podría tener la voz grave de Dougal MacKenzie, y eso ya es más presión que la que suena en la cafetera de mi trabajo a las ocho de la mañana.

Me acerco al sofá y me apoyo en el respaldo, medio cortándole el paso para que no pueda evitarme, con una mezcla de naturalidad y glamur accidental. O eso me digo. Me he limpiado bien las gafas, me he alborotado la melena lila y visto un jersey suave con escote casual. Estoy divina. Preparada.

Y entonces abre la puerta del baño. Y lo veo. Y es...

Un auténtico desastre.

Pero también es adorable.

Es el maldito cachorro abandonado que te hace ojitos para que te lo lleves a casa. Jade lo ha definido a la perfección.

Entra al salón como si huyera de la escena de un crimen: pelo revuelto, cara de lunes eterno, camiseta arrugada y el aura general de alguien que acaba de reencarnarse en el cuerpo equivocado. Se detiene al verme y nos miramos como dos especies que no se reconocen.

Tiene los ojos un poco perdidos, no porque esté deslumbrado por mí —aunque, oye, podría—, sino porque parece que aún no ha descubierto en qué planeta ha aterrizado. O porque lleva las gafas sucias.

—Hola —dice. O susurra, no estoy segura.

—Hola —respondo en un tono que intenta ser casual pero que seguramente suena como si me hubiera tragado una pandereta.

Él mira hacia la cocina, como si quisiera escapar. Yo doy un paso hacia donde se encuentra.

—Tú eres...

—Brodie.

—Yo soy Julia —respondo, sonriendo como una *influencer* a punto de grabar un *unboxing*—. La otra. Bueno, no la otra. Una de las otras. De las que vivimos aquí. De las chicas. Bueno, mujeres. En fin. Eso: Julia. Que no soy Jade. Jade es la otra. Yo, Julia.

La sonrisa de Brodie se curva en lo que podría ser un gesto de simpatía o de sufrimiento digestivo.

—Encantado.

Oh, esa voz. Grave, suave, un poco rota. El universo ha escuchado mis plegarias. Me dan ganas de decirle que repita la palabra siete veces seguidas solo para confirmar el hormigueo que me produce.

—¿Todo bien? —me pregunta, como si no supiera qué más decir.

¿Todo bien? Llevo dos días hablando de ti sin haberte visto, imaginando acentos y músculos que probablemente no existen. He visualizado tu primera carcajada, tu posible *playlist* de Spotify e incluso cómo te quedaría una toalla en la cintura. ¿Todo bien? ¡Estoy al borde de un colapso hormonal, gracias por preguntar!

—Claro. Sí. ¿Y tú?

—Bueno... —Se rasca la nuca—. Estoy de resaca, me voy a currar a un *pub* que no conozco y casi me caigo al tropezar con la planta esa de la entrada. Pero sí. Bien.

Tiene ese acento. *Ese* acento. No tan marcado como esperaba, pero lo justo para que mi cerebro lo enmarque con gaitas de fondo.

—Eres más alto de lo que pensaba.

¿Por qué he dicho eso?

—Gracias... —responde, perplejo—. Supongo.

—¿Tú también me imaginabas de otra manera? —suelto con una risita floja.

¿Qué estás haciendo, Julia? Cálmate.

—No había imaginado nada, la verdad. Bueno, no mucho. Me ha sorprendido que tu pelo sea como de gominola.

Parece arrepentirse de su respuesta en tiempo real.

—A mí me cuesta no imaginar. Es un vicio que tengo —le explico, tratando de parecer interesante y no ansiosa.

Silencio. De esos que son pegajosos e incomodísimos. Brodie lanza una mirada hacia la cocina como buscando auxilio.

—Voy a por café.

—¿Quieres que te prepare uno? —digo, saltando como un resorte —. Me salen bien, la gente en el trabajo me lo dice mucho. Y Marc. Bueno, igual él solo me lo dice para que me calle.

—No hace falta, en serio. Ya me apaño yo solo.

Mentira. Es tan torpe que casi tira la cafetera al suelo nada más tocarla.

—No me cuesta nada —insisto mientras le arrebato la taza—. ¿Lo quieres solo o te gusta con leche? A mí me gusta fuerte. Pero dulce, como los hombres que me hacen perder la cabeza…

Se congela. Tarda unos segundos en reaccionar.

—Con leche. Entera. Quiero decir, normal. De la de... la del cartón azul.

Se vuelve a rascar la nuca y mira el calendario de la pared como si acabase de darse cuenta de que el tiempo existe. Abre la nevera, saca la leche y la vierte en la taza que todavía sostengo mientras lo miro con toda la intensidad que soy capaz de reunir.

—No sé si te lo he dicho ya, pero estoy encantadísima de conocerte por fin —le digo al entregarle la taza, que él aferra con fuerza inmediatamente entre sus manos.

—Me temo que no soy tan interesante como crees.

—Eso aún está por ver.

Otro silencio, aunque esta vez no tan incómodo. Bebe un sorbo. Parece nervioso.

—¿Te gustan las ovejas?

—¿Qué?

—Tu jersey —señala—. Tiene ovejas.

—Ah, ya.

—Son de Escocia. Supongo. Son blancas. Y parecen tener opiniones fuertes sobre el clima.

Parpadeo. Y luego estallo en una carcajada inevitable. Por un segundo, él parece relajarse.

—A partir de hoy, mis animales favoritos serán las ovejas —confirmo.

Se acaba el café de un trago y murmura algo en un idioma misterioso que espero que sea gaélico.

—Perdona, Julia, pero he de prepararme para ir a tocar —se disculpa con una sonrisa que parece sincera—. Ya retomaremos nuestra conversación sobre ovejas en otro momento.

Vale. No es el *highlander* de mis novelas, no es Jamie Fraser y no es un dios nórdico cubierto de músculo y cuero, pero tiene unos dedos largos y ágiles y seguro que toca el acordeón a velocidades imposibles. Valiosa habilidad, si me preguntan.

BRODIE



Cierro la puerta de mi habitación y me apoyo en ella. Me siento como si hubiera sobrevivido a una lluvia de meteoritos, con el corazón bombeándome a toda velocidad.

¿Alguien ha apuntado la matrícula del camión que me acaba de pasar por encima?

Respiro hondo. Muy hondo. Me dejo caer en la cama como un saco de huesos y me cubro la cara con las manos. No tengo fiebre. No he bebido desde anoche. Solo ha sido... supongo que mucha información en muy poco tiempo.

Julia. Se llama Julia, aunque eso ya lo sabía. Lo que me ha sorprendido es que tiene la fuerza de una tormenta de purpurina. Ha sido como una escena de telenovela. Y yo, como un lerdo, he hablado de ovejas —ovejas escocesas— a una tía que claramente es guapísima y simpática. «¿Te gustan las ovejas?». Fantástico. Seguro que ahora piensa que tengo algún tipo de fetiche rural o que me criaron entre rebaños. Bueno, técnicamente no está tan lejos de la realidad, pero no era el momento para compartirlo. El momento era perfecto para un primer paso hacia la recuperación, hacia el olvido de mi exmujer y hacia el avance que me sacase del estancamiento sentimental en el que llevo metido desde el divorcio.

Me giro bocabajo y grito contra la almohada.

Levanto la cabeza. En la estantería veo mi taza, la taza con la oveja que me regaló mi padrastro el día que me vine a su tierra. La

oveja me mira, me juzga. Me dice que no debería hablar de ella con desconocidos.

Cojo el móvil, abro WhatsApp, cierro WhatsApp. Abro Instagram. ¿Qué busco? Llega un mensaje de Amparín:

«Acuérdate de la cerveza. Trae más, que viene una amiga 😉»

Esa amiga debe ser su compañera de biodanza, así que voy a tener que idear una excusa para largarme nada más cenar con ellas si no quiero ser testigo de las más eróticas insinuaciones en la mesa.

Me incorporo. Hora de ponerse ropa de persona funcional. Camiseta decente, vaqueros sin agujeros. Parezco un muñeco de trapo, pero al menos voy limpio. Veremos si llego así a la cena.

Miro el acordeón, apoyado junto a la puerta dentro de su funda. Suspiro. A veces pienso que es mi único vínculo real con la versión de mí que sabe hacer algo en la vida, y no como este desastre que habla de ovejas con chicas guapas de pelo lila sin saber qué demonios está haciendo.

—Vale —me digo frente al espejo—. Un concierto en el *pub*. Una cena con la abuelastra. Te pegas un buen lingotazo, luego te duermes y mañana es otro día. No pienses más.

Pero claro que pienso. Mientras me peino con los dedos y me pongo la colonia con olor a madera que encontré rebajada en el supermercado, no puedo dejar de ver la cara de Julia ni el oír el «encantadísima» que ha dicho como si le acabaran de presentar a una estrella de cine y no a mí, que me acababa de desayunar un trozo de kebab frío pasado el mediodía.

JULIA



¿Química? Sí, definitivamente. ¿Electricidad? Más que en la factura de la luz que nos va a llegar después de diciembre con tanta lucecita. ¿Reacción física? Vale, no se le ha notado mucho, pero eso debe ser porque estaba en *shock*. Eso ha sido: un cortocircuito interno. No se esperaba el impacto que le he causado.

Yo tampoco esperaba que me saliera tan natural, porque normalmente me cuesta entrar en calor con la gente nueva. Pero este tío... No sé si ha sido el acento, o las gafas, o los mechones de pelo rubio desordenados, o esa manera de no saber dónde meterse cuando le he dicho cómo me gusta a mí el café. Dios mío. Estaba derretido por dentro, eso seguro.

Ahora necesito ir a verlo tocar. O pedirle que toque algo para mí.

Porque vamos a ver: un instrumento que se toca con los dedos, a toda velocidad, coordinación, fuerza y ritmo. No soy de las que creen en señales del universo, pero creo que este chico es para mí.

Tengo que hacerme con un vídeo suyo tocando. Por motivos de investigación artística, claro.

Me he divertido tanto y me he sentido tan sexi y tan viva como hacía tiempo que no me sentía.

La próxima vez le pediré que me hable de cómo calienta las manos para tocar. Y si me muero después de decirlo, pues al menos lo habré dicho.

La puerta se abre y aparece Marc, que pasa de llamar. Va medio maquillado, con un elegante jersey de cuello vuelto y expresión de «no vengo a juzgar pero lo haré igual».

—Vale, ¿qué ha pasado?

—¿Qué?

—¿Por qué Brodie ha salido corriendo de casa como si lo estuvieran intentando abducir desde un ovni?

—No tengo por qué responder a eso.

—Vamos, que es tu culpa.

Me encojo de hombros, en plan misterioso, pero no puedo evitar sonreír.

—Yo no diría «culpa». Hemos hablado, solo eso.

—Ya...

—Y quizá le haya insinuado cosas…

—¡Julia! —Su grito se vuelve carcajada—. ¿Y él?

—No ha entendido nada. Se ha puesto como un tomate.

—Pobre criatura. En fin, dime qué *gloss* llevas, que quiero algo sutil para el trabajo pero a la vez apetitoso, porque tengo una cita después.

—Solo si luego me lo cuentas todo —le digo antes de entregárselo.

—Ya veremos. Es que no es una cita como tal, no lo llamamos así aún, pero vamos a tomar algo. Y si acabamos comiéndonos la boca no quiero manchársela, que queda chabacano, así que mejor *gloss*.

—Qué envidia. Igual yo también debería salir esta noche. Morrearme con alguien. Diversificar opciones, por si el *highlander* no me sigue el rollo.

—Sal con Jade —me propone Marc—. Que te lleve a que te lean la mano o algo, a ver si aparece el escocés en alguna línea. Conmigo no te puedes venir, que caes mejor que yo y luego no sé cómo deshacerme de ti para irme a casa del buenorro de turno.

Lo que tiene es envidia porque, a veces, me los llevo yo. Pero le voy a dejar pensar que tiene razón, le voy a sacar la lengua y que se vaya contento.

—Ya veré luego… Ahora tengo que ir a servir cafés a gente a la que la Navidad le importa menos que a un cactus. Si no me matan

antes con preguntas absurdas o me vuelcan encima otro vaso de leche de avena, igual sobrevivo hasta el cierre.

Marc se ríe y me lanza un beso al aire mientras sale de mi habitación. Yo me quedo un segundo frente al espejo, retocándome el *gloss*.

—Muy bien, Brodie. Prepárate, porque esta historia no ha hecho más que empezar.

JULIA AÑADIÓ A JADE

JULIA

¿Quién ha usado el último rollo de papel higiénico y ha dejado el rollo en plan decorativo? 😡

BRODIE

en que bano?

en el nuestro habia un rollo antes de que yo me fuera a trabajar

no quiero ser nominado para expulsion en mi primera semana

MARC

Nos va a tocar usar servilletas? 😩 Muy elegante todo

JADE

Otra vez?

JULIA

No señalo a nadie, pero habrá que reponerlo.

🙃 Pronto.

BRODIE

yo lo hare manana

no tengo mucho mas que hacer

MARC

Se veia venir que no tuvieras planes mas alla de ver la tele

BRODIE

eh que hoy he hecho mas que eso

tambien he mirado por la ventana

y he considerado barrer el pasillo

JADE

Pero no lo has hecho

BRODIE

correcto

MARC

🕵️ A mi me encaja que el culpable de lo del papel sea alguien que lleva calzoncillos de frailecillos y habla de ovejas

BRODIE

ya veo que lo de la intimidad en esta casa va a estar fuera de mi alcance

MARC

Aprendes rapido

Buen chico

JULIA

Como habléis de la ropa interior del highlander yo no me responsabilizo por mi respuesta hormonal. ¿Podemos centrarnos?

JADE

Imposible

Si no hay papel no hay paz

BRODIE

ya he dicho que ire manana

comprare cantidades industriales como la gente en la pandemia

si no hay donde almacenarlo mi armario esta casi vacio

como mi vida

JULIA

Gracias, Brodie. Eres un cielo.

Piensa en cómo te gustaría ver compensado el favor. 💋

BRODIE

con turron?

apunta

me encanta el de tutti frutti

es cona

ese no le gusta a nadie

cualquiera menos ese

MARC

Bueno tengo una cita

Me largo 😘😘😘 Besos a todas

BRODIE

me tengo que sentir excluido de ese todas?

MARC

Depende

Como de fragil es tu masculinidad?

24 DE DICIEMBRE DE 2022.



BRODIE

Me despierto con la sensación de tener la cabeza envuelta en una manta térmica. El aire huele a incienso viejo y a otra cosa... ¿Romero? ¿Jazmín? ¿Soja? Vete tú a saber.

No sé qué hora es, ni me apetece saberlo. El cuarto está medio oscuro. Me duele la mandíbula de apretar los dientes por la noche, como siempre que sufro pesadillas.

Oigo algo.

Una voz a través de la pared. Baja, íntima.

—Si te portas mal, te voy a tener que castigar.

Me quedo helado.

Otra voz. También de Marc, pero diferente. Más fuerte.

—Puedo ser muy severo. Todo depende de si te lo has ganado.

Ah. Vale.

Esto no puede estar pasando.

Me incorporo despacio, como si el colchón pudiera delatarme. No sé si moverme, no quiero que me oiga y piense que estoy escuchando.

Pero estoy escuchando.

Las paredes son de papel. O peor, de oblea. Son de maldita hostia consagrada y no puedo desoír lo que ya he oído.

Susurros. Pausas. Más susurros. Gemidos.

Me pongo una camiseta arrugada y cruzo la casa, con el sigilo de un gato torpe, para encerrarme en el baño. Echo el pestillo como si quisiera protegerme del apocalipsis.

Veinte minutos después, salgo con un objetivo claro: robar un táper de los de Jade y no volver a moverme de mi habitación hasta que hayan pasado las fiestas.

Sé que hay, como mínimo, siete táperes de los grandes en la nevera, porque Jade ha estado cocinando como si fuéramos a acoger a refugiados de guerra. Uno no se va a notar, y si se da cuenta puedo fingir que todavía no me sé las normas de convivencia. Total, soy el nuevo, tendrá piedad.

Estoy a punto de abrir la puerta de mi habitación, ya con el botín en las manos, cuando se abre la de Marc.

—¡Brodie! Buenos días. Vaya cara llevas. ¿No has dormido bien?

Me paralizo. Giro la cabeza lentamente, como en una peli de terror.

Marc va de punta en blanco, con un jersey rosa de cuello vuelto, pantalón ajustado, las uñas perfectas, ni un pelo fuera de lugar. Sonríe como si nada. ¿Cómo puede sonreír así? ¿Cómo puede tener esa luz en la cara después de lo que acaba de hacer?

—¿No? ¿Sí? —insiste—. ¿No has dormido en absoluto?

—He... dormido, sí —respondo, como si me hubieran programado mal.

—Estás más blanco que el *tofu*, cariño. ¿Has desayunado?

Miro el táper. No es desayuno, pero colará. No tengo energía para fingir nada más elaborado.

—Sí, bueno. Esto. Ahora iba a...

—¿Ya has probado las croquetas de Jade? Están buenísimas. Yo me llevé anoche un par a la cama. No me juzgues, me atacó el hambre postcoito.

«Postcoito.»

La palabra flota en el aire como una bomba fétida. Trago saliva.

—Ajá —respondo, absolutamente tieso.

Marc se echa el pelo hacia atrás y suspira.

—Bueno, me largo a trabajar, que estas fechas significan montañas de ropa por doblar y peleas en los probadores. Pero con un poco de iluminador no me irá del todo mal.

Me lanza un guiño. Yo solo asiento y me meto en mi cuarto rápidamente.

Postcoito. Lo ha dicho con tanta naturalidad... Y tan fresco. Tan limpio.

Igual eso es lo normal y el raro soy yo. O igual, y solo igual, me he metido en un piso donde nunca sabré qué ocurre realmente al otro lado de las paredes.

JULIA



Llevo toda la mañana intentando decidir si quiero parecer una elfa navideña o una empleada agotada con alma festiva. He acabado optando por una mezcla de ambas. Jersey verde botella con renos brillantes en las mangas y pendientes con forma de bastones de caramelo que tintinean cuando muevo la cabeza. Me miro al espejo antes de salir de la habitación y me apruebo: soy, oficialmente, adorable.

—Marc, ¿has visto mi pintalabios rojo cereza? El navideño, no el de las citas con final feliz.

—¡Tercer cajón, al fondo, entre la máscara y la purpurina! —responde desde nuestro baño, donde lleva ya media hora peleándose con el peine de las cejas y los nervios precena.

Me uno al salón de belleza que tiene montado y me pinto bien los morros.

Justo cuando voy a salir de casa, veo que Brodie tiene la misma intención. Nos encontramos en el recibidor. Nos miramos; es una de esas miradas de «nos conocemos, pero aún no sabemos cómo saludarnos». Yo le sonrío y él hace un gesto con la cabeza como si fuera un guarda forestal saludando a un senderista en mitad de las Highlands.

—Buenos días, *highlander* —le suelto, sin filtro.

—Buenos serán para ti —responde, señalando su propio estado semizombi. Viste una sudadera enorme y unos vaqueros gastados,

pero hasta así de descuidado tiene ese algo como de mascota que no sabe si ha hecho algo mal o si le van a dar un premio.

—Siempre son buenos si puedo ponerme estos pendientes —le contesto mientras meneo la cabeza a propósito para que tintineen.

Brodie sonríe, solo un poco. Lo cuento como punto a mi favor.

—¿Trabajas hoy? —pregunta.

—Sí. La Navidad no se sirve sola. ¡Van a volar los cafés con leche de avena y sirope de jengibre!

—Suena a algo que Jade nos haría beber como castigo por usar champú de marca blanca.

Me río con ganas. Su humor y el mío casan a la perfección. Me pongo la bufanda sin dejar de mirarlo.

—¿Y tú? ¿Dónde vas tan misterioso?

—A dar una vuelta. Cosas que hacer. Gente que evitar.

Eso último lo dice bajito, ajustándose las gafas con un gesto automático, pero pillo la idea. Le noto algo raro. No triste, pero sí... ¿desconectado? No me da tiempo a preguntarle porque ya ha abierto la puerta y ha echado a andar con ese aire suyo de escocés en tierra extraña.

—¡Cuidado con las ovejas! —le grito, y él levanta el pulgar sin girarse.

Espero unos segundos antes de salir, porque como vayamos en la misma dirección va a resultar incómodo.

BRODIE



Lo bueno de salir solo con la excusa de ir a dar una vuelta —y de no importarle a nadie, eso también— es que nadie te pregunta por qué vuelves con bolsas o con cara de haberte peleado con un árbol de Navidad.

He vuelto con el triple de dudas de las que tenía al salir, pero me olvido de ellas al recibir el clásico bofetón de aromas del piso, una mezcla que podría ser tanto una bomba química como una receta experimental de Jade.

Antes de que me vea desde la cocina, guardo las bolsas en mi habitación y me siento en el sofá como si nada. Enciendo la tele en modo silencioso solo para poder fingir que me interesa cuando me pillen observando el ir y venir de Jade, que no parece haber detectado mi presencia.

Está concentrada como si estuviera tallando diamantes. Lleva un delantal negro, se ha remangado y su expresión es la de haber alcanzado la iluminación mientras removía lo que sea que haya en su olla mágica.

—¿Qué has comprao? —pregunta de pronto, sin girarse.

¿Cómo demonios lo sabe? ¿Huele la ansiedad? ¿Tiene un sexto sentido solo para los secretos ridículos?

—¿Por qué lo sabes?

—Tienes cara de que has comprao cosa que no sabe si van a gustá. Cara de víctima del consumismo con dilemas morale.

—Sí, bueno, es mi forma de celebrar la Navidad.

—¿Deprimirte en un centro comerciá donde gastas más de lo que tiene?

—Exacto. Todo el mundo lo hace, no hay nada de especial en ello.

Se limita a asentir y sigue cocinando.

Marc aparece en el salón hecho un manojo de nervios. Lleva una camiseta ceñida y plateada que brilla incluso bajo el tenue reflejo de las luces del árbol. Pasea como si desfilara en la pasarela de su vida.

—¿Qué opináis? ¿Voy gay o no voy gay? ¿Demasiado *yo*? —pregunta mientras gira sobre sí mismo.

—Lo más *tú* que te he visto esta semana —responde Jade sin levantar la vista.

—A mí me gusta —digo. Y lo digo en serio. No me vestiría así ni en sueños, pero a él le queda genial.

—¿Tú qué sabrás, si solo tienes camisetas de equipos de fútbol que no conoce nadie?

—Por eso mismo. Sé reconocer el estilo cuando lo veo, tan inalcanzable para mí. Oye, ¿cómo sabes lo de las camisetas de fútbol? ¿Has rebuscado en mi armario?

—En cuanto saliste el primer día. Uno no puede fiarse de meter a cualquiera en casa. Eso sí, fue el registro de la intimidad ajena más aburrido de la vida.

—Me enfadaría por la invasión, pero tampoco es que haya nada que esconder más allá de un par de calzoncillos de estampado curioso que ya no son ningún misterio en esta casa.

Marc sonríe, pero se le nota nervioso. Se abraza, se mira las uñas, se rasca una oreja, duda.

—¿Estás bien? —le pregunto sin esperanzas de que me cuente nada, pues apenas nos conocemos.

Me sorprende al sentarse junto a mí en el sofá.

—Solo quiero que salga bien esta noche. Que mi padre no haga nada ofensivo. Que mi madre no me pregunte cuándo buscaré un trabajo de verdad. Que mi hermano no me busque como un ejemplo que no sé ser.

No me esperaba esto. Creía que entre Marc y yo siempre habría una relación tirante formada por comentarios sarcásticos, pero aquí está, en modo humano, y yo no sé qué hacer con eso.

—¿Y si va mal?

—Pues me beberé tres copas, pondré mi mejor sonrisa y fingiré que soy la reina de Inglaterra.

—Ahora es un rey.

—Brodie, cielo, ese señor no es un rey. Es el príncipe y siempre lo va a ser. Reina solo hay una.

Se levanta, tan digno, con una mueca que es medio burla medio agradecimiento. Justo cuando se gira para marcharse por el pasillo veo algo en lo que no me había fijado: lleva audífonos, discretos y diminutos, casi imperceptibles. Debo haber emitido algún tipo de murmullo inconsciente, porque de repente Jade me pregunta que qué he dicho.

—Nada. Solo es que no me había dado cuenta de que Marc era... humano, supongo.

—A vece, sí. Aunque es mejó que no se lo recuerde, que se pone mu pesao.

Vuelvo a observarla. Disfruto de sus movimientos hipnóticos durante un buen rato, preparado para volver la cabeza hacia la tele si me pilla mirando, no vaya a ser que me lance una maldición.

JULIA



Me miro en el espejo de la entrada y me da la risa floja: vestido de terciopelo verde, pintalabios *nude* y un moño improvisado que amenaza con desmoronarse en cualquier momento. Tengo que repasarme el tinte lila, así que no puedo llevarlo suelto sin perder glamur.

Ahora mismo me siento una bola de Navidad con patas, dada la cantidad de joyería dorada que me he colgado por todas partes.

Marc pasa por detrás de mí, ajustándose la corbata con la seriedad de quien va a declarar en la Audiencia Nacional.

—Relájate, que no te van a pedir antecedentes penales —le digo.

—Mejor, porque no sabría dónde los he guardado —contesta él, tieso.

Jade suelta una carcajada desde la cocina. Brodie no dice nada, pero se queda embobado mirándola reír. No sé si ahí hay algo o es la resaca que siempre parece llevar encima.

No tengo una madre que me llame para preguntarme qué me voy a poner en Nochebuena, ni un padre que me pida que compre el cava más barato del súper antes de ir a cenar con ellos; tampoco tíos, primos o abuelas que repitan anécdotas por enésima vez. Hay días que envidio a mis amigos, sus vidas familiares; crecí en un orfanato primero y en casas de acogida después, y aunque había adultos alrededor ninguno me escogió nunca del todo. Para cuando llegó el momento en el que ya era demasiado mayor, el cariño había

caducado de golpe, como un yogur olvidado al fondo de la nevera. Aunque la gente se empeñe en decir que los yogures no caducan.

Podría sonar triste, pero con los años he aprendido a hacer familia con quien me da la gana. Y ahora mismo esta que tengo, la que he escogido, me parece bastante mejor que cualquier postal navideña.

—¿Lista? —me pregunta Marc, tendiéndome el brazo como un caballero de opereta.

Me agarro a él y levanto la cabeza con una sonrisa.

—Siempre, amiga mía.

JULIA

¡Feliz Nochebuena, criaturas! 🎄 Que la digestión os sea leve y el vino os dé más alegría que drama. 🍷✨

MARC

Mi madre opina que brillo mucho ssta noche y nose si es literal o metaforicamenmte 😕 Pero es unnpaso

Y mi psdre ha preguntaso por mi trabajo como si no fueta un trabaho y con mucho escpticismo enla cara

Todo en ordn

JULIA

Yo estoy sobreviviendo a base de dulces y disociación. Hay cosas de las que no me entero porque no me las traduce nadie. Ejem, Marc, mal amigo.

Intento no sonreírle al hermano equivocado. Aquello ya ocurrió una vez, y no me dejan repetir. 🤭

MARC

Demasiads detslles

Cambio d tema por favr

BRODIE

yo he medio cenado a la hora escocesa y me he puesto un especial navideno cutre en la tele para no pensar que soy el unico ser vivo en casa aparte de las plantas

muy festivo todo

JADE

Te he dejado boniato asao en el horno

Caliéntalo y come

No te emociones, no es una declaración de amor

Ni de amistad

Ni de na

Solo es que odio el desperdicio de comida

BRODIE

demasiado tarde

ya he compuesto una cancion sobre nuestro amor

se llama romance vegano en re menor

JADE

😐

MARC

La quiero grabasa

Cn el acordeon

Prdon

Julia m ha rellrnado la copa ochocieents vecss

JULIA

¡Culpable! No me escondo.

Oye, Brodie. Gracias por no escaparte al conocernos. 💗 Te has ganado el derecho a una mantita en el sofá y a media botella de vino, si es que encuentras alguna en el piso.

BRODIE

me parece buen trato

aunque la botella se encontro y se termino hace un buen rato

feliz nochebuena companeras

en femenino

que voy aprendiendo

MARC

Mi padaguan

Cmo coño se esscribe?

JULIA

Os quiero, payasas. Que no os atragantéis con las emociones.
Ni con el turrón, claro. 😉

BRODIE



Llamar a Amparín en Nochebuena ha sido una decisión valiente. Como tirarse a una piscina sin saber si hay agua. O tiburones.

—*Bona nit, rei.* —Mi abuelastra Amparín es la única que me llama así. Me hace sentir como un azulejo decorado en medio de un montón de ladrillos—. Justo me pillas saliendo de casa, que he quedado con las amigas. Ya te llamo en otro rato. ¡Feliz Nochebuena, *bonico*!

Clic.

Así, sin remordimientos. Me quedo mirando el teléfono como si fuera a sonar de nuevo y Amparín me dijera que es broma, que vaya a verla un rato, que aún queda turrón del que me gusta. Pero no, se ha marchado. Como mi escasa dignidad.

He sido cancelado. Con cariño, pero cancelado.

Vale. No pasa nada. Soy un adulto funcional. Más o menos. Tengo alternativas. Muchas. Por ejemplo:

1. Llamar a mi madre.
2. Beberme el vino de cocinar de Jade.
3. Pedirle opinión al árbol de Navidad. Tiene más luces que yo, quizá sepa qué hacer.
4. Ver un especial navideño en la tele hasta que el cerebro se me disuelva.

O todas las anteriores.

Elijo un *combo*: 2 + 4, y luego, que sea lo que el espíritu de las Navidades pasadas quiera.

Abro el cartón de vino y me lo sirvo en una taza de *Star Wars*. No sé a quién de mis tres compañeros pertenece, lo que me hace pensar que los conozco muy poco.

No ayuda.

El piso está tan silencioso que se oye el tic-tic de las luces del árbol cuando se encienden. En la tele, dos presentadores se desean felices fiestas con la energía de quien ha ingerido azúcar en proporciones ilegales. Todo me resulta ligeramente hostil. Es como si la Navidad estuviera diseñada solo para gente a la que le queda bien la ropa de terciopelo. *Spoiler*: a mí no.

Y luego, el discurso del rey. Esa es la señal. Apago la tele. Tengo que salir de aquí.

Me cambio con solemnidad. Chaqueta sin pelusas, vaqueros sin manchas, zapatillas medio decentes. Me echo colonia, no porque albergue esperanzas de ligar, sino por si me atropellan. Mi madre siempre me dice que oler bien es lo mínimo si por una razón u otra acabas en el hospital.

Repaso de un vistazo el salón antes de irme. El árbol parpadea como si quisiera mandarme un mensaje encriptado. Le devuelvo la mirada.

—No se te ocurra encenderte más de la cuenta. No quiero otro incendio en mi vida.

El árbol no responde. Como pienso que se lo ha tomado como un reto, desenchufo las lucecitas y dejo el cable bien estirado, lejos del inflamable árbol.

Y me largo a perderme en la noche.

25 DE DICIEMBRE DE 2022.



JULIA

Jade ha vuelto a dejarse llevar por el espíritu culinario de la víspera y está llenando táperes para llevarlos a casa de sus padres; me trae al sofá bocaditos para que pruebe, y yo encantada de no tener que moverme, tapada con una manta, con los pies fríos como si viviera en el Polo Norte.

—¿Sabes qué es lo mejó de las reunione de familia así gitana? —pregunta Jade desde la cocina, sin dejar de rebozar cosas que probablemente no deberían rebozarse—. Que a la media hora ya hay drama y a la hora ya se ha perdonao to con más lágrima que en el finá de una telenovela. Ya verá, ve preparándote pal papeo de hoy.

—No sé si será mejor que lo de anoche —respondo—. La madre de Marc hace un flan con caramelo salado que podría firmar Daria. ¡«Dios», quería decir «Dios»! Perdona, es que me estoy leyendo un libro que me tiene loca. En fin, que entre lo del flan y que el hermano de Marc tiene unos brazos que parecen haber sido creados para caer en ellos...

—¿Ya has vuelto a tonteá con el exlío? —me pregunta con tono acusador.

—Jordi no es solo un exlío. Además, solo le he sonreído. Y puede que me haya retocado el *gloss* con toda la intención, pero eso no

rompe ninguna regla antiex.

Jade resopla y me lanza un trozo de patata que yo cazo al vuelo.

Y entonces se abre la puerta de la entrada y, con la ráfaga de aire frío exterior, entra Brodie como un espíritu navideño en paro.

Va despeinado, rojísimo y con ojos de búho trasnochado tras las gafas torcidas. La camiseta mal metida por un lado de la cinturilla del vaquero, la chaqueta colgando de un hombro como si la hubiera ganado en una pelea. Y una sonrisa, o una mueca, o ambas.

—¡Buenos días! —exclama a todo volumen, sin ser consciente de la calma que ha roto.

Jade y yo nos congelamos. Él levanta la mano y saluda. Después, se tambalea.

—He tenido una noche espiritualmente intensa. ¿Tenéis... un taburete emocional? Podría sentarme en él para llorar, por lo bonito que ha sido todo.

—Sí —responde Jade—. Se llama váte. Está justo ahí.

Pero Brodie no se mueve, así que decido intervenir.

—¿Estás bien?

—¿Yo? Siempre.

—¿Qué es lo que has bebido?

—Sí.

—¿Necesitas agua? ¿Ibuprofeno?

—¿Un exorcismo? —propone Jade.

Brodie mira hacia el árbol de Navidad como si esperara una nueva pregunta por su parte.

—¿Has dormío en un callejón, o es una nueva estética que estás explorando? —le pregunta Jade.

Él se queda muy quieto, como si reflexionara una respuesta que no va a pronunciar.

—¿Dónde está el baño? Voy a entregaros mi regalo de Navidad: no vomitar en el salón.

Y se va corriendo —bueno, arrastrándose— hacia el baño.

Jade me mira. Yo la miro.

—Necesito un buen cafelito —dice ella a modo de conclusión—. ¿Tú quiere uno?

—Solo si viene con una explicación racional de por qué ese tío, así y todo, me pone tan burra.

—Po lo siento, prima, no hay café que pueda con eso.

BRODIE



Me despierta un sonido de platos entrechocando. No música, ni voces: platos. Y cubiertos. Y el agua del grifo. Esa sinfonía doméstica de quien ya ha vivido el día mientras otros seguimos atrapados en los restos de la noche.

Me duele hasta el apellido. Noto la boca más seca que el humor de mi madre y la cabeza como si alguien hubiese celebrado un *ceilidh* encima. Me incorporo a cámara lenta; mi ropa huele a humo, colonia barata y decisiones erróneas.

Salgo. Arrastro los pies como si fueran sacos de patatas. Me encuentro con Marc y un chico que deduzco que es su hermano, porque tienen la misma nariz afilada y el mismo aspecto de haber salido bien en todas las fotos de su infancia.

Están fregando los platos, riéndose de algo que no alcanzo a oír. No notan mi llegada hasta que estoy cerca de ellos, a la vista. El hermano me dedica una sonrisa educada y Marc una mueca de sorpresa.

—¡Mira quién ha resucitado! —exclama mi compañero de piso en un tono más alto de lo que a mi cerebro le conviene—. ¿Vienes a por el postre o a por la extremaunción?

—¿Pueden ser ambas? No sabría decir cuál necesito más.

El hermano se ríe y, sin mediar palabra, me sirve un trozo de tarta de chocolate que ya tiene la textura de una esponja usada. Me

da igual. Me lo como como si fuera el último alimento en la faz de la Tierra.

—¿Y las chicas? —pregunto, aunque no me siento capacitado para gestionar ningún tipo de respuesta.

—Comiendo con la familia de Jade. Volverán esta noche. O dentro de un minuto, nunca se sabe, depende de cuántas veces pronuncien en voz alta su necrónimo.

Habla diferente a otras veces, como si no pudiera escucharse a sí mismo. Es entonces cuando caigo en que quizá no se pueda escuchar bien. No veo que lleve los audífonos. Me esfuerzo por hablar más alto y claro, por si eso le ayuda.

—Es genial que no estén, menos público para mi decadencia.

—Bah, no has sido el primero ni serás el último en volver con tufo a alcohol y arrepentimiento. Aquí nadie te juzga. Bueno, solo un poco. En silencio. Y quizá con algún apodo.

—Perfecto. Me encantan los motes. Sobre todo si contienen la palabra «patético».

Marc sonríe y me pasa una servilleta en un gesto casi fraternal; el hermano no dice nada, pero me estudia con curiosidad. O con lástima, no sé.

Me fijo en Marc cuando se da la vuelta para seguir recogiendo la cocina. Definitivamente no lleva audífonos.

—Voy a regresar a la cueva —anuncio con el último bocado en la boca, pero no me oyen. Me aproximo a Marc y me coloco de manera que me vea, por si me sabe leer los labios o algo. No sé muy bien cómo funciona el tema de la sordera—. Decía que voy a regresar a la cueva. Ha sido un placer compartir cinco minutos de normalidad con vosotros.

El hermano me hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Ve, duerme —dice Marc—. Y por lo que más quieras, hidrátate. No queremos tener que llamar a urgencias por intoxicación navideña.

Levanto el pulgar, cojo una botella de agua y me arrastro a mi habitación con otro trozo de tarta como combustible y la resaca como penitencia. Antes de abandonar el salón los observo. Marc

hace señas a su hermano, y estoy seguro de que contienen ese mote que me han puesto.

JULIA



—Un día más de comilonas así y exploto. Con gusto, pero exploto.

Jade y Marc asienten. Estamos los tres tirados en el sofá como si hubiéramos caído de un quinto. No podemos más. Tenemos cero energía.

—¿Ustede habéis movío el árbol? —pregunta Jade, que es la única que mira en esa dirección.

—¿Crees que hemos movido algo que no sean los párpados en las últimas dos horas? —le suelta Marc, con más razón que un santo.

Jade arruga la nariz como una gata. Se levanta del sofá y se agacha frente al árbol.

Ahí están: tres paquetes. Mal envueltos, con retales de papeles distintos y unos lacitos torcidos que parecen perpetrados por alguien sin pulso ni paciencia. Jade coge uno y lee la nota que lo acompaña:

—«Para la regente del orden. De parte de Papá Brodie.». —Me señala—: La loca del orden ere tú, prima. Toma.

Marc se lleva una mano a la boca, dramático, como si acabara de entender el giro final de una serie.

—¿En serio ha dejado regalos? ¡Vaya *plot twist*!

—Yo me lo olía, la verdá. Ayer entró to misterioso con una bolsa llena de caja —comenta Jade, que ya está cogiendo el suyo—. Pero no pensé que fueran para nosotra.

—Vamos por orden —propongo, emocionada como una cría.

El de Marc es un neceser de viaje rosa y dorado brillante, con espejo plegable, luz led y compartimentos ajustables.

—¡Tías! ¡Me encanta! ¿Cómo se le ha ocurrido esto?

—A vé —se mete Jade—, el necesé grita tu nombre. No te vaya a creé tú que es mu difíci acertá contigo.

El mío es un cojín monísimo en el que pone: «Déjame en paz, ¿no ves que estoy leyendo?». Me derrito. Me lo llevo al pecho y lo abrazo con cariño.

—Vale. Me conoce. Me conoce bien.

—¿En qué momento? —pregunta Marc entre risas—. Si solo lleva aquí dos días.

Debe haberse asomado a mi habitación. Siempre la dejo abierta, habrá visto las estanterías. ¡Qué listo, mi *highlander*!

—Supongo que ha captado mi esencia.

El de Jade es el mejor. Me da un poco de envidia, pero reconozco que se lo merece, porque es una tía increíble.

Es una libreta en blanco, de esas bonitas y sobrias. En la pegatina de la portada pone: «Recetario de Jade (para cuando el apocalipsis nos deje sin *tofu*)». Jade la mira asombrada y saca una nota manuscrita de su interior que yo le robo enseguida.

—«No incluye recetas, pero me pareció que alguien que cocina como tú necesita un grimorio propio. Feliz Yule.». —Leo en voz alta, y oigo a Jade soltar una especie de maullido que termina en ronroneo cariñoso.

No dice nada más. No sonríe, pero apoya la libreta en las piernas y la acaricia como si fuera el recuerdo de una infancia feliz.

—¿Creéis que está dormido? —les pregunto.

—O muerto de resaca —responde Marc.

—¿Lo comprobamo? —propone Jade, sorprendiéndonos a ambos.

Llamamos suave a su puerta, lo justo para que lo oiga si está despierto, pero para que a la vez no se entere si está durmiendo. No hay respuesta. Probamos de nuevo, pero sigue sin escucharse nada.

—¿Abro? —pregunto en voz baja.

—No, prima. Privacidá —me regaña Jade.

—¿Y si le ha pasado algo? No tenía buena pinta esta mañana.

—Ni esta tarde —añade Marc.

La mueca de Jade muestra disconformidad, pero no la suficiente como para pararnos. A mí me puede la preocupación, y a Marc el chisme.

Miramos por una pequeña rendija, pero la oscuridad es tal que no conseguimos ver más allá de los pies de la cama. La mezcla de olores —calcetín, kebab, decadencia— nos obliga a retroceder. Marc se tapa la nariz.

—¿Creéis que ha vomitado ahí dentro? —pregunta.

—Seguramente —responde Jade—. Pero pa mí que lo estoy escuchando roncá. Estará bien. Hacedme caso, que he pasao por eso.

Intento cerrar con cuidado, pero se me escapa la puerta y doy un ligero portazo. Espero no haberlo despertado.

Me despido de Marc y Jade y me voy a mi habitación. Esta noche tengo club de lectura y, aunque no me lo pierdo ni loca, siento una pequeña desilusión. Comentamos una novela de *highlanders* y creo que me va a parecer demasiado ficticia ahora que tengo uno roncando bajo el techo de mi propio hogar.

BRODIE



Estoy atrapado en un bucle. Me despierto de nuevo y parece que aún no se ha acabado el maldito día de Navidad. No sé si lo he imaginado o he oído de verdad que mi puerta se cerraba. Pero, pensándolo bien, ¿quién iba a querer abrirla? Debe haber sido la corriente que entra por la ventana mal sellada.

Miro el móvil. 19:07, no han transcurrido más que un par de horas desde que me aventuré a salir de la habitación, pero me siento sedado como el protagonista de una película distópica.

No le he felicitado la Navidad a mi madre. Me van a dar el premio al hijo del año. Supongo que ya estarán cenando, o acabando, o qué sé yo, porque ya no sé qué ocurre en ese otro lugar del mundo. Pulso el icono de videollamada antes de pensármelo demasiado.

—¡Hombre! —dice Vicent al segundo de descolgar, con la imagen del revés—. Pensábamos que ya te habías olvidado de nosotros.

—No me insultes tan pronto —murmuro, forzando una sonrisa—. Feliz Navidad.

Vicent estabiliza el móvil. Aparecen los dos: él con un gorro de Papá Noel torcido y mi madre con su único jersey navideño gris oscuro con un reno bordado que parece deprimido. Están en la cocina. La cocina de casa. Mi casa. Bueno, su casa. O ya no sé.

—Mira qué *carusa* tienes —me dice Vicent con cariño. Mi madre lo aparta con un codazo suave.

—¿Estás bien? —pregunta ella. Suave, directa. No hay «feliz Navidad» por su parte, ella siempre va al grano.

—Sí, bien. Medio dormido, me pasé un poco anoche.

—Te pasas siempre —dice ella, sin dejar espacio para ningún intento de negación.

—No lo recomiendo. El vino barato y la cazalla que se sirve en estas tierras son armas de doble filo.

Vicent se ríe. Mi madre, no. Me mira con esa expresión suya que no dice «te estoy juzgando», pero tampoco me perdona ser el despojo humano que soy.

—¿Has comido algo hoy? —pregunta.

—Sí. Se podría decir que me están alimentando. Soy una buena mascota, siempre dejo el plato limpio.

Vicent vuelve a reír, mi madre niega con la cabeza. No es que no me crea, es que me conoce.

—Supongo que Rachel y el bebé están bien —suelto, de pronto. No sé por qué lo he dicho. Quizá porque quiero demostrar que puedo hablar de ello sin venirme abajo. Pero me estoy viniendo abajo, y creo que ha sido un error.

—Sí. —Es todo lo que dice mi madre justo antes de que suene el llanto.

El silencio se me pega a la garganta.

Y entonces la veo. A Rachel, cruzando por detrás de ellos, biberón en mano. Pasa rápido, ni siquiera mira la pantalla. Pero está ahí. En casa. En mi casa. O su casa. Con su hijo. Que no es mío. Que nunca lo fue.

Cuando me fui intenté olvidar que Rachel seguiría viviendo con ellos, como habíamos hecho durante años por falta de un hogar propio. Pensé que, una vez me fuera, ella pasaría página y se iría a vivir con quienquiera que sea el padre del niño. Pero veo que no, que sigue allí, con una familia que cada vez es menos mía y, al parecer, más suya.

Aprieto la mandíbula y miro a otro lado. No quiero que me lo noten, no quiero que Vicent diga algo amable y mi madre me pregunte cómo lo llevo. Quiero salir de esta llamada y volver a enterrarme en las sábanas hasta otro día.

—Me alegro de que estéis todos bien —consigo decir.

—¿Y tú, hijo? —pregunta Vicent—. ¿Con quién estás pasando las fiestas?

—Bueno, he hecho amigos. Más bien compañeros de piso. Me he mudado, ya era hora de devolverle la habitación de invitados a tu madre. Y ahora vivo aquí. Esto... bueno, no es una familia, pero me dejaron cena en el horno anoche. ¿Qué más puedo pedir?

No dicen nada. Asienten, como si entendieran. Saben que no quiero hablar más.

—Bueno os dejo, que se os van a calentar las pintas.

—Cuídate —me pide mi madre, aunque por su tono parece que me pida que no la cague más.

—Gracias, mamá. Un abrazo, Vicent.

—Hasta pronto, hijo —responde él.

Cuelgo. Me quedo mirando la pantalla un buen rato. Respiro hondo. Me levanto, busco una manta y me voy al sofá.

Miro el árbol, con sus lucecitas brillantes, manteniendo el tipo ante una Navidad bastante deprimente.

—¿A ti también te parece que ya podría terminarse esta broma pesada? —le pregunto.

No responde. Mejor, no tengo fuerzas para conversaciones imaginarias.

26 DE DICIEMBRE DE 2022.



JULIA

—¿Esto es... *porridge*? —pregunta Marc, asomándose a su cuenco con la expresión de quien intenta adivinar si es un engrudo comestible o un castigo.

—Es *porridge* escocé —matiza Jade, que ya le ha pegado una cucharada y lo mastica con una mezcla de resignación y afecto—, según ha dicho el chef antes de echarle una poquita de sal a cada cuenco.

Yo me he limitado a removerlo desde que nos hemos sentado. No quiero herir los sentimientos de Brodie, que nos lo ha cocinado a fuego lento antes de irse a la ducha con aire ceremonioso, como si acabara de salvarnos la vida con el desayuno después de una batalla.

—¿No te gusta, verdad? —me pregunta Marc.

—A ver... —digo, y hago una pausa reflexiva—. Me gusta la intención, el gesto. La textura… no tanto.

—Parece cemento aromatizado —murmura él.

—¿Y los grumos? —pregunto—. ¿Qué son? ¿Semillas? ¿Aliens?

—Ustede no lo penséi. Es parte de la experiencia espirituá —responde Jade, terminándose el suyo con decisión, como si con eso pudiera ganar puntos en una liga vegetariana inexistente.

Marc y yo la observamos asombrados.

—Qué valiente —dice él.

—Na más que es avena y agua —dice Jade quitándole importancia—. Eso y que cuando no me veía le he echao especias, por darle gracia.

Entonces oímos la puerta del baño abrirse. Los tres nos miramos y damos una cucharada para disimular.

Hemos dejado en el sofá la cajita envuelta en papel de periódico con dibujos hechos a mano. La preparamos anoche, mientras Brodie hablaba con su familia mezclando idiomas y pensando que no le escuchábamos. Ni se enteró.

—¿Quién se lo da? —pregunta Marc en voz baja.

—Yo no —dice Jade—. A mí me va a notá que me hizo ilusión su regalo, y aún no me conviene que piense que tengo corazón.

—Que lo haga Julia —resuelve Marc, y antes de que pueda protestar ya me ha colocado la caja en las manos.

Brodie se nos acerca con el pelo mojado, camiseta limpia y cara de haber dormido poco pero bien.

—¿Os ha gustado?

—Muchísimo —responde Marc con una sonrisa deslumbrante—. He sentido el alma de Escocia en cada cucharada.

—Genial. Me alegro de que hayáis sobrevivido a vuestro primer *porridge* —dice Brodie, relajadísimo después de habernos atascado el sistema digestivo.

—Hemos sobrevivido, y traemos ofrendas —le digo, alzando la caja sobre nuestras cabezas para luego depositarla en sus manos—. De parte del Consejo de Convivencia del piso compartido.

—¿Qué habéis hecho? —pregunta, divertido.

—Una cosa mu tonta —responde Jade—. A tres banda. Con poca gracia pero mucho pegamento.

Nos sentamos los cuatro en el sofá, aunque no quepamos; Brodie abre la caja y descubre el cuaderno elaborado a mano, con tapas recicladas de una caja de galletas y forradas en tela a cuadros. Dentro, en las primeras páginas, hay frases que le hemos oído decir estos días, anotaciones absurdas, garabatos que forman caricaturas

nuestras y recortes de papeles diferentes. Una especie de *scrapbook* colaborativo de vida compartida.

Brodie se queda en silencio. Pasa una página. Y otra. Mira los dibujos, las notas, los garabatos… Acaricia con un dedo el bordecillo decorado con tartán que Jade ha encontrado no sabemos dónde. En la portada pone: *Manual de supervivencia en un piso compartido. Edición especial navideña*.

—Me vais a hacer llorar. Otra vez —dice.

—¿Otra vez? —pregunta Marc, alarmado.

—Hace dos días, en la ducha. Me pilló vulnerable.

Nos reímos. Jade le pega un codazo. Yo apoyo la cabeza en su hombro.

Saco el móvil y extiendo el brazo para hacer un primer selfi de los cuatro. Siento que es un momento importante y, por sus caras, ellos también lo ven así.

—Feliz *Boxing Day*, Brodie —le digo.

—Gracias, chicas —responde, dejando una pausa justo después para que veamos que ya usa el femenino sin pestañear—. Me vais a malacostumbrar. O peor: a hacerme creer que esto puede funcionar.

—Pues prepárate —le dice Marc—, porque para Reyes estamos pensando en dejarte hacer la colada de todo el piso.

—Una gran oportunidá de integración —añade Jade.

Y por primera vez desde que llegó, Brodie no se limita a forzar una sonrisa. Suelta una carcajada completa que nos deja a todos anonadados. No dura mucho, pero es auténtica, y es todo lo que necesitábamos para sentir que es parte de este hogar.

JULIA

📢 ALERTA CHISME 📢

Tengo que contaros algo.

Trabajo en Starbucks.

MARC

Ese era el nuevo curro misterioso que nos ocultabas?

Guau

Notese la decepcion

BRODIE

y eso es un chisme?

no es mas bien un dato normalito?

JULIA

No, idiota. Eso es el contexto. Ahora viene el chisme.

Estaba atendiendo a una señora y de pronto…

¡HA ENTRADO JADE! 😱😱😱

Con gorro de lana y cara de no me mires que te reviento.

MARC

No

NO 😱

Nuestra Jade? Defensora del tofu local y el comercio de barrio?

JULIA

La mismísima. Y no solo eso. Se ha pedido un gingerbread latte con leche de avena y extra de sirope sin pestañear.

Como si nada.

BRODIE

y que has hecho?

JULIA

¿Yo? He hecho como que no la he visto y me he encerrado en el baño, desde donde os escribo. No me atrevo a salir.

MARC

Estoy llorando 😭

Todo mi sistema de valores esta temblando

Dime que al menos pago con billetes y no con su tarjeta de alma vendida al sistema

JULIA

Eso es lo peor.

Es GOLD.

Tenía una bebida gratis con las estrellas acumuladas.

BRODIE

eso no es como el equivalente a tener el carne de socio del capitalismo premium?

JULIA

Confirmo.

Jade Heredia es una infiltrada.

Todo fachada.

😭😭😭

JADE

Necesito azúcar de vez en cuando pa no matar a nadie.

Y hoy me lo he ganao con aguantaros.

MARC

Autodefensa?

JADE

Exacto

Después de tropecientos envíos, formularios de autónomos y correos de haters respondidos, necesitaba mucho sirope

JULIA

Sigue sonando a traición. 🤔

JADE

Aquí no me juzgan

Probad a tener mis pintas y entrar en la cafetería de la esquina

Los que no piensan que voy a chorar, piensan que quiero adoctrinar a sus hijos

BRODIE

he decidido no tomar partido

pero me acabo de hacer un cafe casero y me sabe a mentira

MARC

😰

Voy a darme una ducha y replantearme lo que se del universo

JULIA

Yo sigo en el baño. No sé si salir o cambiar de identidad.

JADE

Sal

Pero tráeme una galleta de esas con nueces de macadamia, que buena falta me hace

JULIA

Solo si admites que el gingerbread latte está riquísimo.

JADE

Ni confirmo ni desmiento

MARC

Apuntalo en la libreta Brodie

Jade es GOLD!

BRODIE



Entro en el baño con mi toalla limpia al hombro y me doy de bruces con Jade, que sale envuelta en vapor, con el pelo goteando y una toalla oscura enrollada al cuerpo.

Intento apartarme, pero la puerta no da más de sí y quedamos encajados bajo el marco durante dos o tres segundos absurdos.

—Vamo a tené que ponerno turnos pa usá el baño —dice, volviendo hacia atrás para recoger algo del lavabo. No veo el qué pues mis ojos se centran en no mirar hacia ningún lugar que pueda ser considerado íntimo.

—No… no pasa nada —balbuceo.

—Enga, entra, que yo ya he acabao. Aprovecha el calorcito, que te lo he dejao como pa montá una sauna turca. —Se sacude el pelo y un par de gotas me caen en el brazo—. Y tranquilo, illo, que has puesto una cara… ¿Qué te cree, que te voy a echá un mal de ojo por invadí mi intimidá?

—No, claro —respondo, nervioso, desde el mismo punto donde me he frenado al entrar.

Se ríe sola, me da un empujón con la cadera para pasar y se pierde hacia su habitación, descalza, tan tranquila. Y yo me quedo ahí, con el corazón acelerado, el brazo húmedo y sintiéndome un idiota. ¿Cómo no se me ha ocurrido llamar antes de entrar?

Me encierro en el baño, me miro al espejo y suspiro al ver la sonrisa tonta que me manipula los labios.

—No. Ni de coña.

PARTE DOS
SEGUNDA NAVIDAD

2023

21 DE DICIEMBRE DE 2023.



JULIA

Hay una regla no escrita en los pisos compartidos que dice que si decoras la casa con gente que no son tu familia y sale bien, es porque lo son. O porque sois cuatro desequilibrados con complejo de protagonistas de *sitcom*. En cualquier caso, aquí estamos, montando un árbol de Navidad a medias entre la tragedia, la comedia y la terapia de grupo.

—¿Esto va en la parte de arriba o en la de abajo? —pregunta Brodie, sujetando una rama verde, con expresión de sufrir dudas existenciales.

—Si está rota, métela por dentro, que no se vea —responde Marc desde lo alto de un taburete apoyado en una silla mientras le coloca una estrella al árbol con la precisión de un profesional del patinaje artístico.

Jade gruñe desde la cocina. Ha decidido no participar en lo que ella denomina «la orgía del consumismo verde y rojo», pero aun así sigue viniendo a corregirnos cada cinco minutos.

—Eso no está simétrico. Se lo vai a cargá. Y ese ángel parece que está borracho.

—Es tradición —le digo—. Ya sabes que en esta casa todos los angelitos están un poco pasados de rosca.

Ha pasado un año; un año desde que Brodie llegó con su acento extraño y esa capacidad maravillosa de ser un completo desastre en todo tipo de situaciones; un año desde que Jade decidió no confiar en él ni aunque le firmara un contrato notarial; un año desde que Marc lo tolera como quien tolera la música de fondo en una cafetería, una que no puedes cambiar pero que puedes intentar ignorar. Y un año desde que yo intento *chuscármelo* sin éxito, porque avispado, lo que se dice avispado, no es.

Con el árbol inclinado peligrosamente hacia la televisión, trabajamos juntos para que esto tenga pinta de hogar. Los observo con algo parecido al cariño mientras sujeto la caja de adornos con forma de galleta navideña y me rio sola cuando Brodie cuelga una oveja de peluche en una rama que sobresale de la forma cónica del árbol.

—¿Qué hace el bicho ese ahí? —refunfuña Jade desde el arco de la cocina.

—Es un homenaje a Escocia —responde él—. Y a mis traumas.

—Bueno, po vale —acepta ella. Por el tono de su voz se nota que no lo va a quitar cuando nos despistemos.

La verdad es que no sé cómo ha podido funcionar esta especie de secta doméstica. Hace un año solo éramos cuatro personas con diferentes grados de desastre vital; hoy seguimos siéndolo, pero compartimos calendario de limpieza, *playlists* de domingo y táperes sin etiquetas.

El árbol se cae dos veces. Marc culpa a Mercurio retrógrado para hacer reír a Jade; ella no se ríe pero tampoco lo manda a paseo, que ya es. Brodie culpa a su nulo sentido del equilibrio, y yo culpo al hecho de que somos humanos y, a veces, las cosas se caen aunque las montes con amor.

Al final lo apuntalamos con los libros que no me han gustado demasiado este año, un saco de arroz jazmín y un bote gigante de gomina de Marc que pesa como un bebé. Nos sentamos en el suelo, admiramos la obra y hacemos lo que hay que hacer en estos casos: sacar el primer selfi de las fiestas frente al árbol.

Marc pone morritos, Jade pone cara de «odio todo esto pero me esfuerzo», Brodie sonríe como un perrete feliz y yo estoy en medio,

brillando, porque los adoro a los tres.

—¿Y ahora qué? —pregunta Brodie.

—Ahora empieza la Navidad —respondo—. Agárrate, *highlander*.

22 DE DICIEMBRE DE 2023.



BRODIE

La cafetera resopla como si estuviera harta de la vida. La entiendo. Hace fresco, me ha bajado la cafeína en sangre y lo último que necesito ahora mismo es una conversación humana.

Pero Jade está ahí, de espaldas, apoyada en la encimera con el móvil en una mano y la mandíbula apretada como si acabara de discutir con su proveedor de energía astral. Cuelga. Se queda unos segundos mirando al vacío; luego se gira y me mira como si me viera por primera vez, aunque llevemos un año conviviendo en relativa armonía.

—Te tengo que pedí un favó —suelta.

Me froto los ojos. A veces habla así cuando se ha atascado un grifo o quiere que limpie las sartenes del fregadero sin refunfuñar. Pero esta vez hay un subtono distinto, como con más drama.

—¿Va a haber cuchillos de por medio? Porque si me necesitas para pelar boniatos a mano como la última vez...

—Sin cuchillo —me interrumpe. Me quedo más tranquilo hasta que añade—: Espero. No puedo prometerlo, si te digo la verdá.

Directa, sin rastro de humor.

La cafetera pita, y presiento que el café no va a estar a la altura del giro que me va a dar el día.

—Dime, entonces. ¿Para qué me necesitas?

Ella me estudia durante unos segundos. Se lo piensa antes de hablar, parece que le cueste arrancar.

—Pa que finjas ser mi pareja esta Nochebuena.

Miro la taza que tengo en la mano como si me hubieran echado algo ilegal en ella.

—¿Perdón?

—Lo que oye. Mi pareja. Una noche na má, pa la cena con mis padre.

—¿Por qué? —pregunto, porque «¿qué narices estás diciendo, pedazo de loca?» me parece demasiado brusco.

Ella se apoya de nuevo en la encimera y cruza los brazos con cara de no querer contar más, pero sabe que tiene que hacerlo porque yo tengo cara de necesitar que me cuente más.

—Porque por *cómo he elegío sé* —explica, simulando comillas en el aire con los dedos, como si le dieran asco las palabras—, mis viejo creen que me viá quedá sola hasta la muerte. Y cuanto má feliz me ven, más convencío están de que en el fondo estoy triste y necesito un hombre pa que me salve.

—¿Y Marc? No sé, me parece más adecuado.

—Con Marc lo intenté hace un par de año, y la pantomima no duró ni media hora. Mi madre le dijo que llevaba demasiá purpurina pa sé novio mío. Y luego le preguntó si me había convencío él de hacerme «los últimos cambio». No creo que se refiriera a los tatuaje, precisamente, aunque tampoco le hacen ninguna gracia a la mujé.

Nos quedamos en silencio. No sé qué contestar a eso. Ella no me mira, y yo no sé si mirarla ayudaría o molestaría, así que me centro en mi taza, que es menos compleja.

—¿Y por qué yo? —pregunto después de un nuevo trago.

—Porque ere nuevo, no te han visto nunca y no tienes energía de que vayamo a casarno pero sí de que me soportas lo justito pa que salgamo junto. Parecerá reá, da tol pego.

—Qué halagador…

—Ademá, el factor sorpresa juega a mi favó.

—Me siento como una carta trampa. O más bien, como una jugada desesperada.

—Tú tómatelo como una *performance* navideña. Mis padre son buena gente. Mu antiguos, pero buena gente. En Cádi la gente no tiene tan mala sombra como aquí. Yo viá ponerme a cociná ya pa que to salga perfecto. Y sí, sé que aún quedan dos día. Estoy atacá de los nervio. Necesito prepará *tofu* en cantidades ingente y que no se note que es *tofu*, pa que mi madre no se empeñe en que estoy flaca por no comé filetes de carne de caballo.

Parece nerviosa de verdad, no había hablado tanto desde que nos regañó por decorar su tarta de cumpleaños con nata de bote.

—No tengo escapatoria, ¿verdad?

—No sin hacerme sentí aún más marginada por un sistema binario absurdo y opresivo.

—Joder, Jade, usas las cartas político-emocionales muy pronto.

—Te estoy pidiendo una mentira piadosa, Brodie. Una que me haga la vida una mijita más fáci, illo, que ya tengo bastante con ser autónoma. Na más que una vé, por favó.

Suspira al verme abrir los ojos de una forma desmesurada, pero es que ha dicho «por favor» ya varias veces, y eso es más raro que cuando se le escapó que algo de curiosidad por verme tocar en el *pub* sí que tenía. Alzo mi taza en señal de tregua.

—Vale, pero quiero ensayos. Con guion, con anotaciones sobre gestos y cosas así, para poder aprenderlas. Y que me dejes corregirte delante de tus padres si te comportas como una pareja pasivo-agresiva y tóxica que no respeta mi autenticidad.

Un gruñido me indica que le toca aceptarlo.

—Una pregunta más —le pido.

—A vé.

—¿A tus padres les gusta la música?

—Tienes terminantemente prohibido hablá de esa caja tuya con los botone de colore.

—Entendido. Bueno, pues entonces brindaremos por el *tofu*, por la diversidad y por todo eso que te mola. Cuenta conmigo.

Ella sonríe, de lado. No del todo, nunca lo hace.

Pero algo es algo.

JULIA



—¿Has notado algo raro en Brodie? —Esa es la primera frase que sale de mi boca esta mañana después del «buenos días» que le he lanzado a Marc al sentarnos juntos en el sofá para ver el sorteo de la lotería.

—¿Raro cómo? Siempre es raro, tía —responde Marc, que deposita la taza de chocolate caliente sobre la mesa para hacerse un moño perfecto sin espejo, usando solo la intuición y un borroso reflejo en los adornos del árbol.

—Raro en plan... no sé. ¿Servicial? ¿Ordenado? ¿Con mirada de que está ocultando un crimen menor?

Marc se activa inmediatamente y pone la cara que pone cuando intenta oír algo sin los audífonos.

—Hace un rato me ha ofrecido café. Me lo había hecho él, sin que yo se lo pidiera. Cada día actúa más como una señora mayor, y más con esas gafas pasadas de moda que lleva. Pero ahora tengo sospechas, porque me ha llamado *«bonico»*. He supuesto que era algo que le ha contagiado su abuelastra.

—¿*«Bonico»*? ¿Y no lo has grabado?

—Estaba intentando aguantarme la risa. Parecía decirlo con cariño real.

Brodie pasa por detrás de nosotros justo entonces, camino a su cuarto, camiseta planchada, pelo más o menos peinado, un suspiro contenido en cada paso que da.

—Buenas —saluda con una sonrisa amable, como si no fuera él. Parece como si lo hubieran poseído o sustituido por una versión optimista de sí mismo.

Marc y yo lo seguimos con la mirada.

—Espeluznante.

—¿Y si está enfermo? —sugiero—. O peor... ¿y si se ha enamorado?

Marc abre los ojos como platos.

—¿De ti? ¿De mí? ¿De Jade?

—No sé. Yo me daría por aludida si no fuera porque Jade está aún más rara que él. Se han mirado esta mañana como si compartieran un secreto enorme.

—Ay, *mare meua*, ¿y si están liados? ¿Y si el sexo ha desbloqueado la serotonina de Brodie?

—¡Marc!

—Perdón. Estoy procesando posibilidades.

Yo también, pero en silencio. Porque me da la risa imaginar a Jade y a Brodie manteniendo una relación real. Ella, puro fuego; él, niebla emocional. Pero luego pienso en las veces que le he tirado la caña durante este año —cientos— y las veces que me ha entendido —cero—, y todo comienza a cuadrar.

—Oye —dice Marc, interrumpiendo mis cábalas—. ¿Y si han hecho un pacto?

—¿Un qué?

—Un pacto de esos de *fake dating* que salen en las novelas que lees tú. Como en las pelis de sobremesa que terminan con un beso manido y heterobásico. Pero con más gracia.

—Eso solo pasa en la ficción.

—Julia, vivimos con un escocés divorciado que toca el acordeón y prepara *porridge* con tres texturas distintas: estamos en una película continua. Y no es que se me haya ocurrido de la nada lo del *fake dating*. Ya sabes que hace dos navidades Jade me obligó a fingir que era su novio para que su familia la dejara en paz con lo de que se va a morir sola por ser trans. ¿Y si este año se lo ha pedido a él?

Me llevo la taza a los labios para no gritar que me encanta su teoría.

—Pues como sea verdad, voy a necesitar pruebas. Capturas, audios, un diario o lo que sea.

Marc asiente con solemnidad.

—Operación Highlander en marcha. Cuando salga el premio gordo, empezamos.

Chocamos las manos, como buenos espías de sofá, y justo entonces aparece Jade desde la cocina, con cara de tenerlo todo bajo control y con la certeza de que no vamos a adivinar sus secretos jamás.

—¿Qué hacéi?

—Nada. Estábamos...

—Chismeando —interrumpo yo. Así nos creerá.

—Po a ventilá, que esta casa huele a chisme estancao.

Y vuelve a los fogones como si nada.

Marc y yo nos miramos. Tenemos una misión.

BRODIE



Marc está en su habitación, sentado frente al espejo delineándose los ojos con precisión de neurocirujano. No sé si es buen momento, pero como buen cobarde, si no lo suelto ya, me voy a arrepentir.

—¿Tienes un minuto?

No me oye. Me descalzo en el pasillo para no ensuciar la moqueta y avanzo hasta ponerme a su lado, frente al espejo.

—¿Tienes un minuto?

—Siempre que no pretendas que te maquille… —responde sin apartar la vista del delineador, hablándome a través del cristal—. Das vibras de que te vas a tocar los ojos todo el rato y te va a quedar un *empastre*.

—Tendría sentido, sí. Pero no, solo necesito consejo.

Marc arquea una ceja y me indica con un gesto que me siente en la cama. Antes de continuar con la línea negra, alcanza sus audífonos y se los coloca. Espero a que me dé una señal para proceder con la conversación incómoda. Cuando veo que vuelve a la técnica perfecta de perfilado para villanos elegantes, me animo.

—Vale, esto va a sonar raro, pero… necesito que me ayudes a fingir que estoy saliendo con Jade.

Marc detiene el trazo a medio camino.

—Lo sabía. A ver, ¿en qué habéis quedado?

—Solo es una noche. Sus padres vienen a cenar en Nochebuena y quiere que crean que tiene pareja. Y por algún motivo inexplicable,

me ha elegido a mí.

—¿Por qué no repite conmigo? No salió del todo mal hace un par de años.

—Ya, bueno... Ella dice que su madre lo notó a los diez minutos y que su padre pensó que eras un estríper a domicilio.

—Ah, sí —asiente Marc con media sonrisa—. Fue una gran noche. Bueno, yo me lo pasé pipa, Jade quizá no tanto.

Me cubro la cara un segundo. Me gustaría desmayarme, pero no poseo el glamur de Marc para caer con estilo.

—Necesito instrucciones de cómo ganarme a sus padres, de cómo... no cagarla. Porque soy capaz de, en mitad de la cena, confesar que no sé qué estoy haciendo con mi vida y que todo es una farsa. Además, sin el acordeón me siento inseguro.

Marc se da la vuelta en la silla y cruza las piernas con teatralidad.

—A ver, lo primero que debes saber es que cuando yo lo hice no tuve que fingir. Solo exageré cosas reales: mi aprecio por Jade, la complicidad, el respeto y la confianza absoluta de que, si alguien me miraba mal, yo tenía el carisma necesario para desmontarlo con una sonrisa.

—Perfecto. Entonces estoy jodido.

Marc se ríe, pero intenta animarme.

—No tanto. Tienes cosas a tu favor.

—Ilumíname, porque yo no las encuentro en el pozo oscuro de mi personalidad.

—Tienes voz de narrador de audiolibros picantes; el acento no, pero eso lo podrás esconder un poco. Y sabes poner ojillos de cachorro perdido. Si mantienes la mirada, medio derrotado pero a la vez noble, y le das la mano de vez en cuando, la madre se deshace.

—¿Eso te funcionó a ti en los primeros diez minutos?

—No, yo mentí como un bellaco, dije que habíamos sobrevivido a un retiro de yoga juntos y que nos había salido la carta de la templanza en una sesión de tarot.

Entro en pánico con su última frase.

—¿Tengo que saber cosas de tarot? ¿O de piedras preciosas de esas que vende Jade?

Comienzo a hiperventilar y Marc me pone una mano en el hombro, solemne.

—Lo importante es que no trates de ser quien no eres. Jade te lo habrá pedido por algo. Si intentas ser perfecto vas a fallar, pero si te presentas como el escocés funcional, ligeramente desorientado y fiel como un *border collie* que eres, puede que coléis.

—No es la primera vez que me comparas con un *border collie*. No sé si sentirme halagado o insultado.

—Halagado, Brodie. Tengo una muy buena opinión de los *border collies*, son listos, leales y, si les lanzas una pelota, te la traen aunque haya un apocalipsis nuclear de por medio. Lo que quiero decir es que, si tú de verdad quieres ayudar a Jade, se va a transmitir en tu actitud. Y eso, créeme, vale más que cualquier paripé.

Y, sin más, se gira de nuevo hacia el espejo y continúa el delineado como si no acabara de darme la charla más útil y emotiva del año.

—¿De verdad crees que puedo hacerlo?

—No —responde sin mirarme—. Pero tú tampoco, y eso te hace auténtico.

—Gracias... ¿creo?

—Venga, anda. Vete a practicar cómo se sonríe sin que parezca que te duele el alma y luego vienes y me preguntas cómo elegir camisa para seducir a una suegra sin traicionar tus principios.

—¿Principios? ¿Yo?

—A veces los muestras —responde con naturalidad a mi broma —. Pero no te acostumbres, que no quedan bien con según qué pantalones.

JULIA



Estoy ordenando mi estantería de libros pendientes por colores cuando la puerta se abre y entra Jade, todavía con su abrigo negro, el pelo húmedo por el clima valenciano y mirada de querer confesar algo pero no saber cómo. Me encanta verla en mi colorida habitación con sus vestidos de viuda gótica.

Me huelo el drama, o el chisme. O ambos. Me giro con mi mejor sonrisa de «sé que vienes con salseo, cariño, y aquí estoy».

—Vengo a contarte una cosita, pero no quiero reacciones asín to escandalosa. Ni gritos, ni caras rara.

—Vale —acepto, aunque ya estoy gritando por dentro—. Soy una tumba.

Jade se sienta en mi sillón de lectura y me observa unos segundos, lo cual me da tiempo para prepararme para fingir que no sé absolutamente nada. Debería elegirme a mí como novia falsa, haría un papel excelente.

—Mis padre vienen a cená en Nochebuena. Tú lo sabe, ¿verdá?

—Ajá —respondo, en tono neutro. Una está entrenada para estas cosas.

—No quiero que piensen que estoy sola. Me marean mucho con lo de que he elegío un camino demasiao solitario en la vida.

Se le quiebra un poco la voz al decirlo. Jade no suele hablar de estos temas.

—Le he pedío a Brodie que finja que es mi novio.

Me quedo en silencio. Mi actuación es digna de un Goya. Asiento. Parpadeo. Pongo cara de sorprendidilla pero no de *shock* total.

—¿En serio? ¡Qué fuerte! ¡Vaya idea tan loca!

Jade me mira y entorna los ojos.

—Julia.

—¿Qué?

—Que lo sabías.

—¿Yo? ¿Qué? ¡No! Bueno...

Esgrime un dedo acusador y entrecierra los ojos como una bruja ofendida.

—O sea, que el chisme era yo, cabrone.

—Perdona, tía. No fue en plan cotilleo, fue en plan... preocupación. Por ti. Por Brodie. Por el planeta entero.

Jade se ríe. Un poquito solo, pero la tengo ganada.

—Ere una mamarracha guardando secreto —me dice antes de ponerse completamente seria—. La cosa es que, no sé por qué, he estao tol día con el corazón a mil por hora. Es ridículo, ¿no? Que aún me importe lo que piensen. Después de to.

—No es ridículo, Jade, es humano. Y aunque lo disimules con toda esa ropa oscura y ese sarcasmo que te gastas, tienes un corazón frágil.

Se queda callada un momento; luego, con un gesto lento, se quita el colgante que lleva y me lo ofrece. Es uno de los primeros que hizo, de los que no quiere vender porque dice que tienen errores de principiante pero que yo siempre he adorado. Es un pedacito de jade tallado a mano.

—¿Por qué parece que me vayas a realizar un conjuro con eso?

—Será payasa. Es tu regalo de Navidad. Así me siento más artista emergente y meno fracaso familiar. Acepta la ofrenda ante de que me avergüence, anda.

Lo cojo con cuidado, como si fuera la piedra más preciosa del mundo. Y quizá lo sea, para nosotras.

—Gracias. Pero oye, y por si no te lo dice nadie más: tus padres ya tienen mucha suerte solo con tenerte. Da igual lo que piensen mañana.

Me mira fijamente. No sonríe, pero se limpia los ojos como si le tuviera alergia a las lucecitas led que decoran mi habitación.

—Y por si te sirve de algo, Brodie ya está practicando su cara de novio enamorado. Le sale regular, pero se esfuerza.

Jade se pone de pie para marcharse, pero se queda un segundo más, observándome desde la puerta con mala cara, como si algo le raspara por dentro.

—¿A ti no te raya to esto, no? —pregunta, casi en un susurro—. Sé que te mola el *highlander*. Ya sabes que no va por ahí la cosa, ¿verdá? Solo es una película cutre que va a salí fatá.

Yo dejo el colgante sobre la mesita con todo el arte dramático que tengo dentro y me giro hacia ella con una sonrisa irónica.

—Jade, corazón, si todavía no ha caído en mis encantos después de mis cafés con doble intención, de mis modelitos estratégicos o tras aquella vez que le recité un fragmento de *Outlander* mientras se tomaba un ibuprofeno para la resaca, ya no va a caer.

Ella se ríe, sabe que es verdad, que no hay manera normativa de seducir a Brodie. O, al menos, yo no la he encontrado.

Jade asiente, se ríe bajito y cierra la puerta con suavidad. Miro el colgante sobre la mesa y sonrío. Que esta Navidad traiga lo que quiera, que yo ya lo tengo todo.

BRODIE



Estoy fregando los platos con un entusiasmo sospechoso, porque prefiero mil veces lidiar con grasa reseca que con la conversación que Jade y Julia han debido mantener hace un rato. No sé qué se han dicho exactamente, pero me da que el asunto giraba en torno a nuestro acuerdo.

Es tarde, pero a Julia no se lo parece, pues sale al salón con una bolsa enorme de Tiger que parece a punto de reventar y comienza a llamar a las puertas de Marc y Jade con fuerza. Me hace un gesto a mí también para que deje lo que estoy haciendo y le preste atención.

—No me miréis así. Ya sé que todavía no es Navidad, pero no pienso esperar.

—¿No se supone que los regalos son dentro de unos días? —pregunta Marc justo después de colocarse los audífonos y entender la situación. Parece que no ha llegado a escuchar el ansia en las palabras de Julia.

—Eso es para la gente normal. Yo soy impaciente —responde Julia con esa mezcla suya de ilusión y ternura—. Además, si los guardo un día más me va a dar un ataque.

Nos colocamos a su alrededor en medio del salón, donde ella ha apartado la mesa de centro para hacer hueco. A mí me deja una caja cuadrada entre las manos, envuelta en papel de renos con narices rojas. Jade recibe un sobre plano y Marc un paquete

alargado adornado con un lazo ridículo que parece hecho por un niño de cuatro años.

—Venga, abridlos.

Levanto la tapa y me encuentro una taza rellena con un enorme paquete de té barato del supermercado. Leo el mensaje en la porcelana: «*World's Okayest Roommate*».

—¿En serio? —pregunto, fingiendo indignación.

—En serio. Ahora tienes taza oficial, y cada vez que bebas de ahí te vas a acordar de que eres soportable. Solo soportable.

Intento no sonreír, y ella también, pero se nos escapa.

Marc abre su paquete y permanece en silencio unos segundos. En el envoltorio de plástico pone *Kit de supervivencia gay*, y dentro hay un abanico plegable con la bandera arcoíris, un brillo de labios con purpurina y un espejito ridículo en forma de corazón.

—¿Qué coño es esto? —pregunta entre risas.

—Lo imprescindible para cualquier emergencia. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar un retoque o un *plis plas* dramático —explica Julia imitando el gesto de abrir el abanico.

Jade y yo nos partimos de risa mientras Marc se abanica como si fuera la mismísima Lola Flores, con giro de bata de cola invisible y todo.

—Vale, es el mejor regalo del mundo —admite.

Jade abre el suyo: unos pendientes plateados en forma de lunas crecientes; se queda quieta, mirándolos como si no acabase de creer que no los haya creado ella misma.

—Son precioso.

—Los vi en un mercadillo y me parecieron tuyos, como si te los hubieran robado —dice Julia, como si fuera lo más obvio del mundo.

Jade se los pone de inmediato y sonríe con ilusión.

—No sé qué decí, la verdá.

—Pues no digas nada. —Julia la abraza con cariño y parece que Marc y yo nos hayamos perdido algo—. Solo lúcelos.

23 DE DICIEMBRE DE 2023.

JULIA

¡Buenos días, bonitas mías! ¿Vamos a seguir fingiendo que no sabemos lo del fake dating o podemos organizarnos y ayudar al novio falso a que lo triunfe en la cena de mañana?

MARC

Asi me gusta amiga

Directa ya de buena mañana 💃

BRODIE

hay cafe?

hay alguien en casa?

hay contrato y posibilidad de romperlo antes de tiempo?

JADE

Sí

No

NI DE COÑA

MARC

Va a haber escenas con beso?

😏

Si no hay beso no hay realismo

Solo performance

JADE

No habrá besos

Solo trauma

JULIA

Cero química. Cero tensión sexual aparente. Me huele a clásico de comedia romántica. Esto va a ser un desastre, pero de alguna manera mágica acabará saliendo bien. Lo sé. 😍 Y habrá beso, como que me llamo Julia. Aunque sea más falso que una moneda de tres euros.

BRODIE

gracias por la confianza

de verdad

me siento como una especie de hugh grant pero rubio y fofo

MARC

Tenemos que ensayar

Todas tenemos la tarde libre no?

Propongo sesion intensiva de fingir que no os caeis mal

JADE

No me cae mal

Solo me crispa

MARC

Pues eso

Puro matrimonio

JULIA

Vale, pues a las 16:00 en el salón. 👋 Hoy no hay siesta. Eso va por ti, Brodie, que pareces más español que nosotras tres juntas. Yo me encargo de la música navideña para ambientar, Marc del vestuario y los tortolitos de darlo todo en una actuación que deje a Guadalupe y a Ricardo boquiabiertos. 🤩

BRODIE

ay madre

que no sabia ni como se llamaban

me esta entrando un acojone que no veas

JULIA

😉 Dinna fash, mi querido highlander. Lo tengo todo bajo control. En cuanto me suelten de este infierno navideño con toppings especiados me tomo un descanso para hacer tarjetas con preguntas tipo: ¿Dónde os conocisteis? ¿Cuál es vuestra canción? ¿Quién ronca más?

JADE

Esto se nos está yendo de las manos

No va a ser peor que cuando llevé a Marc

Creo que con que no hable mucho sirve

MARC

Si prefieres podemos ponerle a Brodie mis viejos audifonos y que se haga el sordomudo

A mi me ha funcionado para reuniones de trabajo en las que no queria estar

Pasas desapercibido y te acaban ignorando 🙂

BRODIE

fingir que soy el novio y ademas que tengo una discapacidad congenita? claro

que podria salir mal?

JULIA

No lo líes, Marc. Las mentiras, mejor de una en una. 🤥

BRODIE

limitate a buscarme un buen tutorial para aprender a poner cara de hombre feliz en pareja. con eso me vale

JADE

Tengo que volver al curro

Una señora quiere una lectura de carta astral que no se va a creer

Luego nos vemos

Aunque ya me estoy arrepintiendo

JULIA

Va, que nos lo vamos a pasar bien. Además, si te pasas a por mí te preparo un gingerbread latte venti con leche de avena y extra de sirope. 😋

JADE

Claro

Y luego nos subimos las dos en mi bici y nos la pegamos

Así empezamos bien las fiestas

Pero trae igualmente el café que me va a hacer falta para soportaros toa la tarde

MARC

Definitivamente teneis que decir que os conocisteis en la cola del starbucks

Seguro que cuela

JADE

😒

JULIA



—Vale, voy a ir al grano —anuncio, sentada en la alfombra con las piernas cruzadas, la libreta encima de las rodillas y un bolígrafo al más puro estilo de *Una rubia muy legal*—. Esta es una situación de alto riesgo emocional. Necesitamos un *storytelling* creíble, dos actores comprometidos y cero expresiones faciales de asco mutuo.

—Demasiao pedí —murmura Jade desde el sofá, dándole el primer sorbo al *gingerbread latte* que le acabo de traer del trabajo. Su resignación queda demasiado festiva para resultar seria.

—Yo estoy aquí bajo coacción emocional —replica Brodie, repantigado como si llevara ya años casado con ella, como en una *sitcom* de los noventa. A él le sale mejor lo de la resignación.

Marc ha traído una manta de cuadros y un gorro de lana que le ha encasquetado a Brodie en la cabeza para que mañana finja que es un regalo de Jade, y a ella le ha dado un pintalabios que tendrá que fingir que es regalo de Brodie. Podría haber sido más original, la verdad, pero no hemos tenido mucho tiempo para prepararlo. Jade ha amenazado con devolverle el pintalabios a Marc por vía poco diplomática, así que de momento vamos a pasar del tema de los regalos de pareja.

—Primera pregunta —empiezo, ignorando sus movidas—. ¿Qué os enamoró al uno del otro?

—Empezamos fuerte —se lamenta Brodie—. No sé… ¿su capacidad de moverse en la oscuridad sin ser escuchada ni por los

murciélagos?

—A mí su torpeza —responde Jade sin pestañear—. Es lo más creíble que se me ocurre.

Marc asiente, conforme con la sencillez de las respuestas.

—Segunda pregunta —sigo, imperturbable—. ¿Cuál fue vuestra primera cita?

—Una ceremonia de luna llena con incienso y vino ecológico —sugiere Marc desde el sillón frente a los protagonistas.

—Una bronca en la frutería por el último aguacate —propone Jade.

—Una conversación intensa sobre el folclore de mis queridas Tierras Altas —corrige Brodie.

—Vale, me estáis mareando —protesto—. Vamos a fijar solo una, por favor. Algo creíble. Y no, la frutería y el folclore no cuentan como *meet cute*. Necesitamos algo más romántico.

—¿Y un mercao esotérico? —pregunta Jade—. Yo vendía cuarzo, él se burló de mis podere, me pareció un imbécil encantadó.

—Eso es bastante romántico —admite Marc—. Seguro que Guadalupe llora al imaginar la escena.

—Tercera pregunta —continúo con autoridad—. ¿Tenéis una canción?

—Podría ser la banda sonora de *Braveheart* —dice Marc, aunque incluso él mismo se ríe de su ocurrencia.

—Vale, vamos a dejar pasar esta —me rindo—, no todo el mundo ha de tener una canción especial, y es evidente que estos dos no comparten gustos musicales. Venga, siguiente. ¿Cuándo supisteis que era amor?

—Cuando dejó de mangarme las cocreta sin permiso —dice Jade con solemnidad.

—Cuando se quedó despierta conmigo durante una noche de insomnio porque yo había pillado tal cogorza que me daba miedo cerrar los ojos y no volver a despertar nunca —responde Brodie—. Me dio la mano y todo.

Nos quedamos todos callados unos segundos. Brodie y Jade se miran de reojo, a Marc le sale un puchero involuntario y yo finjo que no se me ha puesto cara de emoji emocionado.

—¿Qué hacéis cuando uno de los dos tiene un mal día? —pregunto, para seguir con el ritmo y disimular la carga emocional que flota a nuestro alrededor.

—Yo preparo té —responde Brodie—. Fuerte, sin azúcar y acompañado de miradas de comprensión.

—Yo le insulto con cariño y lo echo del sofá pa que espabile —añade Jade—. Método infalible.

Me da reparo hacer la siguiente pregunta tal y como la había planteado originalmente, así que la retoco un poco.

—¿Tenéis algún ritual nocturno?

Marc casi se atraganta, Jade me lanza un cojín. Paso a la siguiente.

—¿Qué haríais si os tocara la lotería?

—Po comprarme una cabaña en mitá del monte, sin cobertura y sin gente —dice Jade sin dudar.

Brodie tampoco se lo tiene que pensar mucho.

—Adoptar perros grandotes que nadie quiera llevarse a casa porque son demasiado grandes y demasiado viejos, y también demasiado feos.

Marc y yo lanzamos una especie de suspiro conjunto para mostrar la ternura que nos transmite su respuesta. Entonces me doy cuenta de que Brodie está sonriendo, y que quizá él también esté pensando en que esos perretes serían muy felices en la cabaña que Jade compraría si ganara la lotería.

—Muy bien. —Marc se pone en pie y da unas palmaditas teatrales—. Hora de practicar el momento «cariño, pásame la sal» sin que parezca que os vais a envenenar mutuamente.

—Mira que ere payasa —le dice Jade.

Pero se ha reído. Y Brodie también. Algo, por raro que suene, empieza a funcionar.

BRODIE



Llevo media hora dando vueltas por mi habitación. Literalmente. Una ruta circular delimitada entre la cama, la mesa y la puerta. Podría ponerle nombre al circuito: Laberinto de la Cobardía. Si fuera un libro, Julia lo leería y lo comentaría con ese grupo de intelectuales que pasan de salir los sábados por la noche porque toca reunión de lectores.

El caso es que yo doy vueltas, una, y otra, y otra más, porque no me saco de la cabeza no haberle preguntado antes, durante el ensayo, cuando todos estábamos de risas y contentos. Pero entonces no me ha salido. Y ahora tampoco, pero ¿qué sé yo? Yo solo quiero hacerlo bien. Quiero hacer esto bien. Quiero hacer *algo* bien. Aunque solo sea una pantomima no quiero fallarle, y para eso necesito saber un par de cosas más. Las que no me he atrevido a preguntar antes.

Oigo un leve gemido al abrir la puerta de mi cuarto; proviene de la habitación de Marc, como siempre… Otra noche de guarradas recitadas al aire. Sus parejas nunca levantan la voz, es él quien acapara toda la atención. No lo entiendo, pero tampoco soy yo quién para juzgar lo que hace cada uno en esos momentos de intimidad, que hace más de dos años que no recibo un beso ni por accidente.

Al otro lado de la casa la habitación de Julia está en silencio, como siempre que está de reuniones; hablan por chat, y a veces la veo tirada en el sofá sin apartar la mirada de la pantalla del móvil,

como poseída, contestando a cientos de mensajes por segundo como si le fuera la vida en ello. Me gusta verla así, muerta de risa o emocionada por la escena que están comentando.

Me detengo frente a la puerta de Jade; es la primera vez en todo el año que me atrevo a acercarme a ella sin que sea para preguntarle si necesita que le traiga más *tofu* cuando me voy a la compra. Dudo que sea buena idea, pero llamo. Una sola vez, muy suave.

—¿Hola? —responde desde dentro, sin abrir, como si la puerta fuera un teléfono de madera.

—Soy yo —digo, y me maldigo por lo obvio.

—¿Y qué quiere, *yo*?

—Hablar, si no estás ocupada.

Hay un silencio en el que sé que está poniendo cara de «ni de coña abro», justo antes de que la cerradura haga clic. La puerta cede y Jade aparece en pijama. Es una camiseta enorme de *Las brujas de Eastwick* que seguro que le ha regalado Julia. Y nada más. Se me van los ojos a sus piernas, no porque sea yo un salido ni nada de eso sino porque no se las he visto nunca, ni en verano. Igual que sus brazos, están llenas de tatuajes que parecen dibujos de cartas del tarot y constelaciones de estrellas que no reconozco.

—Adelante. Aunque si es pa ensayar otra vé lo de los motes cariñoso mientra escuchamos villancico, me niego. Tengo ya el cupo de estupidece navideña cubierto por hoy.

—No, no es eso. —Entro con las manos en los bolsillos—. Es también una estupidez, pero no navideña.

Su cuarto huele a incienso y menta; está dividido en una parte para trabajar y en otra para dormir. En la primera hay un escritorio repleto de piedras preciosas y herramientas para trabajarlas, y en la segunda, una cama enorme en la que podría dormir cómodamente un oso pardo. Desde el techo caen telas con estampados diferentes formando un dosel casero que separa los dos espacios. Lucecitas diminutas se entrelazan con las telas dándole a la habitación un ambiente mágico que no te permite olvidar que estás en la madriguera de Jade. O en un refugio para brujas perdidas.

—¿Puedo? —Señalo la única silla que veo junto a la puerta. Ella se ha sentado en la cama, con las piernas cruzadas y la espalda en la pared más apartada de mí.

—En esa silla no. Es decorativa.

—¿Cómo puede ser decorativa una silla?

—Pregúntale al Pinterest.

Ambos nos reímos. Es un buen comienzo.

—Puede sentarte ahí —dice señalando la silla del escritorio, un poco más cerca de ella que la decorativa.

Carraspeo, pero me sale mal y acabo tosiendo demasiado fuerte. Jade espera pacientemente a que deje de hacer el ridículo.

—Quería preguntarte cosas —le explico—. Sobre ti. Para mañana, para hacerlo bien.

—¿Sobre qué parte de mí? Porque tengo mucha. Alguna má reciente que otra.

Sé que habla medio en broma, pero también detecto un matiz de prueba ahí, y no me acabo de fiar. Respiro hondo.

—Sobre tu familia, tus padres. Lo que esperan ver y lo que no.

Jade asiente despacio, mira hacia la vela encendida de la mesita de noche. Yo espero mientras observo las sombras móviles que la luz dibuja en sus mejillas.

—Esperan que me case. Otra vé. Con alguien respetable. Hetero, a poder sé. Y que no haya pasao por un quirófano como yo.

—Espera, ¿no soy el único divorciado de este piso?

—No.

No tiene pinta de querer contarme más. Pone esa cara como de barrera de paso a nivel, con todas las señales encendidas para indicarte que no pases, que puede ser peligroso. Pero luego la suaviza ligeramente y me lo acaba contando:

—Me casé de adolescente con mi mejor amiga lesbiana. Nos creíamos mu lista. Creíamo que podíamo burlá las norma de nuestra comunidá casándono entre nosotra pa evitá otro matrimonio peó. Ella me entendía a mí y yo a ella, pero no entendíamo lo difíci que era el mundo a nuestro alrededó. Cuando decidí transicioná físicamente me di cuenta de que a ojo de tol mundo seríamo ya dos mujere, así que no podíamo seguí casá. Un lío, vamo. De ahí to fue

cuesta abajo y sin freno. Caí en mal camino y mis padre pensaron que me perdían. Con los años hemo encontrao un equilibrio que nos funciona. Han medio aceptao quién soy y yo no les exijo entenderlo to, pa no forzarlo.

—Debió ser complicado —me atrevo a decirle, consciente de que no entiendo ni un diez por ciento de sus complejos sentimientos.

Jade se encoge de hombros, como si con el gesto se quitase años de trauma de encima.

—A mis padre les gustaría que les devolviera la ilusión de tener un par de nieto, aunque saben que eso no va a ocurrí. —Ve la pregunta en mi cara antes de que la pronuncie—. No quiero hijo. Nunca los he querío, pero eso no significa que no duela vé la decepción con la que me miran. Aunque esa decepción venga de su incomprensión y no de mis decisione.

—Has dicho «decisiones» como si lo hubieras elegido.

—Porque eso se piensan ello —responde, con una sonrisa triste —. Como si hubiera decidío sé mujé. Como si hubiera elegío to el desprecio que he recibío. Como si esto fuera un disfrá que me pudiera quitá, ¿sabe?

De pronto lo entiendo todo mucho mejor.

—Pero el disfraz era lo otro —me aventuro a decir.

Sorprendida, Jade me mira a los ojos por primera vez desde que he entrado.

—Eso é. A vece é agotadó tené que recordárselo al mundo entero.

Asiento. Hay algo en su voz que me aprieta el pecho.

—Siento no haberlo intentado antes —le digo—. He tardado un año en interesarme en hablar contigo. Hablar de verdad, me refiero.

—Un año y una pechá de *porridge* —responde con una ligera y despreocupada sonrisa—. Pero gracia por hablarme sin rodeo. Ya es má de lo que hace mucha gente.

Esta vez el breve silencio que sigue a sus palabras es cómodo y acogedor.

—Vale, rubio, vamo a creá un pequeño código pa la cena: si te atasca, te agarro la mano; si te pasa, te doy un codazo, y si veo que

te vas a desmayá, saco el espray de lavanda que guardo pa los ataque de ansiedá.

—Suena a buen plan. No sé si lo has notado, pero estoy nervioso. ¿Me echas un poco de eso de lavanda?

Mi comentario la hace reír y me lo tomo como una pequeña victoria. Quizá no se nos dé tan mal fingir.

—Vete tranquilo a sobá, *highlander*, que nos lo hemo ganao.

—Sí —asiento, pero no me levanto.

Ella me mira con una ceja arqueada, pero no dice nada. Luego camina hacia la puerta y la abre en una clara invitación para que me largue.

—Gracias por la conversación, no se me suele dar bien —le digo antes de salir.

—Ya lo sé —responde ella, apoyada en el marco de la puerta—. Pero lo has hecho bien, pa ser tú. Buenas noches, Brodie.

—Buenas noches, Jade.

Camino hacia mi cuarto y, justo cuando estoy a punto de cerrar mi puerta, cuando ya no la puedo ver, oigo su voz, bajita pero con intención de ser escuchada:

—Mi canción favorita es *Volver*.

Cierro la puerta con el corazón en la garganta. No porque me haya dicho una canción, sino porque por primera vez ha querido compartir algo sin que se lo pidiera.

Y eso, para Jade, ya es media rendición.

24 DE DICIEMBRE DE 2023.



JULIA

—Vale, no quiero sonar como la vecina maruja del primero que tiene cero vida propia, pero... anoche los oí.

Marc levanta la vista de su taza de té humeante como si acabara de ver el tráiler de la última temporada de una serie que no pensaba seguir.

—¿A quiénes?

—¿Cómo que a quiénes? ¡A los tortolitos! A Brodie y a Jade.

—¿Tortolitos? Por favor, Julia —dice escandalizado—. Eso implica algún tipo de ternura, y lo de esos dos es más bien como una fogata en mitad del bosque.

Me dejo caer en la silla frente a él y robo un par de galletas de su desayuno.

—No es broma, Marc. Estaban cuchicheando. Muy tarde. En la habitación de Jade. Con la puerta cerrada.

—Espera. ESPERA. ¿En la habitación de Jade?

Asiento con gravedad. Él le da un sorbo teatral a su té, con el meñique levantado.

—Vale. Vamos a ver. ¿Cuchicheo tenso en plan «me debes pasta» o cuchicheo con subtexto sexual reprimido tipo «he de fingir que me

gustas pero empiezo a creérmelo y oh no, nuestros labios se han rozado sin querer y ahora tengo dudas existenciales»?

—Más lo segundo, pero en versión torpe. Ya sabes, es Brodie. Seguro que tropezó con su propia vergüenza unas cuantas veces.

Marc se recuesta en la silla y hace una pausa, como si estuviera calculando la compatibilidad de sus horóscopos. Luego niega con la cabeza.

—Tremendo. Esto se nos está yendo de las manos. ¿Crees que esta noche habrá beso?

—Si hay beso, te juro que rompo a aplaudir en mitad de la cena aunque estén los padres de Jade delante.

—Yo creo que aplaudo hasta si hay un poco de contacto visual prolongado.

—Chillaremos por dentro. Pero fuerte, como en los vídeos de perritos viendo a sus humanos volver de la guerra.

Jade, como siempre, aparece en el mejor momento y, dada la expresión de su cara, está claro que ha oído suficiente. Viste una bata que claramente ha robado a un divo de Las Vegas y luce unas ojeras de madre soltera primeriza.

—Sabéi que tengo un umbrá mu bajo pa soportar gilipollece a estas hora de la mañana.

No lo pregunta. Lo afirma. Marc y yo nos miramos en silencio.

—Voy a hacé como que no os he pillao rajando de mí, pero solo porque necesito que me ayudéi.

—¿Con el *outfit* para impresionar a tu madre? —pregunta Marc con emoción.

—Con sobreviví, que es más difíci. Me da pánico que esta farsa salga má, no quiero enfrentarme sola a mis padre si algo chirría. Y va a chirriá to, que se ve ení.

Marc y yo nos enderezamos al instante.

—Obvio que no vas a estar sola —dice él—. ¿Quién crees que ha cancelado un *brunch* con bollos artesanos por si hacíamos falta aquí?

—¿*Brunch*? —Me río yo—. Pero si ibas a casa de tu ex con la excusa de recoger un libro que le dejaste…

—Sí, pero había bollos y café.

Jade suspira, pero sonríe un poco.

—Gracia. Prometo que la cena estará buena, por lo meno. Pero como os vea hacerme señale rara con las ceja o lanzarme mirada del tipo «sonríe más», me levanto y me voy.

—Tranquila —le digo—, solo señales sutiles: te enseñaré una cartulina que ponga «BESO YA» con letras brillantes.

—Os odio —dice Jade, pero se le escapa la risa.

BRODIE



Hay una cantidad indecente de minutos antes de la cena.

Demasiados.

Suficientes como para que el cerebro decida repasar en bucle cada error que he cometido en los últimos años. Y también para imaginar todos los posibles desastres vitales que me esperan.

Me he vestido demasiado pronto. Camisa limpia, pantalón oscuro, pelo más o menos domesticado. He dudado de si vestir o no el *kilt*, pero últimamente no me siento muy ligado al tartán familiar. Y ahora estoy aquí, sentado en la cama, como un invitado que ha llegado con tres horas de antelación y que va a ayudar a poner la mesa en casa ajena.

Al otro lado de la pared, Marc emite lo que parecen gemidos de placer. Otra vez. Debe tener una sucesión interminable de amantes. No lo juzgo. O sí, quizá un poco. Lo que sí es seguro es que este chaval debe de tener una resistencia atlética impresionante, porque si no, no me explico tanta actividad.

Pero hoy algo suena distinto. No es el clásico «sí, así, despacio...», sino frases completas en plan «¿quieres que te diga lo que llevo puesto?» o «describe cómo te gustaría que terminase esta vez». No sé qué clase de cita de Tinder incluye un guion predefinido, pero la curiosidad me puede. Pego la oreja a la pared. Por un momento pienso que me lo he inventado, porque no se oye absolutamente nada, pero entonces vuelve a hablar:

—Gracias por llamar a Sweet Talk Line. Soy Leo. ¿Cómo puedo complacerte?

Me quedo tieso. ¡Es un trabajo! Marc no es un casanova con calendario infinito, es un operador de *hotline*. Me echo a reír solo, muy bajito, y me aparto de la pared con una mezcla de alivio y decepción absurda.

Salgo y me dirijo a la habitación de Julia. En los últimos meses he ido descubriendo que ella me calma cuando las cosas me provocan ansiedad, que posee esa alegría contagiosa que yo creía tener para los demás hasta que a mi mujer se le cruzó el cable. A mi exmujer. Me cuesta acostumbrarme…

Antes de llamar a su puerta oigo la carcajada. Supongo que está enfrascada en otra reunión del club. Según nos lleva dos o tres días contando —porque nos destripa durante los desayunos y las meriendas todos los libros que lee— están con un *thriller* navideño en el que muere todo el mundo menos el perro.

Me ataca un recuerdo de mi perro. Lo echo de menos. Y luego, desde otra dirección, me ataca otro de Jade anoche explicándome con tanta calma —como si fuera una cicatriz ya asumida— eso de su boda y de que sus padres creen que ha elegido ser como es.

Respiro hondo y me digo que esto no es tan difícil: sonreír, aguantar las preguntas y fingir que me gusta el turrón de coco que la he visto preparar. Pero en mi cabeza, la lista de maneras de cagarla es larga:

1. Decir algo demasiado honesto.
2. Decir algo demasiado falso.
3. Beberme el vino como si fuera agua.
4. Beberme el vino como si fuera agua y que se note.

Y ahí, justo en el cuarto pensamiento, me surge la idea: quizá un poco de alcohol me ayude. Sin pasarme, solo lubricación social. Un empujoncito, porque si consigo entrar con una sonrisa bien grande y un «encantado de conoceros» bien alegre, quizá no noten que en realidad estoy sudando por dentro.

Me miro en el espejo.

Ensayo una sonrisa.

Parece la de un tío que acaba de encontrar un billete de veinte euros en la calle y sospecha que es falso.

Perfecto.

JULIA



A mí siempre me parece que Brodie tiene un buen porte. Está fofo, sí, pero esa espalda ancha y esa complexión de jugador de rugby de liga inferior le dan un atractivo singular. Pero lo de esta noche es otro cuento. No sé de dónde ha sacado la camisa blanca que lleva arremangada hasta los codos, el chaleco oscuro que resalta su figura fornida o el abrigo largo que ha colgado en la entrada con toda la parsimonia del mundo. Deben ser sus mejores galas, rescatadas del fondo de un armario repleto de ropa deportiva de mercadillo. Hasta su pelo luce perfecto por una vez, sin parecer que se ha peleado con la gravedad. Lleva las gafas relucientes y huele bien, demasiado bien para pasar desapercibido. Dan ganas de comérselo. Y yo debería dejar de pensar en ello, pero es que se me van los ojos. Encima, viene con esa sonrisa que solo pone cuando ha pasado por lo que él llama «un par de tragos de confianza».

Hace media hora que estamos todos sentados en el salón, Marc ejerciendo su papel de anfitrión perfecto, sirviendo vino y sacando canapés como si fuera el camarero de un restaurante con estrella Michelín. Yo le he tenido que dar la mano a Jade para que dejase de temblar por lo nerviosa que está. Me he mantenido alerta, y así seguiré, para meterme en cualquier conversación que amenace con incomodarla lo más mínimo.

Sus padres están tensos, pero con ese tipo de tensión cordial de alguien que quiere evaluar el entorno antes de decidir si le gusta o

no. Es la primera vez que vienen a casa; normalmente vamos nosotros a la suya, en las pocas veces que Jade se ha atrevido a llevar compañía.

Guadalupe, con un vestido de terciopelo negro, analiza cada movimiento con ojos de joyera; Ricardo, con su porte de patriarca, asiente en silencio a casi todo lo que dice su hija para impresionarlo. Ambos observan el árbol de Navidad como si fuera una obra de arte que estuvieran valorando el adquirir.

Pero cuando llega Brodie, la agonía queda pausada y la atención se dirige a él. Y eso a él le suele incomodar, pero hoy le encanta. Se le nota en la mirada.

—Perdón por el retraso —dice, con una sonrisa que roza lo insolente y un tono que en cualquier otra persona sonaría a excusa barata pero que en él es casi un saludo formal. Tiene aspecto de haber aparcado el caballo en doble fila—. Encantado de conoceros, Ricardo, Guadalupe.

Noto a Jade tensarse cuando les estrecha la mano y no les da dos besos como habíamos acordado en los ensayos; ella lo mira de arriba abajo como si quisiera encontrarle un fallo, pero no lo encuentra. Yo tampoco. Nadie lo encuentra, porque el tío va impoluto. Guadalupe le lanza una rápida sonrisa de aprobación.

—Irse pa la cocina, que viá serví la cena ya mismo —nos indica Jade, fingiendo que se quiere quedar con Brodie a solas para darle la bienvenida fuera de los ojos de su familia.

Me da la risa imaginar que le echa la bronca en la entrada, en voz baja, mientras yo le doy charla a sus padres para despistarlos.

Nos sentamos a la mesa. Marc ha puesto todo precioso: mantel blanco, servilletas dobladas en triángulo perfecto, velas encendidas… Ha seguido mis instrucciones con esmero.

Jade coloca los platos de comida en el centro de la mesa. Ha preparado sus mejores manjares y se ha pasado, como siempre, así que ahora mismo cuento como veinte platillos diferentes con alimentos indistinguibles para compartir.

La distribución parece lógica: Marc y yo en las puntas de la mesa, Guadalupe y Ricardo a un lado, Jade y Brodie al otro. La

conversación comienza con cautela, con Guadalupe preguntándole directamente a Brodie qué tal lleva las navidades valencianas.

—Es más fácil —responde él con esa sonrisa que parece tener siempre lista—. En Escocia la Navidad es una guerra contra el frío. Aquí es una guerra contra el turrón.

Acompaña la broma con un par de palmaditas en la barriga que nos hacen reír a todos. Ricardo pregunta cómo se conoció la parejita, y ahí ya Brodie se lanza de cabeza.

—En un mercado callejero. Había música. Jade estaba preciosa a la luz de la luna. Estaba vendiendo piedras...

—Cuarzo —corrige Jade.

—Cuarzos —se burla Brodie con los ojos en blanco—. No es mi fuerte lo de las piedras preciosas… La cuestión es que me acerqué sin tener ni idea, ella me explicó las propiedades de la tabla periódica al completo y yo no podía apartar la vista de sus labios. Y se me cayó el chocolate caliente que me estaba bebiendo, lo que la hizo reír y ya. Ahí me enamoré, no tuve dudas.

Le lanzo a Jade una mirada de «me lo estoy creyendo» y Jade sonríe antes de seguirle el juego.

—En verdá no me reí porque me cayera bien, fue por su torpeza. Con el tiempo he comprobao que no fue timidé. Se tropieza hasta con las junta de las baldosa.

Las risas aligeran el ambiente; Guadalupe procede con preguntas sobre su familia que Brodie responde con gracia, sin entrar en detalles, consiguiendo sonar cálido. Ricardo le pregunta a qué se dedica y él esquiva la cuestión con soltura hablando de trabajos esporádicos que nunca ha hecho para evitar el tema de la música. Suena convincente cuando cuenta que está ahorrando para dar un buen paso en firme en cuanto encuentre una oportunidad de futuro estable.

En un momento dado, Guadalupe comenta:

—No sabe lo tranquila que me deja que estés cuidando de mi Jade. Se la ve más calmá últimamente, más centrá.

Todos contenemos el miedo: es el tipo de frase que dispararía una bronca con Jade. Ella no es de las que piensan que hay que centrarse, calmarse o nada de ese estilo para tener una vida plena.

Le gusta el riesgo de montarse su propio negocio, la emoción de los retos diarios, el uso de su propia identidad para plantar cara a un sistema que trata de impedirle ser quien es.

Va a saltar en cualquier momento, lo sabemos. Hasta su madre lo sabía al pronunciar esas palabras, pero entonces Brodie le pasa un brazo por la espalda a Jade, le da un pequeño apretón contra su cuerpo, un beso en la sien y dice, con voz suave y cariñosa:

—Es muy fácil cuidar de ella, aunque realmente es ella la que cuida de todo el mundo.

Jade finge mirar al postre para evitar la mirada de su madre, pero yo sé distinguir cómo se le suaviza la expresión.

Llegan los polvorones, el cava y las bromas. Brodie se las arregla para conquistar a los invitados mientras Marc y yo intercambiamos con Jade miradas de «pues está saliendo todo mejor de lo esperado». Y ella, por primera vez en mucho tiempo, parece encantada de que las cosas funcionen, aunque solo sea gracias a una gran actuación.

BRODIE



Estamos ya en la puerta, a punto de despedirnos, los padres de Jade con el abrigo puesto y yo intentando mantenerme erguido a pesar de que el vino y los nervios se han aliado para sabotear mi equilibrio. Guadalupe le da un beso a Jade y le dice:

—Mañana volvemos pa la comida de Navidad. Ha sobrao jallipen, ¿no? Mi niña siempre cocina de má. Y la compañía ha sío mu agradable.

Jade disimula la sorpresa por la propuesta de su madre. Con el tiempo he aprendido que, en Valencia, ese «mañana volvemos, si os apetece» significa «ya está decidido, y si dices que no ofenderás al ochenta por ciento de la familia, la cual no se volverá a dirigir a ti ni a tu descendencia durante tres generaciones».

—Claro que nos apetece, ¿verdad, cariño?

A Jade le palpita el párpado derecho cuando me escucha llamarla así. Se le pasa cuando ve que su padre asiente, satisfecho.

—Mu bien, po mañana nos vemo —dice Ricardo, solemne.

Marc, que lleva media hora en modo camarero silencioso, se atraganta con su propia risa cuando cojo el abrigo de Ricardo y me ofrezco a ponérselo como si fuera un mayordomo. Julia me guiña un ojo y me siento orgulloso.

Cuando por fin cierran la puerta, Jade me mira como si acabara de vender nuestra alma al diablo a cambio de una paella recalentada.

—Te das cuenta de que eso significa otra comida entera con ello, ¿verdá?

—Genial, amor mío, así los acabamos de convencer de que tienes un novio maravilloso.

Intento abrazarla para completar mi broma, pero me da un codazo que me dobla por la mitad.

JULIA



En cuanto los padres de Jade se van, ella desaparece sin hacer más comentarios que un «buenas noches» muy bajito. El piso vuelve a un silencio de esos que se sabe que va a explotar en chisme.

—Pues yo pensaba que iba a ser un desastre —digo mientras vierto un buen chorro de detergente en el estropajo—. Pero... ¿has visto lo guapísimo que estaba? Camisa limpia, gafas relucientes, sonrisa de anuncio... Parecía el protagonista de una comedia romántica navideña, con las mejillas así sonrosadas y todo.

—La verdad es que estaba presentable —responde Marc, apoyado en la encimera. Dios lo libre de ayudarme a fregar los platos—, pero de ahí a novio perfecto...

—¡Perfecto! Parecía el novio perfecto. Esa forma de mirarla, ¡de admirarla!, me tenía embobada. Y no soy yo de caer en romanticismos, ya lo sabes, pero es que esto ha sido tan bonito que me apuesto lo que sea a que acaba en romance peliculero.

Marc levanta una ceja.

—Tampoco te emociones, que Jade es mucha mujerona para caer en ese juego. Esa tiene un radar para detectar tonterías que ni el Ejército del Aire.

—Puede —digo, y me encojo de hombros—. Pero hoy no parecía estar detectando nada; al contrario, diría que estaba disfrutando de la compañía, sin más. Y hacía mucho que no la veía tan tranquila.

—Mmm —murmura él—. Bueno, si quieres mi opinión, creo que mañana deberíamos dejarlos solos a ellos con Guadalupe y Ricardo. Además, sería divertido comprobar cómo se las apañan sin nuestra ayuda.

—Totalmente de acuerdo —asiento yo, entusiasmada, mientras sigo frotando platos—. Así es más creíble, porque no cuela que lleven a sus compañeros de piso a cada reunión familiar. Eso sí, me alegro de que hayan decidido volver aquí, porque si Jade lleva a Brodie a casa de sus padres, con toda la familia, se lo comen vivo. Demasiados primos a los que convencer de una mentira tan grande.

—La cosa es que la mentira no parecía tan grande, ¿no? —pregunta Marc—. Dudo de la correspondencia de Jade, pero… ¿no has visto algo de verdad en cómo Brodie hablaba de ella? O es muy buen actor, que lo dudo, o se ha atrevido a abrirse a unos sentimientos que quizá sí están ahí dentro.

—¿Crees que Brodie está enamorado en secreto de Jade? ¡Este chisme no hace más que mejorar!

—Os va a oír —nos advierte el aludido, que ha aparecido en la cocina, como un fantasma, con una mueca orgullosa.

—¿Y? —decimos Marc y yo a la vez.

—Y que sí, que lo he hecho genial —presume Brodie, tomando un sorbo de una de las copas de vino que esperaba a ser lavada—. ¡Mierda, no sé de quién era la copa! En fin, admitidlo: soy el novio falso del año.

—¡De la década! —corrijo yo.

—No vamos a quitarte mérito, *highlander*, pero mañana veremos si puedes mantener el título sin tu equipo de apoyo —le advierte Marc.

Brodie sonríe, confiado y contentillo por el vino que no ha dejado de beber en toda la noche.

—Mañana me gano hasta a Jade, si hace falta.

25 DE DICIEMBRE DE 2023.



BRODIE

Llevo exactamente cuarenta y dos minutos sentado en esta mesa y ya he perdido la cuenta de las veces que Jade me ha clavado la mirada como si quisiera recordarme que hoy no hay barra libre.

El problema no es el vino, el problema es que, sin el vino, me acuerdo demasiado de que estoy mintiendo. Y hoy no hay vino. Hoy hay agua, pan y una montaña de nervios.

Jade me ha pegado ya tres pisotones bajo la mesa: uno porque he interrumpido a su padre, otro porque he confundido el nombre de su barrio natal y otro porque... bueno, porque soy yo.

Guadalupe sonríe con esa amabilidad suya que me pone más nervioso que un interrogatorio de aeropuerto.

—Te veo distinto a anoche, Brodie, más centrao.

—Sí, bueno, ayer estaba nervioso. Hoy ya me siento como si esta fuera mi casa.

—Es que lo é —interviene Jade.

—Eso, sí, es nuestra casa, claro.

Trago saliva. Vuelvo a tragarla y se me va por el otro lado. Ricardo me rellena el vaso de agua y empieza a hablar sobre una vecina cuyo aspecto ha rejuvenecido unos veinte años con un cambio de *look*, y ahí es cuando ya meto la pata hasta el fondo.

—Sí, claro, eso está bien. Las operaciones estéticas son geniales, yo no tengo nada en contra, es como cuando Jade... —digo, e inmediatamente busco que me salve, pero no da crédito al ver que he caído en EL tema—, cuando, ya sabéis, cuando se hizo el... el cambio completo.

Guadalupe esconde una sonrisa incómoda entre el silencio que nos rodea. Ricardo arquea una ceja. Jade me atraviesa con la mirada y con la intención.

—Transición —dice ella, con voz neutra pero firme—. No «cambio completo», cariño.

Ese «cariño» se escucha como si un cuchillo me rajara el cuello de parte a parte.

—Eso, la transición —repito, tratando de quitarle hierro al asunto con una risita floja—. Bueno, que a todo esto, te quedó estupenda.

Otro silencio. Otro pisotón.

—Gracia por el cumplío, supongo —intenta cubrirme Jade, muy a su pesar, mirando su plato fijamente.

Me afano por reconducir la conversación preguntándole a Ricardo por su trabajo, pero ya noto que he dejado caer algo que no se puede recoger así como así.

El resto de la comida transcurre entre comentarios prudentes y yo sonriendo como un maniquí, por miedo a abrir la boca. Ellos no parecen incómodos, a excepción de un par de veces que se les escapa, entre frase y frase, algún adjetivo en masculino o el que supongo que es el necrónimo de Jade, y ella los fulmina con la mirada.

Cuando llega el postre, Ricardo se limpia la boca y dice con entusiasmo:

—Esto hay que repetirlo. La próxima vé pa Año Nuevo, por ejemplo, en nuestra casa. Así el rubito conoce al resto de la familia.

—¡Sí! —añade Guadalupe—. Y no te preocupe, chavá, que si te intimida tanta gente de golpe, yo te siento a mi lao y estarás bien cuidao.

—Genial —respondo, porque al parecer mi elocuencia se ha quedado dormida.

Jade, en cambio, se tensa como si acabaran de anunciar que mañana le toca dar un discurso en un estadio con veinte mil personas de público.

—No sé si va a sé buena idea... —empieza, pero Guadalupe la corta con una sonrisa radiante.

—Aro que sí, mujé. Y, quién sabe —me mira a mí con complicidad —, si to va bien, igual el año que viene hasta nos dai una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —pregunto sin entender.

—Po eso, Brodie, que igual el año que viene somo uno má, ¿no? Que ya sé que tié que sé adoptao, pero me hace ilusión iguá.

—¡Mama! —protesta Jade, pero su madre ya está riéndose y Ricardo asiente como si acabara de proponer algo perfectamente razonable.

Nos despedimos en la puerta con abrazos y palmadas en la espalda. Se siente un poco como tener una familia de verdad, considerando lo lejos que está la mía. Ricardo me dice que soy un buen muchacho y Guadalupe me pide al oído que le cuide a su niña. Jade sonríe para la galería, pero la noto rígida, como una cuerda a punto de romperse.

Cuando cerramos la puerta, se queda quieta, mirando al suelo.

—¿Sabes cuántas vece en mi vida me han hecho sentí como un circo ambulante? —pregunta, sin atreverse a mirarme.

—No era mi intención —respondo.

—Ya, ni la mía, pero así estamo.

—Bueno, ¿y qué esperabas? Sé lo justito, no me iba a sacar en dos días un máster sobre transexualidad.

—Pa respetá a la gente no te hace falta un máste, ¿sabe?

Y se va a su cuarto, dejándome solo, con un nudo en el estómago y con la sensación de que, sin unas copas de más, todo es mucho más difícil.

JULIA



Oigo el golpe torpe de la llave contra la cerradura y ya sé que viene con un par de copas de más. O cinco. Abro la puerta antes de que la fuerce y lo encuentro con la bufanda torcida y esa sonrisa que solo se le dibuja cuando la vida le duele pero quiere fingir que no.

—Menuda le has liado a Jade hoy —le riño, aunque dejo espacio para que pase—. ¿En qué narices estabas pensando? Me lo ha contado todo, y has sido un idiota de mucho cuidado.

—Eso no debería ser una sorpresa para nadie.

—¿Te has disculpado ya con ella? —le pregunto. Él sigue con la cabeza gacha, como si la vergüenza no le permitiera ni quitarse la chaqueta.

—No creo que sea el mejor momento.

Parece abatido, así que le doy un poco de tregua para que se retire las prendas de abrigo y se acomode en el sofá.

—He llamado a casa —le dice al cuello de su jersey de rayas, que debe ser el más feo que encontró en la tienda de segunda mano que le recomendó Jade.

Su frase me hace bajar la guardia. Me siento a su lado, girada hacia él para infundirle confianza.

—Rachel cogió el teléfono, con ese tono tan frío que se le quedó después de todo el drama. Y luego oí al crío. Yo pensaba que con dos años todavía no hablaban. Ha llamado *iaio* a Vicent. Como una familia feliz. Y mi madre parece serlo también. Seguro que Rachel

funciona mejor como hija que yo. Yo ya no pinto nada ahí, solo soy el que llama en Navidad y en los cumpleaños. A nadie le interesan mis otros trescientos y pico días del año.

No sé qué decirle. Siempre que habla de Rachel y de su familia lo hace en pequeñas píldoras, entre bromas y risas, pero nunca lo había hecho con tanta pena en la voz.

Su móvil vibra y lo saca del bolsillo; lo mira y me lo enseña: un selfi de Amparín con gafas de sol y un mojito. «Nos vemos en Reyes, *rei*», dice el mensaje que acompaña la imagen. Brodie suelta una risa sin ganas.

—Hasta mi abuelastra tiene planes más reales que yo, que vivo en una mentira.

Me levanto y le sirvo un vaso de agua, no porque crea que vaya a ayudarle, que también, sino porque creo que es lo único útil que puedo hacer por él. Bebe un sorbo y lo deja sobre la mesa mientras mira a un punto fijo que no sé si está entre las luces del árbol o en otro continente.

—Sé que no es real, pero... —suspira—, me decepciona haber sido un novio de mierda para Jade. No lo hice a propósito, pero es obvio que la hice sentir mal delante de sus padres.

—Tampoco era un examen, Brodie —digo tratando de restarle importancia, aunque sí, le ha hecho daño a Jade y quiero pegarle una buena bronca por ello.

—No, pero... —Hace una pausa larga, como si le pesaran las palabras—. Nunca estaría a la altura de ser su novio de verdad. Y eso que... es increíble, ¿sabes? Lo fuerte que es, lo guapa que es, lo... —Sacude la cabeza y se ríe por lo bajo—. No sé ni por qué estoy diciendo esto.

—Porque estás borracho, porque confías en mí y, en el fondo, porque quieres ponerme celosa.

Me acurruco junto a él; huele bastante a alcohol, pero también al suavizante cutre que usa para el pelo y a dulces, porque seguro que se ha zampado alguno de camino a casa. Siempre le da la vena golosa cuando bebe.

Es extraño, pero me enorgullece conocerlo de esa manera, tan vulnerable. Una vez se me pasó la tontería de la atracción por el

highlander, descubrí que era una persona con la que me resultaba agradable estar. Simplemente estar. No necesitábamos conversaciones profundas ni una historia juntos, solo estar. Cerca, en contacto, como si a través de un abrazo o un gesto de cariño pudiéramos hablar más que con palabras. Apoyar la cabeza en el hombro del otro, darnos codazos para picarnos cuando bromeamos o abrazarnos cuando nos vemos tras un par de días sin coincidir por la casa.

—Quería que lo supieras tú —confiesa—. Lo de Jade. Porque creo que eres algo así como mi mejor amiga. Y yo nunca he tenido una.

—Eso es muy tierno. Gracias, Brodie. Yo lo siento, no soy capaz de elegir: os adoro a los tres.

—A *las* tres —me corrige. Ni borracho se le escapa la lección aprendida de Marc—. No quiero jugar con Jade, ¿vale? Ni fingiendo. No sé qué narices quiero en la vida, ni quién soy, pero sí sé que no quiero hacerle daño.

Le pongo una mano en el brazo y aprieto un poco; él me mira y noto que le brillan los ojos. Tiene los labios muy juntos, como si no quisiera que se le escapase un puchero. Entre eso y el reflejo de las luces de colores en su piel blanca, me da mucha pena.

—No te preocupes, escocés de mi corazón, yo me encargaré de recordarte quién eres si alguna vez se te olvida.

Él asiente, se queda callado un rato y luego, con voz más baja, añade:

—Gracias, Julia. Te quiero mucho. —Y casi sin poder contener la risa, añade—: Como la trucha al trucho.

Y ahí nos quedamos, sin más palabras, solo escuchando el ruido de las luces al encenderse y apagarse, hasta que decide levantarse y, con paso lento y torpe, irse a su habitación.

26 DE DICIEMBRE DE 2023.



BRODIE

Me despierto con la sensación de que una banda entera de gaitas está interpretando *Alba an Aigh* dentro de mi cráneo. Y no una de esas bandas bien afinadas que tocan en festivales folclóricos, no, sino uno de principiantes que aún no saben cuándo coger aire y que compiten a ver quién revienta antes el fuelle.

Resaca. Otra vez. Y en esta ocasión no es solo por culpa del *whisky* barato.

La comida de ayer fue como interpretar una obra de teatro improvisada delante de un jurado que no sabía que estaba viendo ficción. Y la cosa es que el jurado salió contento con la función, pero yo... no tanto, la verdad. A pesar de todo el drama familiar, la imagen que seguía grabada en mi mente a la hora de irme a dormir fue la del rostro de Jade: las sonrisas forzadas, el silencio en las preguntas clave, la forma en la que me evitaba al servir el postre…

Me siento tentado de quedarme en la cama hasta que se acabe el año, o hasta que me salga moho, pero el piso no es tan grande y tarde o temprano alguien vendrá a tocar a mi puerta. Probablemente Marc, con esa mirada de «vamos a hablar de la cagada de ayer» que da más miedo que un inspector de hacienda.

Me incorporo despacio, porque cualquier movimiento brusco se traduce en riesgo de naufragio. Escucho ruido fuera: voces bajas, tazas contra la mesa, algún suspiro. Seguro que Marc está desayunando con una calma zen irritante y Julia planeando alguna actividad navideña que me obligue a interactuar. Y Jade... Jade no lo sé, porque siempre es imprevisible.

Me arrastro hasta la cocina por detrás del sofá, donde Jade está sentada, mirando el móvil; no levanta la vista, pero sé que ha registrado mi presencia igual que un gato que finge que no le importa que su humano haya regresado a casa.

Julia me sonríe como si acabara de adoptar un cachorro torpe, Marc levanta la mano en un saludo perezoso.

—Buenos días, *highlander*. —Julia me pone una taza delante antes de que pueda pedirla—. Hoy pareces más estable que ayer.

—El truco está en no moverme demasiado —respondo con voz de ultratumba.

—¿Trabajas hoy? —me pregunta Marc.

—No. Este año me han dado las fiestas libres. Creo que me quieren echar y no saben cómo.

—Genial —ignora mi lamento Julia—. Jade y yo curramos por la mañana, pero tenemos la tarde libre, así que coincidiremos los cuatro. Podemos alargar un poquito el espíritu navideño.

Marc y yo nos miramos y compartimos un claro mensaje mental: «¿Cuándo ha habido en esta casa espíritu navideño?».

—Va, no pongáis esa cara, idiotas —nos anima Julia—. Luego os aviso de cómo quedamos. Algo se me ocurrirá para volver a unir a esta familia falsa para que pase, al menos, por familia funcional.

Jade levanta una ceja, pero no dice nada. Yo bebo un sorbo de café y pienso que este es el día extra que no venía en el contrato de noviazgo ficticio. El epílogo no autorizado, y no estoy seguro de querer leerlo.

JULIA

Buenos días, criaturas del Señor. 🙏

Estoy de coña, ya sabéis que lo de las religiones no va conmigo.

Hoy es 26 y declaro oficialmente que el plan de esta tarde es:

No hacer absolutamente nada productivo.

¿Qué os parece?

MARC

Por fin un plan en el que puedo ser yo mismo

BRODIE

habeis visto mis gafas? no veo tres en un burro

JADE

Están en la lavadora

Las podría haber sacado antes de darle al play pero fíjate tú no sé por qué no me ha dao la real gana

BRODIE

… maravilloso

JULIA

Plan del día:

🎞️ Película Hallmark.

🍿 Palomitas en cantidades industriales.

☕ Mantitas y chocolate caliente para todas.

😇 Nada de chismes sobre fake datings desastrosos.

MARC

Estoy dentro si puedo elegir la peli

Tiene que ser hallmark?

JADE

Las pelis hallmark son extremadamente hetero

JULIA

Lis pilis hillmirk sin ixtrimidiminti hitiri.

JADE

🤬

JULIA

😘

BRODIE

vemos love actually?

JADE

Así vais a conseguir que empiece el año nuevo con un homicidio en mi historial

JULIA

Va, a las 17:00 en el salón. No faltéis. Y Brodie, no vale dormirse.

BRODIE

vaaaaaaaaale

JULIA



El salón parece el campamento base de una expedición ártica: mantas por todas partes, una torre de tazas de chocolate caliente vacías que amenaza con derrumbarse y Marc intentando conectar el portátil a la tele como si fuera a retransmitir la final de Eurovisión.

—Yo solo digo que, si el HDMI falla, no pienso ver la película en una pantalla más pequeña que mi ego —anuncia, con las manos en las caderas.

—Pues a este paso es o eso o la diabetes —le respondo—, porque ya vamos a por el segundo chocolate y todavía no hay peli.

Brodie sigue con esa cara de «ayer tomé muchas malas decisiones» que pone siempre, cubierto por una bata de unicornio que le he prestado para que esté calentito. La resaca es malísima para mantener una temperatura corporal adecuada. Jade no lo mira, no sé si solo por el enfado o si también le fastidia que la solución de Brodie siempre sea perder la noción de las copas que ingiere. No me ha querido contar más de lo de ayer, así que sé que es serio. Cuando las cosas son serias siempre las rumia durante días antes de soltarlas.

Cuando por fin le dirige una mirada, suelta una risa seca por la nariz.

—¿Tú sabe lo difíci que é está enfadá contigo cuando lleva eso puesto? —le dice, como en broma, pero muy seria.

—Es el animal nacional de mi patria. Es el equivalente a llevar un *kilt*. En cuestiones de significado, no de etiqueta, claro.

Marc le propina un golpe seco a la televisión y, milagrosamente, la imagen aparece. Se gira con sonrisa de director de orquesta satisfecho.

—Señoras y señoronas, prepárense para la mejor película navideña de todos los tiempos: *La joya de la familia*.

—¿Qué? —Me deja muerta—. ¿Esa es la mejor que se te ha ocurrido?

—Hay un maricón sordo, ¿qué esperabas? No todos los días se encuentra una peli en la que se te represente, aunque sea una representación bastante floja y la película haya envejecido regular. Imagínate que tú encontraras una sobre una chica de pelo lila que siempre lleva un libro en las manos y que no se enamora ni aunque le canten los mejores éxitos de Luis Miguel.

—Vale, entendido —acepto—. Pero espero que haya suficiente Navidad en tu elección. Si no hay muérdago en los primeros treinta minutos, cambiamos.

—¿Entonce no vamo a vé bailá al Hugh Grant? —pregunta Jade —. ¡Qué alivio, joé!

—A mí me vale con que no salgan bebés —dice Brodie, creando un silencio incómodo en el que nadie sabe si bromea o no.

Nos acomodamos los cuatro en el sofá de tres plazas, Jade en una punta y Brodie en la otra, por si las moscas. Antes de darle al *play* les pido que no se muevan, para inmortalizar la escena y añadir la foto a la colección navideña que estamos comenzando a crear. Los tres salen con cara de hartazgo, pero me la repampinfla.

Durante la película Marc se dedica a doblar diálogos, Jade lanza palomitas cuando se enfada porque todo es demasiado heterobásico y yo me descubro mirándolos a los tres con ternura. No sé si es el calorcito de las mantas, la cercanía o el espíritu navideño que se empeñan en negar, pero siento que estas navidades son muy nuestras. Un poco falsas, un poco caóticas, pero muy nuestras.

Cuando termina la película nadie se mueve; parece que no soy la única que está encantada de compartir espacio con esta extraña

familia. Afuera llueve y dentro huele a palomitas y a una calma que necesitábamos los cuatro.

—Bueno —dice Brodie, desperezándose—, creo que después de esto ya estoy listo para enfrentarme al mundo y fingir que soy un adulto funcional. Peor que los Stone no lo voy a hacer.

—Traducción: se va a meté en problema, como siempre —dice Jade, pero sin tanta aspereza como otras veces.

Marc y yo nos miramos y no necesitamos ni media palabra para sincronizar nuestra genial idea.

—Pues bueno... —empiezo a decir, fingiendo seguridad—, justo ahora Marc y yo tenemos que ir a... eh... rescatar a un gato.

—De una azotea —añade mi compinche con cara seria.

—En Benifaió —remato.

Nos levantamos antes de que puedan protestar, cogemos abrigos y paraguas y salimos a la lluvia con una coordinación digna de musical de Broadway.

BRODIE



La puerta se cierra y el silencio se instala como un invitado incómodo al que no puedes echar sin ofender.

Me quedo mirando hacia la entrada, como si esperara que Julia y Marc volvieran con un «era broma» y una bolsa de papel repleta de churros.

No ocurre. No hay rastro de churros, tampoco de vergüenza. Solo el eco de su mentira absurda flotando en el salón.

—Vaya excusa —digo al fin, girándome hacia Jade—. Un gato en Beniferri.

—Benifaió.

—Eso. Es que tenéis muchos «Benis» aquí.

—Yo tampoco soy de aquí y me los he tenío que aprendé. —Sigue recostada en el sofá, con las piernas cruzadas y una ceja en alto. La sonrisa que se esfuerza por disimular es tan evidente que me hace sospechar que la ha heredado de algún familiar con muy mal perder—. Yo de esta gente ya no me creo na. Son mucho año.

Mantengo la distancia, dejando un hueco prudente entre los dos, como si el aire que nos separa fuera un terreno minado.

—Yo tuve un vecino con un loro —le cuento—. Juraba que el bicho le aconsejaba sobre apuestas de caballos. Ganó un par de veces, pero luego el loro se murió y empezó a perder.

Ella suelta una risa breve que se apaga rápido. Me mira de reojo y sé que esa mirada significa que no me voy a librar de la

conversación.

— Tú no te crea que se me ha olvidao lo de ayé, rubio.

Trago saliva. Decido sonreír como si fuera algo de lo que podamos reírnos en el futuro.

—El espectáculo no salió como esperaba, lo siento.

—Po claro. —Jade comienza a girar una pulsera de piedrecitas en su muñeca, una y otra vez—. El espectáculo fuiste tú, despué, bebiendo como si fuera a protagonizá un anuncio de *whisky* barato en vé de enfrentarte al desastre que liaste.

Me encojo de hombros para que parezca que no me ha dolido.

—Bueno, tus padres se lo pasaron bien.

—Aro, porque cuando quiere ere encantadó. —Se inclina hacia mí, como si fuera a confesarme un secreto—. Pero cuando no quiere, desde luego, no lo ere.

No sé qué responder. Me quedo mirando un punto indefinido en la alfombra, como si ahí se hallara la solución a todo; la lluvia insiste en golpear las ventanas y me trae recuerdos de Escocia, donde al parecer tampoco era lo suficientemente encantador como para que mi mujer no me abandonara por otro.

—Podríamos poner otra peli —propongo para no seguir dándole vueltas a la nube que se ha asentado sobre mí—. Prometo no beber nada más fuerte que una manzanilla, por lo menos hasta el año que viene.

Ella suspira, y el sonido me recuerda a cuando Julia acepta pasar la tarde conmigo en lugar de con su club de lectura. Pura resignación. Y también un poco de aceptación.

Me hago con el mando y empiezo a pasar títulos; no sé si buscar una comedia para relajar el ambiente o un drama para que la tensión tenga sentido.

Busco su aprobación un par de veces, pero me devuelve miradas de enfado mezcladas con algo que no consigo descifrar; las mías intentan parecer tranquilas, pero por dentro estoy haciendo equilibrios para no decir algo que la aleje más. No podría soportar alejarla más.

No sé si la película que acabo eligiendo al azar es buena o mala, porque mi cabeza está más ocupada en calcular la distancia entre su

rodilla y la mía que en seguir la trama. Juraría que cada vez hay menos espacio entre nosotros, pero yo no me he movido ni un pelo por miedo a recibir una maldición gitana.

En la pantalla, un actor exagera un acento italiano de esos que dan vergüenza ajena; yo me rio por lo bajo y Jade me mira de reojo, como evaluando si me rio porque de verdad me hace gracia o porque estoy nervioso. Es lo segundo, pero espero que no lo adivine.

—Es malísima —dice, sin apartar la vista.

—Sí. Pero tiene potencial para ser «tan mala que es buena».

Ella apenas sonríe, pero yo me aferro a cada mueca como si fuera una boya en mitad de una tormenta.

En una escena de la película, la protagonista derrama café sobre un vestido carísimo. Yo suelto:

—Eso lo haría Julia. —Y, tras una pausa, añado—: O tú, si el vestido fuera de otra persona.

Jade me lanza una mirada con brillo de amenaza, pero sus labios se curvan.

—O tú, si fuera una camisa blanca y la mancha fuera de *whisky*.

Toco mi pecho como si me hubiera alcanzado una bala.

—Demasiado pronto para bromear con mi alcoholismo. No creas que lo ignoro.

—Me alegro. Es mucho peó cuando no ere consciente y acabas perdiendo el contró a nivele que no quieres ni recordá. —Luego me mira muy seria y, de repente, explota en una carcajada que me deja hipnotizado—. Mierda, rubio, es que no te puedo tomá en serio con eso puesto.

Solo entonces recuerdo que llevo la maldita bata de unicornio. Al menos no me he puesto la capucha con el cuerno de purpurina apuntando al techo.

Pasamos un rato en silencio, hasta que se inclina para coger el bol de palomitas blandas que no se va a comer; su codo roza el mío y no se aparta. Yo tampoco. Es ridículo lo rápido que un contacto tan pequeño consigue dejarme sin aire.

—Tú sabe que no to lo de ayé fue un desastre, ¿verdá? —dice sin mirarme, como si hablara de cualquier otro asunto sin importancia.

—¿Puedo tatuarme eso y recordártelo más adelante?

Ella sonríe y se reclina de nuevo; sus rodillas siguen lo bastante cerca como para que las mías las rocen si me muevo un milímetro. Y me da miedo, pero me muevo un milímetro.

En la pantalla, la gente se besa bajo la nieve artificial. Yo finjo ver la película, pero en realidad estoy intentando memorizar este momento exacto. Por si no vuelve.

JULIA



Abrimos la puerta del piso todavía riéndonos de la absurda excusa que hemos puesto para irnos; Marc se quita la bufanda y yo cuelgo la chaqueta en silencio, porque en cuanto asomamos las cabezas al salón nos topamos con la escena.

Brodie y Jade, en el sofá, dormidos, compartiendo manta. No acurrucados, pero lo bastante cerca como para que esa manta no les haya caído encima por casualidad. La tele sigue puesta, con la película en la recta final, pero ellos parecen estar en su propio universo.

—Míralos —murmuro, y me sale una sonrisa tonta.

Marc se apoya en el marco de la puerta.

—Te dije que esto iba a pasar.

—No, yo te lo dije a ti, idiota.

Los miramos en silencio, como si contemplásemos un belén viviente, con las lucecitas de colores de fondo y el aroma a Navidad todavía en el aire.

—Esto no es un alto al fuego —susurro, medio emocionada, cerca de Marc para asegurarme de que me oiga—, es la firma oficial del tratado de paz.

—O una tregua calentita... —replica Marc levantando las cejas.

Le pego un codazo suave y me aguanto la risa para no despertarlos.

Marc me indica con un gesto para que lo siga y nos retiramos, cada uno a su habitación, cerrando la puerta con cuidado. Seguimos comentando la jugada por mensajes a distancia. Con emojis es todavía más divertido.

Si se han quedado así de tranquilos juntos, quizá el *fake dating* este ha resultado más efectivo de lo que esperábamos. Aunque con ellos nunca se sabe…

BRODIE



Me despierto despacio con la sensación, ya habitual, de no saber en qué momento me quedé dormido; la tele está apagada y la luz del salón es tenue, parpadeante, de colores. La manta todavía nos cubre a los dos. Jade está a mi lado, de perfil, hacia mí, respirando tranquila. Un mechón rebelde de su flequillo le cae en la cara y me descubro queriendo apartarlo, no porque me moleste a mí, sino porque me molesta que le pueda molestar a ella.

No sé cuánto tiempo paso así, contemplándola. Si le da por abrir un ojo y me ve así, en la penumbra, como un acosador, me voy a ganar la maldición de una vez por todas. Pero es que hay algo en su expresión dormida que no había antes y que no puedo dejar de mirar: la ausencia total de ese hechizo de protección que siempre lleva por coraza. Sin la ceja arqueada, sin la sonrisa afilada, sin las frases cortantes. Solo ella.

Y entonces, abre los ojos y me pilla observándola. Me huelo la hostia que me va a soltar, pero no se esconde ni me lanza uno de sus comentarios ácidos, al contrario: me mira como si estuviera tomando una decisión, como si pudiera reescribir desde cero todo lo que piensa de mí.

Baja un poco la vista y sonríe, y sé que es por la bata de unicornio, pero por su mirada también sé que me encuentra tan ridículo como aceptable. Y aceptable ya es mucho, para lo que suele pensar de mí.

No dice nada, ni yo tampoco, pero hay toda una conversación ocurriendo entre nuestros ojos: «Hola», «hola», «¿te parece bien si...?», «por favor».

Acorta la distancia entre los dos y me besa. Es un beso suave, tibio, que me desarma más que cualquier discusión. No parece querer demostrar nada, solo estar, aquí, conmigo.

Le devuelvo el beso y por un momento me doy permiso. Me permito imaginar que todo es así de fácil, que somos de verdad lo que hemos fingido ser.

Me aparto cuando separa sus labios de los míos. Quiero verla, quiero grabarme a fuego en la mente esos ojos húmedos que por fin muestran una ligera timidez. Quiero que me sonría así siempre. O no, solo a veces, solo cuando quiera volver a besarme, y que el resto del tiempo siga fingiendo que me odia si quiere, porque ambos sabemos que me lo merezco.

Se arrima más a mí, hasta que su cuerpo queda casi adherido al mío, y me besa de nuevo. No sé dónde poner las manos, ojalá yo poseyera la firmeza que ella muestra con las suyas, una en mi pecho, la otra en mi nuca, colando los dedos entre mi pelo.

—No me caes tan mal cuando está así de callaíto —bromea en un susurro contra mi boca.

—Y tú no pareces tan bruj... —empiezo a decir, pero no termino la frase porque me besa otra vez, con tal intensidad que temo que me arranque los labios de un tirón.

Me sube el calor hasta las orejas. Entre la manta, la bata y Jade me siento como la víctima de una insolación. Ni en el *pub* sudo tanto. La esquivo un momento para apartar capas y ella lo interpreta como una invitación. Se retira también la parte de la manta que la cubre, y luego el jersey de lana que yo creía que ocultaba más prendas y que resulta que solo cubría un finísimo sujetador negro. ¿Cómo ha ocurrido esto tan rápido?

Su mano, la que ha vuelto a mi pecho, va dibujando caricias que buscan piel bajo la camiseta que me queda puesta. Su cuerpo serpentea y me acorrala contra el reposabrazos. El siguiente beso ya no es una prueba, es un comienzo para todo lo que viene después.

Y yo no puedo.

—Jade... —Mi voz suena grave, más de lo que esperaba—. Para, por favor.

Ella se detiene, pero no se aparta del todo; sus cejas se fruncen en un gesto mínimo, buscando una explicación que no voy a darle porque no sé encontrar las palabras.

—No puedo —añado, bajando la mirada para esconderme de su intensidad.

Se aparta despacio, como si necesitara asegurarse de que lo ha entendido bien. Ya no hay dulzura en sus ojos, solo una mezcla de sorpresa y de algo que me cuesta mirar. Quizá decepción, quizá esa vieja desconfianza que sé que le ha costado años deconstruir.

—Lo siento —le digo.

—Tú no te preocupe. No pasa na. Lo habré entendío má.

—No es eso...

—Ya... Entonce é lo otro. Lo de siempre.

—No, tampoco es eso. Jade, es que yo no soy…

—Vale, mejo no siga, déjalo. No pasa na. Estoy acostumbrá.

—Jade, no. No tiene que ver contigo. De verdad. Lo siento.

Su expresión se cierra un poco más, como si hubiese aceptado el rechazo pero no quisiera analizarlo. Y yo, con la garganta seca, me quedo mirando al techo, consciente de que la tensión que hay ahora mismo no se va a esfumar tan fácilmente.

Y el miedo me invade al pensar que quizá me haya cargado otra familia por la misma razón que me cargué la anterior.

PARTE TRES
TERCERA NAVIDAD

2024

21 DE DICIEMBRE DE 2024.



JULIA

Me gusta pensar que mi vida se mide en estanterías. Cada vez tengo más, cada vez más torcidas, cada vez más llenas de libros que nadie me pidió que leyera y que, aun así, reseño con la devoción de una monja del siglo XXI. A veces me sorprendo de que haya gente que encienda el móvil por las mañanas para saber qué pienso acerca de un poeta islandés que escribe sobre cabras y divorcios. Entre las fotos, los cafés que nunca me bebo enteros y la búsqueda del *hashtag* perfecto para cada publicación, consigo poner distancia con la vida real.

Y vaya si necesito distancia.

Porque aquí estamos, tercer diciembre compartido y las zonas comunes del piso son un campo de batalla continuo. Brodie y Jade ni se miran; se esquivan con la precisión de dos gatos que ya se han peleado y que ahora solo esperan otra ocasión para sacarse las uñas. Yo sé —porque yo siempre lo sé— que la tensión viene de la última Navidad. No sé qué sucedió aquella noche en la que Marc y yo los dejamos solos con la peli y las palomitas, pero al día siguiente la dinámica cambió y ya no ha vuelto a ser lo mismo. Donde antes había pullas con chispa, ahora hay silencios y cuchillos afilados.

Me da pena, porque Brodie y yo… ahora somos amigos de verdad. No del tipo «me molas pero me conformo con tu amistad» ni en plan «compañero de piso simpático», sino de los que se cuentan la vida con confesiones que se van soltando entre cafés y resacas. A veces me sigue pareciendo increíble pensar que aquel *highlander* desubicado sea el mismo chico que ahora me manda memes a las tres de la mañana porque no logra dormir cuando le atormentan las pesadillas sobre su pasado.

Lo cierto es que hace gala de una habilidad increíble para no contar lo que realmente le importa; solo habla de Escocia, de su divorcio, de Rachel, de su madre y Vicent… Sin embargo, me evita cuando trato de hablarle del alcohol que cada vez parece ingerir en mayores cantidades, y jamás menciona al niño, como si no consiguiera asignarle un lugar en ninguna conversación porque sobre algo así no puede bromear. Y si no bromea no sabe hablar.

No voy a mentir, a mí también me costaría. Y me cuesta. Siempre he aparcado voluntariamente el tema de la maternidad, como si fuera demasiado grande para digerirlo, pero en los últimos meses la idea ha empezado a sonar más fuerte en mi cabeza y me aterra darle forma. Pero es que últimamente entre los grupos de lectura y las compañeras del trabajo solo veo embarazos, así que es difícil no pensar en ello.

Supongo que el problema es que no encajo en la ecuación estándar. ¿Cómo ser madre sin la pareja, la casa y todo el *pack* de maternidad normativa? Es como si los libros sobre el tema vinieran ya subrayados con lo que yo nunca seré capaz de ofrecerle a mis retoños.

Tampoco es que me obsesione; lo pienso un rato, lo guardo en una de mis estanterías junto con los libros que no me acabaron de gustar y sigo con mi vida.

—Buenos días, reina del drama —me saluda Marc entrando en el salón, todavía en pijama, con el pelo despeinado pero con la sonrisa de alguien que ha dormido poco y bien. Muy bien.

—¿Qué haces con esa cara de anuncio de dentífrico? —le pregunto, cerrando el portátil.

—Nada. Estoy enamorado —suelta, con tanta naturalidad que parece que me haya dicho que va a bajar a desayunar a la cafetería de la esquina.

—¿Otra vez?

—No, esta vez es diferente. Yun no es «otra persona». Yun es LA persona.

—Claro, como las otras veces.

—No, Julia. Te lo juro, es… —suspira, teatral, llevándose la mano al pecho—. ¿Sabes lo que es que alguien te lea sin abrir la boca?

—Eso se llama telepatía, cariño, y creo que lo que has pillado es un *crush* muy fuerte.

—Un *crush*, dice… —Se deja caer a mi lado en el sofá con ojos de cordero degollado—. Yun sabe cuándo me quito el audífono porque me pica la oreja; Yun me manda fotos de libros solo porque cree que me gustarían, aunque luego me los explique como si fueran pelis malas de sobremesa; Yun no me mira como lo hacen los demás, me mira como si me hubiera estado esperando.

—Qué bonito, voy a llorar. —Le palmeo la rodilla—. ¿Y cuánto lleváis? ¿Una semana?

—Tres citas. Y un desayuno en el que casi le pido matrimonio porque me ha prometido prepararme un ramen casero esta noche cuando vuelva de trabajar.

—Pues ya sabes, organiza la boda, pero que haga ramen para todas, que sin la aprobación del comité de este hogar de locos no se casa nadie.

Marc se ríe, pero no se desprende de la mirada soñadora que le desfigura la cara desde que ha pronunciado el nombre de Yun, y por un momento pienso que si el amor romántico existe, aunque no sea para mí, debe parecerse bastante a cómo se le ilumina la sonrisa en este momento.

La magia se rompe cuando se abre la puerta de la habitación de Brodie y aparece en todo su esplendor: despeinado y con cara de haber perdido tres peleas contra su propia resaca.

—¿Por qué sonreís tanto siendo tan temprano? —gruñe mientras se sirve agua directamente del grifo aunque le tengamos dicho que

no debería hacerlo si no quiere acabar con piedras en todos sus órganos.

—Estamos compartiendo la emoción del amor verdadero —respondo con voz de presentadora de *reality*.

—Genial —murmura él antes de sentarse en el sillón frente a nosotros, como si fuera a ser juzgado por el jurado del programa—. Entonces, yo pongo la cuota de fracaso romántico para equilibrar.

Brodie con otra resaca monumental y Marc enamorado. ¿Dónde está Jade? Necesito un respiro de tanto contraste.

BRODIE



—No me lo creo, tercera Navidad con vosotras.

Marc se encoge de hombros, con optimismo, como si fuera una buena estadística.

—Pues disfrútala, *highlander*, que puede que sea la última que pasemos todas en el piso.

—¿En serio? ¿Me abandonas? —Le miro de reojo, medio serio medio en broma—. ¿Ahora que ya he aprendido cuarenta y tres palabras en lenguaje de signos?

—No es abandono, es evolución —replica, con ese tonito de *coach* emocional que usa cuando se quiere hacer el interesante—. Si las cosas van bien con Yun, no quiero estar aquí el año que viene montando árboles falsos. Quiero estar viviendo con elle, montando muebles de Ikea. El amor, ya sabes.

—No, no sé. Pero bueno, me imagino que el amor a veces sale bien y ya está. ¿Y cómo lo vais a hacer? ¿Armarios separados? Porque tú con tu ropa eres muy tuyo…

—Ya lo hemos hablado —responde con seguridad—. Un vestidor como el de Carrie Bradshaw.

—¿Carrie, la de la película esa de la sangre?

Marc me mira como si me pudiera coser la boca solo con la mente.

—Mira, de verdad no sé cómo tú y yo hemos desarrollado algo parecido a una amistad.

Nos quedamos en silencio y, como no se me ocurre un tema mejor, le pregunto:

—¿Qué tal el trabajo?

—¿Cuál de todos? —dice, y me lanza una mirada pícara.

—El nocturno de la voz melosa.

—Ah, *ese.* —Sonríe, satisfecho de que alguien le haya preguntado por fin—. Va bien, la verdad, hay noches que es como hacer teatro en pijama. Y se cobra mejor que en la tienda de ropa.

—A veces me tienta —confieso, bajando la voz como si Julia y Jade nos pudieran oír por encima de esa música que sale de la cueva de la bruja.

—¿Te tienta llamar? —Marc me guiña un ojo, sin juzgarme, simplemente divertido por la idea—. Si te da vergüenza, también puedes mandar un mensaje y llamamos nosotras.

—Joder, no. Yo no… esas cosas no me molan. Lo que me tienta es el sobresueldo, que en el *pub* no me han dado ni unos céntimos de aumento desde que llegué.

—A ver, tengo contactos. Puedo meterte, pero no te veo diciendo «hola, cariño» sin sonar como si fueras a dar las noticias en la BBC.

—Supongo que todo es practicar —murmuro, a medio camino entre la broma y el patetismo.

La música se oye de repente más fuerte y aparece Julia con un rollo de luces enredado en el brazo; Jade viene detrás, cargando una caja llena de bolas de colores que reflejan destellos en sus mejillas. No quiero mirarla de más por miedo a que al final acabe lanzándome el puñal con el que lleva meses amenazándome visualmente, pero no puedo evitar que se me vayan los ojos. No es justo que cada día la vea más guapa, es como si mi cerebro me quisiera castigar por no dar la talla.

—Vosotros dos, fuera —dicta Julia, apuntándonos con las luces como si fueran un látigo.

—¿Perdón? —pregunto, fingiendo indignación.

—Fuera del salón. Esta tarde es pa montá el árbo tranquilamente, sin las tontería de ustedes ni los comentario cínico del espíritu navideño —explica Jade—. Pa un año que se nos ha activao a las dos a la vé, no nos lo vai a jodé.

—Exacto —añade Julia—. Necesitamos paz, villancicos y que nadie haga chistes con las bolas.

Marc me mira, levanta las manos como haría en un atraco y sonríe.

—Han hablado las reinas del salón.

—Yo pensaba que esto era una democracia —gruño, pero me levanto porque sé cuáles serían las consecuencias de no obedecer y, por mucho que Jade me odie, todavía no me ha prohibido expresamente comerme sus croquetas, así que no voy a tentar a la suerte ahora.

—De eso no ha habido nunca en este piso —responde Julia con una sonrisita triunfal.

JULIA



Las luces ya están enredadas en el árbol y yo tengo las manos llenas de purpurina, como si me hubiera peleado contra un unicornio. Jade coloca las bolas sin decir nada. Su expresión de estreñimiento emocional no pega nada con la música de Mariah Carey que tengo de fondo.

—Oye —empiezo a decir, mientras enderezo una estrella plateada —. ¿No crees que deberías soltar un poco el enfado con Brodie? Es Navidad, se supone que todo se suaviza con turrón y muérdago.

Jade resopla como si el aire pesara un quintal.

—No es el enfado con Brodie na má, prima. Es que estoy cansá de to. No me apetece ni vé a mis padre este año. Pero si falto va a ser toavía peó. Solo que ya no puedo ensayá sonrisas con el escocé pa que no me pregunten por qué sigo sola.

—Pero no estás sola.

—Pa ello sí. Los rollo de una noche no cuentan como éxito familiá. Na más que cuenta tené novio. O prometío, tú sabe. Pero el único novio que les he presentao era más falso que una pelea de lo Power Rangers.

Me giro hacia ella e intento que mi tono suene a broma y no a sermón.

—Bueno, míralo así: si tu mayor problema es que tienes que seguir fingiendo estar enamorada de un *highlander* con jersey

hortera, igual no estamos tan mal. Siempre puedes decir que se ha ido a ver a su familia durante las fiestas.

—Ya he rechazao toa las invitacione con excusa. Llevo un año dándole larga. Tendría que habé parao ante, ahora no paran de decirme que quieren volvé a cená pa Nochebuena y no tengo más solución que confesá. No pienso reviví eso con el Brodie. Fue horrible.

—No fue tan horrible, Jade. Lo que quiera que pasara después ha empañado tus recuerdos, pero no estuvo tan mal.

—Aro, prima, eso lo dice tú porque no le das asco.

Su frase me deja sin palabras. ¿Eso cree?

—Jade, tú no le puedes dar asco a nadie, eres una tiarrona alucinante.

—Ya, po se lo dice a la J. K. Rowling y sus colega, a ver qué piensan. Pero vamo, que sorpresa ninguna. El chavá ha crecío en la Escocia profunda, tampoco se le van a pedí peras al olmo.

—No creo que sea eso, Jade. No lo veo así —le digo, dándole la mano en un gesto de cariño—. ¿Por qué no lo hablas con él? Un año evitándose es suficiente, ¿no crees?

—Bueno, po lo pensaré, prima. Pero no me hace mucha gracia, el rechazo fue bochornoso.

No creo que sea consciente de que no me ha contado nada del momento en cuestión y de que yo estoy muerta de curiosidad porque lo suelte de una vez. Ese «rechazo» suena a que ella hizo un movimiento del que no me ha hablado y que desata mi imaginación hasta límites insospechados.

—Vale, Jade. No te he preguntado en todo este tiempo porque te respeto y sé que eres muy… privada. En cuanto a relaciones, me refiero. Nunca sueltas prenda. Pero esto lo necesito como el respirar. ¡No puedo más!

—Tú lo que quiere es el chisme, prima, y en esta historia no hay chisme porque se acabó tan rápido como empezó —explica con gesto triste, algo muy raro en ella.

—Me cago en todo… ¡te enamoraste del *highlander*! ¿Cómo narices lo ocultaste tan bien, maestra del disfraz?

—Anda ya, Julia, no te puede sorprendé que me sepa escondé —me responde con un deje de amargura en la voz—. Pero no estoy enamorá, idiota. Estoy más incliná hacia tu lao del espectro del romanticismo, la verdá. Esas cosa son como de película, y la gente como yo no suele protagonizá ninguna en la que los romance salgan bien.

—Te compro que no estés enamorada. Eso quiere decir que el rechazo fue por otra línea. —Levanto las cejas un par de veces, escondiendo una sonrisa juguetona—. ¿Una línea más íntima?

—Ere una payasa —me responde. Resopla por la nariz mientras niega con la cabeza.

—Pero una payasa con más razón que un santo.

—Puede sé que se me ocurriera la pamplina de besá al *highlander* y que él no me siguiera el juego.

—Espera, espera, espera. ¿QUÉ? —Comienzo a hiperventilar—. No me lo creo. Pero si el muy idiota está loquito por ti, que se le ve en los ojos esos azulones que se gasta. Se muere por tus huesos. Pone una cara de perrito abandonado cada vez que te alejas sin dirigirle la palabra, que dan ganas de acariciarle detrás de las orejitas para aliviarle la pena.

—Julia, que me hizo la cobra. Una cobra que podría haber sío una anaconda, de lo grande que fue, vamo. No he pasao más vergüenza en mi vida, ahí rodeá de manta, medio en pelota. Y él tan incómodo que na más que le faltó limpiarse la boca en la bata de unicornio esa pa quitarse mis baba, del ascazo que le dio.

Estoy a punto de decirle que se equivoca cuando un ruido extraño llega desde el pasillo; Jade y yo nos quedamos quietas, como si acabara de entrar un ladrón en casa. Pero no: son gemidos. Claros, rítmicos, de película porno mal grabada.

Nos miramos al mismo tiempo, ojos abiertos como platos.

—No puede ser… —susurro, todavía con la estrella plateada en la mano.

—Podría sé una explicación —responde Jade, con una mezcla de horror y sorpresa.

Los ruidos se intensifican, alguien dice algo ininteligible, entrecortado. Yo me cubro la cara con las manos. Las voces de Marc

y Brodie se turnan como en un diálogo de guarradas y jadeos, cada cual más escandaloso que el anterior.

—¡Pero si hace un rato Marc estaba gritando a los cuatro vientos su amor por Yun!

—Puede que no sean exclusivos, Julia. Tú sabe mucho de esas cosas —murmura Jade, fingiendo una indiferencia que claramente no siente.

Otro gemido, más alto. Jade arquea una ceja y añade, bajito:

—Ahora entiendo el rechazo, y no me parece tan mal. Quizá na más que fue que no se atrevía a salí del armario.

Me atraganto con mi propia saliva.

—¿Qué? Pensaba que mi radar funcionaba mejor. ¿De verdad crees que…?

—Julia, ¿tú no los está escuchando o qué? —Señala con una mano abierta hacia el cuarto de Marc, mostrando la evidencia.

Estoy dividida entre partirme de risa y abrir la puerta para desenmascararlos, pero al final me limito a darle un codazo a Jade.

—Misterio resuelto, entonces. ¿Ves? No era lo que pensabas.

—Ni yo ni nadie, vamo —responde con la mirada perdida en el árbol, como si estuviera revisando toda su vida.

22 DE DICIEMBRE DE 2024.



BRODIE

La única persona que entra en mi habitación es Julia y, desde luego, ella no llama con los tres golpes flojos que acaban de sonar.

—¿Sí? —respondo ronco, como si con esa sola palabra pudiera blindarme contra lo que sea que me disparen al abrir.

Es Jade. Abre con cuidado; no lleva maquillaje, ni la armadura emocional que suele vestir. Y aun así tiene aspecto de estar más entera que yo.

—¿Puedo? —pregunta.

Asiento con miedo; ella entra y se sienta en el borde de la cama con cara de querer ofrecer un alto el fuego que llevo meses deseando.

—He estao cavilando… —empieza a decir, pero se interrumpe, como si de verdad le importara acertar con las palabras—. He sío una borde contigo este año.

No sé qué contestar. Me rasco la nuca y espero, de pie frente a ella, a que siga con lo que quiera seguir. Sin embargo, ella no parece estar por la labor y acabo poniéndome nervioso.

—Yo tampoco he sido un sol de vecino, la verdad.

Sonríe un poquito y, aunque no piense decírselo, ya le he perdonado cada bordería solo con verla así.

—No ha sío agradable, pero sé que es culpa mía. Me rayé porque me dabas demasiao en qué pensar. Eres… mu difícil.

—Mira que he escuchado cosas sobre mí, pero esa es nueva —bromeo—. ¿En qué sentido soy difícil?

Se encoge de hombros.

—No, en verdá no ere tan difícil. Difícil soy yo. Me costó un montón separá cosas las navidades pasás. Ver cómo tuviste que moverte incómodo en tu propia piel, intentando encajar en un papé que yo te impuse… me recordó demasiado a mí. Y no lo digerí mu bien, porque ese miedo, Brodie, yo también lo he tenío. Lo he tenío to la vida.

Se me hace un nudo en la garganta; quiero decirle «sí, yo también, pero no como piensas». Quiero decirle que no puedo quitarme de la cabeza aquel beso, que estos meses siendo una borde —y aun con todo sin negarse a compartir el espacio conmigo— no han hecho más que convencerme de algo que ya sospechaba: que estoy loco por ella, y que no sé cómo puede uno enamorarse y no desear lo que todo el mundo da por sentado.

En cambio, lo que sale de mi boca es ridículo:

—No es… no es lo que crees.

Ella me mira, con esas cejas que siempre arquea.

—Eso ya lo has dicho un montón de vece, pero nunca me explica lo que sí que es.

Abro la boca, pero el aire se me queda atascado. ¿Cómo explicarle que la quiero y, al mismo tiempo, que temo no darle lo que espera? ¿Cómo decirlo sin que suene a excusa o a rechazo?

Al final, me rindo.

—No sé explicarlo.

Ella baja la mirada, juega con la manga de su jersey de punto.

—Todos hemos tenío miedo de salí del armario, Brodie. Es naturá, el mundo puede ser mu cruel. Y aunque siga cabreá contigo y me vaya a costar procesar to este giro, sé lo que es y quiero sé un apoyo pa ti. Si tú lo necesitas, claro.

¿Salir del armario? ¿También se llama así para las personas como yo?

Nos quedamos en silencio. Del tipo de silencio que pide ser roto. Yo quiero llenarlo con la verdad, pero no me sale.

Cuando se levanta para irse, siento que pierdo la oportunidad.

—Jade. —La detengo, casi en un susurro.

Se gira lentamente.

—Dime.

—Gracias. Por volver a estar ahí para un inútil como yo.

Ella asiente, con esa media sonrisa que nunca sé si es ironía o ternura.

—Yo quiero estar, Brodie. Aunque a lo mejó mire pa otro lao cuando decidas besar a alguien que no sea yo.

Sale de la habitación sin apenas permitirme ver una tristeza que creía imposible en ella. Una vez más, solo he dicho la mitad de lo que quería.

Y esa mitad me sabe a fracaso estrepitoso.

JADE

No os emocionéis, pero os apetece hacer algo juntos?

Creo que estamos todas libres esta noche, no?

JULIA

😲¿Eres tú, Jade? ¿O te han hackeado el móvil?

MARC

Estas en tu cuarto?

Voy a tomarte la temperatura

🥴

BRODIE

es oficial

se acerca el apocalipsis

Jade proponiendo ocio compartido

ayuda

JADE

Ofú

Dejad de flipar

Solo digo que nos vendría bien soltarnos un poco

No sé

Salir por ahí

BRODIE

yo curro esta noche pero se agradece que se me incluya en un plan que no sea tirarnos en el sofa a ver pelis de sobremesa para variar

JADE

Podríamos ir a verte tocar

Somos unas amigas de mierda por no haber ido aún

BRODIE

llamalo tocar

llamalo sudar sobre el escenario

ambas valen

pero no es tan interesante como pensais

JULIA

🤩 ¿Perderme la oportunidad de ver al highlander en su salsa? Ni loca.

MARC

Confirmo asistencia

Pero si Yun me escribe insinuando tema me largo

Prioridades

JADE

Trato hecho. Highlander, manda ubicación

(UNA HORA DESPUÉS)

JULIA

¿Dónde estáis? Llevo 10 minutos en la barra y solo veo a un grupo de moteros cantando villancicos.

MARC:

Ya voy reina

Me he perdido en la calle paralela porque google maps piensa que soy un vehiculo motorizado

JADE

Estoy cerca del escenario

Os guardo sitio

BRODIE

salgo en 3 minutos

preparaos para el shitshow

🤡

JULIA

¡YA LO VEO! 😱 Madre mía, Brodie, ¿quién te ha dejado salir tan guapo de casa? Esto no es legal. ¡Que lleva el kilt y todo!

JADE

Telita con el escocés

(MEDIA HORA DESPUÉS)

JADE

Marc, te lo estás perdiendo

Cuánto se tarda en pedir una pinta?

MARC

Perdon

Es que me ha surgido algo

JULIA

¡TRAIDOR!

MARC

Yun me ha mandado un 👀

Sin contexto

Sorry pero en mi idioma eso significa ven ya

Ademas el acordeon y mis oidos no se llevan bien

Disfrutad de la noche y de esa version sexy de Brodie 💋

(UNA HORA DESPUÉS)

JULIA

Marc, cariño, estoy segura de que lo de Yun ha sido un planazo, pero no sabes lo que te has perdido. 😈 No sabía que una se podía poner celosa de un instrumento musical.

JADE

Nunca te doy la razón

Pero te la voy a tener que dar en esto

MARC

Conexion rapida entre bocado y bocado para reaccionar al mensaje de Jade

😱😱😱😱😱😱😱😱😱😱😱

JADE

No es un poco tarde para estar cenando?

MARC

Cenando? 🤭

BRODIE

estoy chorreando

voy a asearme un poco antes de unirme a vosotras para brindar

JULIA

¿Seguro que no quieres invertir el orden? 😉 ¿Primero la unión y luego una ducha? No eres el único que está empapado…

BRODIE

si me sigues sexualizando me rajo

te lo advierto

solo quiero seguir siendo el tio raro con el que compartis piso

y que nadie haga ningún comentario guarro sobre las habilidades de mis dedos

JULIA

Vale, no lo comentaré. Pero no puedo prometer que no lo vaya a pensar. O a soñar. Mierda, creo que va a ser mejor que abra el Tinder a ver quién cae.

JADE

No disimules Julia que he visto cómo mirabas al camarero

JULIA

🤐 No comments.

Me largo a sofocar estos calores.

Divertíos.

No os matéis.

BRODIE

queda registrada tu huida

oye Jade

si te quieres ir lo entiendo

se que no te mola estar rodeada de borrachos

JADE

Bueno, hay uno que no me cae del todo mal

BRODIE

voy

23 DE DICIEMBRE DE 2024.



JULIA

El problema de traer un maromo a casa es la logística. Es decir: que se vaya sin que nadie lo vea.

Por eso me toca acompañarlo hasta la puerta de puntillas y con el dedo en los labios como si estuviéramos rodando una peli de espías mala. Él sonríe con cara de «esto ha sido genial, repitamos» y yo asiento con la cara que pongo en el súper cuando me preguntan que si quiero bolsa.

Cuando cierro, respiro aliviada. Y justo entonces, escucho la llave en la cerradura.

—Mierda —susurro.

Marc entra, radiante, con esa cara de quien ha dormido dos horas y, sin embargo, parece que le hayan dado un masaje tailandés.

—Buenos días, pecadora —me saluda mientras se quita el abrigo.

—Habló el santurrón. —Cruzo los brazos y espero a que se dé la vuelta para repetírselo a la cara—. Habló el santurrón. ¿Qué tal la noche con Yun?

Marc suspira como si le hubiera preguntado por la paz mundial y se dirige a la cocina para servirse un café; antes de sentarse en la mesa con su taza favorita, me hace el gesto con el que siempre me

pregunta en silencio si se pone los audífonos. Niego con la cabeza y señalizo para que sepa que me voy a sentar frente a él para que pueda entenderme sin ellos.

—Julia, te juro que Yun no es de este planeta. Es… uf. Es como desayunar un *croissant* caliente después de haber soñado que lo horneaban para ti.

—Vale, corta el rollo, que me estás dando hambre —le pido—. Además, yo también he tenido *croissant*, pero más de gasolinera.

Nos reímos en ese tono cómplice que solo compartimos cuando el piso está en silencio.

—¿Cómo se llamaba tu *croissant*? —pregunta él, malicioso.

—Ni idea. Tenía unos abdominales tremendos y un *piercing* en la lengua. No le pedí el currículum.

Marc está a punto de replicar, pero frena cuando me ve girarme hacia el pasillo porque he oído un crujido que provenía de esa dirección.

Jade sale de la habitación de Brodie. Pelo despeinado, jersey puesto al revés, pasos sigilosos que esta vez no le salen tan bien como siempre.

Nos quedamos congelados, con la boca abierta, como si pudiéramos volvernos invisibles solo con mucha fuerza de voluntad. Pero nos ve, claro, y se queda petrificada también.

—Buenos días —dice al fin, con fingida dignidad y la voz más seca del mundo. Acto seguido se encierra en su cuarto sin darnos tiempo a reaccionar.

Marc me mira, yo lo miro a él.

—... Vale. —Él pestañea—. ¿Acabo de ver lo que acabo de ver, o ha sido una aparición?

—Ay, madre. ¿Crees que esta vez ha funcionado?

Marc aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Llevaba cara de arrepentimiento.

Seguimos procesando la imagen en silencio y entonces caigo en algo:

—Oye, Marc, ¿a ti te molestaría en algún sentido que les saliera bien? —le pregunto con miedo.

Él me mira, incrédulo, y suelta una carcajada tan fuerte que hasta temo que Jade salga a echarnos la bronca.

—¿Molestarme? —responde entre risas—. Julia, por favor, ¡si eso sería como ver un documental de National Geographic! Dos especies en guerra que, de pronto, deciden aparearse. Vamos, que yo pago entrada encantado.

—Bueno, a mí me haría ilusión, ¿sabes? Que por fin se dijeran lo que ambos sienten y se dejasen de tonterías.

Marc me mira en silencio unos segundos y suelta una risa suave.

—Eres una romántica encubierta, cielo.

—¡No lo soy! —protesto, aunque sé que mi sonrisa me delata.

—Sí que lo eres. —Marc se levanta y me revuelve el pelo con la mano—. Pero te voy a dar el gusto: si esto acaba en boda gitana-escocesa, prometo que yo lanzo el arroz.

BRODIE



Salgo de mi cuarto como un ladrón de madrugada, aunque sean las diez de la mañana. Piso solo las baldosas que no crujen —las tengo estudiadas desde hace meses— y contengo la respiración cuando paso por el salón; el sofá está vacío, pero sé que Marc y Julia rondan por ahí, los he oído cuchichear, y si me ven ahora me van a acribillar a preguntas que no sabría contestar sin meter la pata.

No, esto es entre Jade y yo.

No es uno de sus chismes.

Cruzo la cocina de puntillas, con el corazón bombeando como si fuera a robar secretos de Estado, y llamo a su puerta antes de que el valor se me escape.

Mierda, se me han olvidado los pantalones, y llevo los calzoncillos de *highland cows*. Pero ya es tarde para retroceder.

—¿Qué? —responde Jade tras la puerta, más seca que una pasa.

Trago saliva.

—Soy yo.

Un silencio breve, seguido de un resoplido, y la puerta se abre lo justo para enseñarme la clásica ceja arqueada que la define.

—¿Viene a darme otra serenata etílica o qué pasa contigo?

—No. Vengo a… —Me rasco la nuca, no sé cómo empezar—. A preguntar qué pasó anoche.

Ella me abre del todo y se cruza de brazos. Está preciosa y yo me siento un intruso rompiendo la intimidad de su espacio, pero a ella

parece que no le importa que invada su territorio, porque me da un tirón del brazo y me obliga a entrar.

—Lo que pasó es lo de siempre: que intentaste beber como si quisieras batí un récor Guiness.

—¿Sabes que una vez me quise presentar a uno? Conseguí el de más pulsaciones por minuto en el acordeón, no en plan loco, sino en una canción que sonase bien y todo eso. Grabé un vídeo para enviarlo al comité, pero resulta que no le había dado al botón. No lo pude presentar, y ya nunca me ha vuelto a salir bien. Es como si la canción estuviera maldita.

La expresión de sus ojos me dice que me estoy yendo por las ramas. Típico. Vale, debo centrarme.

—¿Por qué recuerdo despertarme contigo al lado? ¿Estabas en mi habitación?

Jade resopla antes de responder:

—No quería que te atragantase con tu propio vómito, así que después de arrastrarte hasta casa como si fuera un saco papas me quedé a tu vera hasta que roncaste como un tractor.

Parpadeo, tratando de procesar.

—Pero… estabas en mi cama.

Ella resopla otra vez; se va a quedar sin aire en los pulmones si sigue así.

—Me quedé a vigilarte. Punto.

—¿Y dormimos…? —Me muerdo la lengua antes de terminar.

—¿Que si dormimo? —pregunta con los ojos entrecerrados.

—Juntos, me refiero —digo, y me aclaro la garganta—. Quiero decir que… ¿pasó algo?

Jade me mira como si acabase de preguntarle si la Tierra es plana.

—Brodie, lo único que pasó es que descubrí que ronca en escocé.

Me cubro la cara con la mano, medio por vergüenza, medio por alivio.

—Vale. Lo siento, es que no me acuerdo de nada. Siento si hice algo que no debía.

Ella me observa un segundo de más, como calibrando si prefiere burlarse de mí o dejarlo pasar. Al final suspira.

—Puedes estar tranquilo. No hiciste na. Lo único…

—Dime que no hice un *striptease* ni nada por el estilo —le suplico, solo para verla sonreír un poco.

—No, illo, lo que pasa es que me abrazaste. Y me sentí bien —admite—. Y me quedé un ratito más. Pero me quedé to frita y me he despertao hace un rato.

Lo dice bajito, como si le escociera reconocerlo, y yo no puedo ocultar la sonrisa que me cambia la cara y que seguro que ya no se me va en todo el día. «Me sentí bien», ha dicho.

—Oye, Brodie. Necesito decirte algo.

Me emociono por un instante pensando que puede que me diga que siente algo por mí, que ese abrazo de anoche reparó meses del malestar que generé al rechazarla por pura cobardía. Sin embargo, su seriedad me hace intuir que lo que viene no es una declaración.

—Anoche… —comienza a decir, con miedo— estuve a punto de llamá a emergencias porque estuviste a un par de copa de no despertarte más.

—Vamos, no será para tanto. Mi cuerpo está habituado, son años de práctica —bromeo, dándome un par de palmadas en la barriga.

—Sí que fue pa tanto. Y tienes que pará.

Me remuevo, incómodo. Se me olvida que estoy invadiendo su privacidad y me siento en su cama deshecha.

—Jade… No es fácil —admito. Ella viene a sentarse junto a mí—. Si no bebo, no paro de pensar. En todo: en Rachel, en el crío, en lo que no fui capaz de darle… —la voz se me rompe un poco—, y en lo que nunca voy a poder darle a nadie.

Me da la mano y comienza a acariciarme con un cariño que ansío más de lo que me permito admitir, pero de repente se queda quieta, como si estuviera decidiendo si abrir un baúl de recuerdos demasiado oscuros.

—Brodie, yo también pasé por eso —dice con un tono firme pero suave, cariñoso—. Hubo un tiempo en el que lo único que hacía era colocarme para no sentí. Y cuanto más me metía, peor me sentía. Lo probé to, era una espirá que no acababa nunca.

La observo, sorprendido por su confesión. Nunca había hablado así de ella misma.

—¿Tú?

Asiente, sin apartar la vista, valiente.

—Sí, yo. Por eso ahora no salgo casi ni na. No bebo apena, como sano, hago ejercicio. Me mantengo centrá en viví una vida sana, no porque me encante a mí lo zen ni to esas cosa, sino porque me agarré a eso pa no hundirme. Y no me gustaría verte sufrir como lo hice yo cuando te entere de que esto no te lleva a ningún lao.

Trago saliva. La sinceridad de Jade es como un golpe en el estómago.

—Yo no sé hacer eso, no soy tú. Me siento roto, y lo único que me mantiene de pie son un par de pintas más.

Ella niega despacio con la cabeza y aprieta el agarre de su mano como si quisiera hacerme entender a través de la piel.

—Eso no te mantiene en pie, Brodie. Eso te está tumbando poquito a poco. Y no tienes que ser yo, ni hacé lo que yo hice. Cada persona tiene un camino diferente hacia esta… paz que siento yo ahora conmigo misma. Pa mí fue eso, la comida, la calma, el yoga. Y la terapia, claro. Tardé bastante en mejorá después de aplacar la adicción. Pero la terapia me salvó, desde luego. A lo mejó a ti también te ayuda.

Me quedo callado, dándole vueltas, porque la idea me da miedo. Un miedo enorme.

—¿Quieres decir que debería ir a un psicólogo? —pregunto, al fin, con la voz más baja de lo que esperaba.

—Sí —confirma ella sin titubear—. No pa que te convierta en alguien que no ere, sino to lo contrario. Pa que dejes de llevá tú solo una carga que te está hundiendo. Y, si quieres, también puedes hablá conmigo. De lo que tú quiera, cuando quiera. Acuérdate que yo también estoy divorciá y que esas cosa unen. Tenemo más en común de lo que tú te cree, aunque parezca mentira, rubio.

Vuelve a acariciarme la mano, ya pasada la seriedad de la conversación.

—Eso me lo vas a tener que contar mejor algún día, que siempre lo resumes como para salir del paso y ahí tiene que haber mucho chisme de los que dan la vida a nuestras compañeras de piso —bromeo—. No pensé que acabaríamos hablando de esto cuando he

venido a pedirte explicaciones, creía que me dirías algo tipo «me intentaste besar en contra de mi voluntad» y que estaríamos otro año sin hablarnos.

Si le molesta mi comentario, lo oculta bastante bien.

—Gracias por la sinceridad, Jade. Lo aprecio. La gente no me suele tomar en serio, y no los culpo, yo tampoco me tomo en serio. Soy un auténtico mamarracho. Pero aun así, gracias.

Le doy un par de palmaditas en la mano para dar por terminada la conversación y ella me suelta antes de agachar la cabeza; camino hacia la puerta con la sensación extraña de haber sobrevivido a algo que no sabía que estaba pasando, pero entonces ella me detiene.

—Brodie.

Así, sin otras palabras que empañen la intención de frenarme solo con pronunciar mi nombre.

Me vuelvo despacio. Jade me sostiene la mirada, muy seria; se levanta y viene hacia mí. No se me da bien identificar estas cosas, pero diría que se contonea sensualmente. Sin embargo, a cada paso que da noto que va perdiendo seguridad.

—Si me hubieras intentao besá —empieza a decir, tímida como pocas veces la he visto ser—, no habría sío en contra de mi voluntá.

La frase se queda flotando en el aire como una chispa peligrosa, y yo me quedo también flotando, con el corazón golpeándome el pecho como si me hubieran descubierto cometiendo un crimen.

En sus ojos no hay rabia ni ironía, solo algo suave, dulce, que se me clava más que cada frase afilada que me ha lanzado desde que la conocí.

—Yo… —No me sale nada coherente, por mucho que me esfuerce —. Mi voluntad también… Bueno… Que también querría… Que besarte me parece...

Antes de que me dé tiempo a pensar, a huir o a poner excusas, Jade me acorrala contra la puerta y me besa.

Siento que, con sus labios, me pide lo que no se atreve a preguntar con palabras. Yo respondo, torpe pero sincero, y durante unos segundos todo lo demás desaparece. Y qué bien sienta que desaparezca…

Cuando nos separamos, Jade me mira con una mezcla de sorpresa y alivio.

—Por cómo me has devuelto el beso, empiezo a tené dudas de por qué me rechazaste la otra vé —bromea.

Sonrío, nervioso, tragándome todas las dudas que me asaltan de golpe.

—Ya te dije que no era eso. Sigue siendo complicado —le digo, y esta vez no me alejo, sino todo lo contrario; la rodeo por la cintura y la atraigo hacia mí—. Pero me gustaría besarte otra vez. Eso seguro.

—Está bien —susurra ella muy cerca de mi boca—. Aunque antes va a tené que ir a ducharte y a lavarte esos diente, o me vas a espantá.

—*Ouch*, duele. Pero sí, apesto a alcohol y a sudor, qué vergüenza. Tienes toda la razón.

—Siempre tengo razón —presume, y me da una palmadita en el pecho para separarme de ella.

—Menos cuando hablas de horóscopos y cosas de esas, que seguro que te lo inventas para que cuadre con lo que queremos escuchar.

—No te burle de mis conocimiento ancestrale, cariño. No es buena idea meterse con una bruja si no conoces su podé.

—Primero: ¿me has llamado «cariño»? —digo a modo de cachondeo y ella pone los ojos en blanco—. Y segundo: algún poder sí que te conozco. Desde luego, tienes el de volverme estúpido solo con tu presencia. Y ahora que he confesado, me voy a largar a asearme para poder volver con algo de dignidad a por ese morreo que me has prometido.

—¡Yo no he dicho morreo!

Por su manera de reír, tan despreocupada y ligera, entiendo que quizá no todo esté perdido.

JULIA



Hay quien piensa que un club de lectura *online* es un aburrimiento, pero no saben lo que se pierden. En mi grupo hay un señor que solo lee novela negra nórdica porque dice que todo lo demás es «baja literatura»; también una chica mexicana que siempre se las apaña para relacionar cualquier libro con las mujeres de las que se ha enamorado, y hasta un chaval de Burgos que lee a escondidas en el trabajo y se conecta desde el baño, con el eco de los azulejos de fondo en los audios que se empeña en mandar aunque le hayamos dicho ochenta veces que la conversación se mantiene por chat. Estos tres, entre otros personajes. Todo un elenco digno de comedia familiar.

Hoy discutíamos sobre una novela japonesa en la que nadie se besa y todo el mundo llora en silencio mientras contempla flores marchitas. Yo opinaba que era una maravilla de la contención narrativa; mi ligue de la semana, un chico con gafas retro que parecía sacado de los peores resultados de un test de la *Súper Pop* y que se unió al grupo en cuanto le hablé del club, argumentaba que le faltaba chicha. He tomado nota mental para no verlo más.

La verdad es que me encanta esta vida a medias: un poco de reseñas, un poco de chismes literarios, un poco de citas que casi nunca llegan a la segunda ronda… Todo muy de temporada corta, como las series que no renuevan, pero aun así, cada vez que veo a una amiga subir la foto de su bebé en Instagram me entra ese

pellizquito que no quiero confundir con envidia pero que se le parece bastante. El deseo de ser madre está ahí, como un libro pendiente que no dejo de posponer porque no creo estar preparada para leerlo. Mi vida es siempre tan temporal que no sabría cómo manejar algo tan permanente.

Cierro el portátil y decido salir al mundo real un rato. El piso está en silencio, Marc y Jade trabajaban esta tarde; yo la tengo libre, después de servir esta mañana ochenta y cinco *macchiatos* y tropecientas *cookies*.

Desde el pasillo se cuela una voz grave, extrañamente aterciopelada. Me acerco a la habitación de Brodie y aguzo el oído.

—Hola, cariño… sí, claro que te escucho —dice con un acento escocés dulcificado hasta lo ridículo.

Me tapo la boca para no reírme. ¿Está…? ¡No puede ser!

—Cuéntame más, preciosa, aquí nadie te juzga. ¿Qué es lo que más cachonda te pone? —continúa, con un tono tan artificial que parece el doblaje de una peli mala.

La puerta está entreabierta y me asomo por la rendija; Brodie está frente al ordenador, con los auriculares puestos y el micro delante, la mirada fija en la nada.

Me aparto un poco, porque no puedo contener la carcajada. Se ve que el muy idiota ha pensado que estaba solo en casa.

Espero sentada en el salón hasta que termina y sale de su cuarto, tan pánfilo que dudo si en realidad he escuchado lo que creo haber escuchado.

—¿Se puede saber qué era eso? —le pregunto a bocajarro—. ¿Tienes una nueva faceta de casanova radiofónico y no pensabas contármelo?

Se lleva la mano a la cara y gruñe como si le hubiera clavado un cuchillo directo en el orgullo.

—No puedo contarte nada sin desvelar secretos de otras personas —me responde, serio y tieso como el palo de una escoba.

—Te escuché con Marc —confieso—. No tienes que seguir ocultándolo, sé que eres bi.

—No soy bi —niega. Toma asiento en el sillón frente al mío, lo que interpreto como un permiso para seguir indagando.

—Está lo de Marc, y sé que estás liado con Jade, que no creas que no se os nota a los dos la tontería en la cara. Y ahora estás con alguien también por teléfono. ¿Me explicas? Necesito una buena dosis de chisme, ya mismo.

—Es un trabajo. Me metió Marc, una *hotline*. Él lleva más tiempo en ese asunto y me convenció, porque me hacía falta la pasta y se paga bien. Pero viendo tu cara, estoy empezando a arrepentirme.

—Brodie, amigo, ¿qué hago contigo? Yo pensaba que eras el más soso de la casa y resulta que tienes una doble vida.

—No es una doble vida, es pagar el alquiler.

Me río, pero de repente me viene un fogonazo: Jade, sus dudas, el rechazo.

—¿Eres gay?

—Julia, no soy gay. Y tampoco bi —aclara mientras se frota la nuca, como siempre hace cuando se pone nervioso—. Lo mío es… distinto.

—¿Distinto cómo? ¿Tienes dudas con tu identidad de género?

—No… —Me mira como si estuviera confesando un crimen atroz —. Asexual. Creo. No sé. —Hace una pausa larga—. Me gusta la gente, me atraen las mujeres, supongo. Pero no… ya sabes. No existe esa parte, o no como debería.

Lo suelta de una forma tan torpe que me desarma la broma fácil. Me quedo mirándolo sin saber qué decir.

—No sé, Julia, es raro, porque estuve casado, por si no lo recuerdas. Y mi cuerpo reacciona a ciertos estímulos, ya sabes, como el de cualquiera. Pero es realmente incómodo. No siempre. A veces no me importa. No sé, deberían hacer manuales para entenderse a uno mismo. Pero vamos, que no es que no quiera nada con Jade. Es que… no sé si puedo con todo lo que conlleva una relación. Me siento torpe y decepcionante.

De repente en su voz no hay nada de cómico. Solo está él, tan inocente, con esa confesión que parece quemarle la garganta. Me acerco a él y le pongo una mano en la rodilla.

—No tienes que entenderte al cien por cien, Brodie, nadie se entiende tanto. Y no le debes explicaciones a nadie, ni has de cumplir expectativas ni nada de eso.

Él suspira y se deja caer contra el respaldo, agotado.

—Gracias, Julia. Pero no lo cuentes, ¿vale? Todavía no estoy preparado.

—Tranquilo, el secreto del casanova asexual está a salvo conmigo. Aunque… si no friegas los platos cuando te toca le contaré a Jade lo de las llamaditas.

Consigo que se ría un poco.

—Eso me da igual, lo que no quiero que sepa es que soy un bicho raro.

—No eres un bicho raro. Y si lo eres tú, lo soy yo también, que mira por dónde estamos en etiquetas similares del colectivo. Pero quizá sí deberías hablarlo con Jade, ¿no crees? ¿Qué vas a hacer si no, si la cosa avanza? ¿Fingir?

—No lo sé. —Todavía le cuelga la sonrisa en los labios, pero se va apagando y acaba encogiéndose de hombros—. Fingir no me sale bien, pero tampoco quiero perderla por ser como soy. Supongo que lo único que sé hacer es estropear las cosas antes de que empiecen.

Me da tanta pena que le pellizco el brazo con brusquedad calculada.

—Eres un dramas, Brodie, y a veces un idiota también, pero no eres el bicho raro que crees que eres. Solo debes de encontrar el equilibrio que parece que has perdido.

Él me lanza una mirada rápida, tímida pero agradecida, como si esa última frase le valiera más que los años de buscar respuestas en el fondo de una botella.

BRODIE



Oigo la puerta del piso y sé que es ella; el sonido de sus botas contra el suelo del pasillo resulta inconfundible, como si cada tacón viniera con advertencia incluida. Pero esta vez no pasa de largo hacia la cocina ni se encierra en el baño. La noto detenerse en mi puerta y, antes de que pueda decidir si me hago el dormido, la abre sin preguntar.

—Llevo toíta la tarde dándole vueltas —dice directa, como siempre—. No puedo quitármelo de la cabeza.

—¿El qué? —pregunto, aunque lo sé, porque yo estoy igual.

—Las ganas de volvé a besarte.

No me da tiempo a ponerme nervioso. Cruza la habitación con una seguridad que ya me gustaría a mí tener y me besa como si le fastidiase no poder resistirse, y yo la sigo de cabeza hacia el vacío, como si hubiera estado esperando esa señal toda mi vida.

Sin embargo, no tardo en sentir el nudo de nuevo, tan presente en mi estómago.

—¿Podríamos… ir despacio? —balbuceo, torpe, con la boca ardiendo, todavía muy cerca de sus labios—. Como a la antigua.

—¿A la antigua? —se ríe ella.

—Sí, ya sabes, lo de pedir salir y todo eso. En plan… ¿quieres salir conmigo? —Me escucho y me quiero morir, pero no retiro las palabras.

Ella se ríe aún más, pero no en modo burla o ironía, como es habitual. Su risa es cálida, sincera, casi tierna.

—Nunca nadie me lo había pedío así. Tan simple, tan… tonto —dice antes de darme un beso más suave que todos los anteriores—. Tan bonito.

Me encojo de hombros, sin saber dónde meter las manos, hasta que al final me atrevo a cogerle una.

—Pues si no tienes otro plan… —digo titubeando, intentando sonar casual—, Julia y Marc se van mañana a casa de la familia de él. Pero yo he invitado a Amparín… y a su novia. La de biodanza, ¿te acuerdas? Llevan ya un par de años juntas y están insoportablemente felices. Podrías… ¿te apetece quedarte conmigo y cenar con ellas? Entendería que me dijeras que no, porque vaya mierda de primera cita te acabo de pedir, pero… en fin, es que el año pasado me sentí extrañamente bien contigo y tu familia fingiendo que era un novio decente y todo eso, aunque luego la liara un montón. Pero creo que me gustaría sentir eso. Tenerte a mi lado. Solo que me encantaría que no fuera una mentira.

Jade sonríe y me observa parlotear sin control, divertidísima por mis nervios.

—Acepto, idiota. Me apunto a la noche con las señora de la biodanza. Además, como tenga que encargarte tú de la cena, mal vamo.

—Pero… —Necesito aclarar mi duda, aunque no sé cómo no sonar como un adolescente ridículo—. ¿Vendrías como mi novia?

Se lo piensa unos segundos y luego coloca las manos en mi nuca y me acaricia mientras me atrae hacia su boca de nuevo.

—Solo si te pones el *kilt*.

24 DE DICIEMBRE DE 2024.

JULIA

Buenos días, Romeo y Julieta 👀

MARC

Yo solo digo que ayer fui testigo de manitas bajo la mesa

BRODIE

calumnia

solo estaba comprobando que jade no hubiera perdido el pulso

responsabilidad sanitaria

MARC

Claro

Y el beso de buenas noches fue una maniobra de reanimacion

🤭

JADE

Sois unos chismosos

JULIA

¿No desmientes?

JADE

No me gusta mentir

MARC

YAAAAAAS 😎

JULIA

JAJAJA

Sabía yo que esto iba a pasar antes de que acabase el año.

MARC

A ver, que os recuerdo que llevabamos meses de tension narrativa

Esto era inevitable

BRODIE

por favor no lo llames asi

suena como si netflix me fuera a cancelar en la segunda temporada

JADE

Relájate

Si esto fuera una serie tú serías el interés romántico torpe con acento sexy

Te pondrían cachas

O siendo Netflix te interpretaría un actor negro

JULIA

Confirmo ✅

Y Jade sería la protagonista carismática que lo arrastra a todas las tramas interesantes. Pero en borde.

MARC

En resumen

Shippeo oficial desbloqueado

Necesitamos nombre de pareja YA

JULIA

BroJade suena fatal. Pero no peor que JadeBro.

¿Brode? ¿Jadie?

Ay, no sé. Todo suena a rapero malote.

JADE

Me retiro de esta conversación

BRODIE

no puedes

te tengo atrapada

literalmente

MARC

Te refieres a fisicamente?

Ahora mismo?

🤔

JADE

Solo estamos desayunando frente a su ordenador porque quería enseñarme unos vídeos de caídas tontas que le hacen mucha gracia

No os flipeis

MARC

Pregunta seria

Tenemos que ir pensando en discurso de boda?

Porque yo me ofrezco como maestro de ceremonias

JULIA

Yo quiero dar un discurso dramático.

Tengo repertorio de Neruda y también frases de Juego de Tronos para dar y regalar.

BRODIE

me niego

yo no me caso otra vez

JADE

ni yo

BRODIE

ni boda

ni discursos

ni maestros de ceremonias

JADE

Si acaso un buen menú

Vegano obviamente

BRODIE

si acaso

MARC

Ay que ya estan planificando Julia!

Estos van mas rapido que las lesbianas

JULIA

¡Habló! ¿Cuándo te mudas con Yun?

MARC

🤐

JULIA

¿Por qué no viene nunca a casa? ¿Te damos vergüenza? ¿No va a venir tampoco a la cena de Nochebuena con tus padres? A lo mejor no va tan rápido la cosa como pensábamos.

MARC

Aun no me veo capaz de explicarle el no binarismo a mi familia

Y no quiero que Yun tenga que dar explicaciones tampoco

Prefiero seguir llevandote a ti de comodin

Y si

Un poco de vergüenza si me dais

Pero es lo que hay

Porque a estas alturas como para dejar de quereros

Que pereza buscar otras amigas 🙄

JULIA

¿Entonces traerás a Yun?

MARC

Puede

Si os portais bien

No confio en el vocabulario queer del highlander

Aunque oye

Ahora tiene una novia trans

JADE

Una maravillosa novia trans

BRODIE

eso

maravillosa

lo iba a decir yo pero se ha adelantado

JULIA

😍😍😍

¡Por favor! ¡Que no se han quejado por colarles la palabra «novia»! ¡Adoro este romance!

MARC

Va

Si no la lia antes de navidad traigo a Yun el 26

BRODIE

gracias por la confianza

cabronazo

MARC

A las pruebas me remito 😅

JULIA



Marc tarda más que yo en arreglarse. Siempre lo niega, pero es verdad: veinte minutos de ducha, otros quince decidiendo si el jersey de cuello vuelto queda mejor con americana o sin, y luego la epopeya del peinado. Yo, mientras tanto, ya estoy lista, con vestido midi de flores y mis labios pintados de lila a juego con mi pelo. ¿Empalagosa? Quizá, pero antes muerta que sencilla. Mientras esté el hermano de Marc en la cena no puedo bajar la guardia, por si acaso.

—¿Qué tal? —Giro sobre mí misma en mitad del comedor, haciendo una minipasarela entre las sillas y los restos de harina que Brodie ha tirado por el suelo.

Él apenas me dirige una mirada, porque está concentrado en pelar y cortar verduras. Jade, en cambio, aplaude con las manos embadurnadas de tomate.

—¡Estás guapísima!

Brodie asiente, aunque se le escapa una carcajada.

—Las flores combinan bien con el mantel, sí.

Me río, le lanzo un cojín y sigo con el desfile.

De repente, un grito me corta la respiración. Es la voz de Brodie, pero más aguda. Se ha cortado y el caos reina a su alrededor; corro a socorrerlo y me encuentro con un dedo que chorrea sangre a borbotones. No sé si es normal tanta sangre para un dedo, pero como no actúe rápido lo perdemos.

—¡Rápido, coge el trapo! —chillo como si estuviera en medio de un quirófano—. ¡Hay que taponar la herida!

—¡Oh, no! ¡No voy a poder tocar el acordeón nunca más! ¡Me he rebanado el dedo como si fuera chóped!

—No digas eso. Y tápate la mano, anda, que me va a dar un vahído.

No para de gritar y de lamentarse mientras lo arrastro hasta la puerta buscando las llaves.

Y en medio del caos me fijo en Jade: no se ha movido ni un pelo. Sigue tan tranquila, removiendo el mejunje de su olla de bruja, como si pudiera vislumbrar en ella un futuro donde Brodie sigue moviendo sus dedos felizmente porque… Claro, Julia, claro: no se ha cortado.

Arranco de un tirón el trapo de la mano de Brodie y ahí está, todo el kétchup embadurnando la tela, y el maldito dedo, intacto.

—¡Menudo susto me has dado, idiota!

Él se echa a reír y me intenta abrazar, cosa que yo evito fácilmente dando dos pasos atrás.

—¿Pero cómo te lo has tragado, tía? —se cachondea—. Es la broma más clásica y más estúpida que hay. ¡Aaah, sangreeeeee, aaaaah, mi dedooooo!

Miro a Jade para que se indigne conmigo, pero ella sigue a lo suyo. Con una mirada le ordena a Brodie que vuelva a su puesto de pinche y él obedece. Ojalá tuviera yo esos poderes de convicción, obraría maravillas con ellos.

Entonces aparece Marc, con la chaqueta mal abrochada y con ese aire de modelo de perfume barato que luce de manera natural.

—Buenas noches, amigas —dice, dando un giro sobre sí mismo, como yo he hecho hace un rato.

Jade silba.

—Brutal. ¿Cuándo sale el anuncio en la televisión?

Brodie agarra una cuchara como si fuera un micrófono.

—Maravilloso, Marc, ¡bravo! Eso sí, como te quedes por aquí un minuto más, saldrás de casa oliendo a sofrito.

El sofrito, por cierto, está peligrosamente al borde de la catástrofe, porque Brodie lleva por lo menos veinte minutos

removiéndolo con cara de concentración extrema. Jade lo aparta con un golpe suave en la mano.

—Déjalo, anda, antes de que arda la casa entera. Ya me encargo yo.

—Estaba perfectamente controlado —se queja él.

—Claro, igual que las tostada carbonizá de esta mañana.

Me siento un segundo a observar la escena: Jade dando órdenes como una general en la cocina, Brodie obedeciendo a regañadientes, Marc pavoneándose otra vez con una chaqueta distinta y yo riendo como una cría.

Es curioso. En otras casas y en estas fechas hay abuelas preparando caldo, niños rompiendo figuritas del belén, tías discutiendo sobre política… Yo no tengo nada de eso, nunca lo he tenido. Pero en esta casa, con Jade probando la salsa directamente con el dedo, Brodie poniendo cara de pánfilo al mirarla y Marc feliz con el rostro embadurnado de purpurina, siento que esto se parece bastante. Y también siento que me toca la lotería cada vez que los veo juntos, aunque ellos no tengan ni idea y piensen que la ilusión es por el gordo que nunca nos toca.

—¿Julia? —me llama Marc, posando como si fuera un actor en una obra de Shakespeare—. ¿Tu veredicto final? ¿Esta chaqueta, sí o no?

Me seco disimuladamente los ojos y sonrío.

—Sí, pero súbete la cremallera del pantalón, por favor.

Las carcajadas estallan y mi momento sensible queda enterrado bajo una avalancha de chistes, como siempre.

Antes de irnos, Jade nos pide un minuto; se va a su habitación y vuelve con una cajita en las manos.

—Vale —dice, un poco nerviosa—. No he comprao regalos porque estoy tiesa, pero… he hecho esto.

Abre la caja. Dentro hay tres piezas distintas, brillando bajo la luz tenue del comedor.

A Marc le da una pulsera de cuero trenzado con una pieza central de cobre.

—Pa que te acuerde que no hace falta disfrazarse siempre con una armadura, como tú y yo hacemo siempre. Lo fuerte también

puede sé flexible y moldearse.

Marc se ríe bajito, pero se le nota ilusionado. Se pone la pulsera de inmediato y disimula la emoción con un gesto y un gruñido de gladiador.

Para mí, Jade saca un colgante con la forma de una libélula de alas finísimas, casi translúcidas.

—Porque eres pura ligereza, y porque siempre tiras palante aunque te cueste —me explica.

No me esperaba que me viera así. Sé que me quiere, pero esto es diferente. Me cuesta no echarme a llorar.

A Brodie le entrega un colgante con una media luna de plata, sencilla y pulida.

—No hace falta está entero pa brillá —le dice sin mirarlo demasiado.

Él se queda quieto, colgante en mano, sin saber qué contestar. Se lo ata al cuello torpemente, como si quisiera ocultar la quemazón en la garganta. Lo sé porque yo hago lo mismo con la libélula, la cual no puedo dejar de acariciar.

Jade se encoge de hombros, incómoda por la atención.

—Ya está. No es gran cosa.

Pero lo es. Lo es más que cualquier otro regalo que pueda recordar. Y ninguno de nosotros dice nada desde que nos unimos en un pegajoso abrazo grupal hasta que nos separamos para proseguir con nuestros planes, como si hablar rompiera eso sagrado que hemos creado juntos.

BRODIE



La mesa parece demasiado grande para tan pocas personas, y aun así está a punto de colapsar; Jade ha decidido que cualquier cena de Navidad tiene que convalidar un banquete palaciego como mínimo, y lo ha aplicado como una ley marcial: tres entrantes, dos platos principales, postre y bebidas artesanas sin una sola gota de alcohol. Se ha tomado muy en serio lo de sacarme del pozo. Por mi parte, yo he intentado ayudarla con la cena, pero me ha acabado echando de la cocina con un «vete a poner la mesa, que al menos eso no prende». Bueno, me ha dicho eso pero con el acento ese suyo que me vuelve loco. Y así, como para no obedecer.

Cuando suena el timbre aún sigo peleándome con las servilletas; Jade se adelanta a abrir, todavía con el delantal manchado, y ahí están Amparín y Gaia, tan alegres como siempre.

Gaia siempre es una visión llamativa: vestido largo de *patchwork*, pulseras hasta el codo y un pañuelo colorido en la cabeza, como sacado de un mercadillo de Goa. Sonríe como si entrara en casa de unos amigos de toda la vida.

—¡Feliz solsticio! —saluda, abrazándome con naturalidad antes de recibir con gusto la enorme sonrisa de Jade. Lo del solsticio se la ha ganado ya de entrada.

—Feliz solsticio a ti también —le dice de vuelta Jade con la misma alegría.

Amparín, más comedida, me da dos besos.

—Te has puesto el *kilt* —comenta, y solo ella y yo sabemos que eso significa mucho más de lo que parece.

Sabe que hace años que me siento desconectado de mi origen, de mi familia, de mi vida anterior; quizá intuya que empiezo a hacer las paces con esa parte de mí, o quizá solo le parezca que quiero estar atractivo para la nueva novia de la que no le había hablado hasta ayer.

La cuestión es que este no es el del tartán familiar, porque con ese todavía me siento un fraude: lo llevé para la boda con Rachel, entre otros momentos importantes de mi vida allí, y aún no me he reconciliado con sus colores. Para actuar suelo llevar el que he escogido para esta noche, uno estándar, rojo y negro, el típico que se encontraría en las tiendas para turistas. Cumple las expectativas y no me hace sentir un impostor.

—Es una elección muy atrevida —añade Gaia—. Prometo no preguntar si hay algo debajo, por si eres de esos escoceses a los que la broma les sienta mal.

—A Brodie nada le sienta mal, todo se lo toma a risa —le responde Amparín por mí.

Se me hace raro, pero le he pedido en un escueto mensaje sin explicaciones que use ese nombre para mí, *Brodie*. Lo ha aceptado sin rechistar, creo que ha entendido que todavía no estoy preparado para el choque completo contra mi pasado.

Comienzo a ponerme nervioso; es cierto que vuelvo a sentirme de alguna manera conectado a mis raíces conforme les voy hablando a mis compañeros más de Escocia y de la vida allí, pero la verdadera razón para llevar el *kilt* es que quiero impresionar a Jade, como la noche que vino a verme actuar. A veces, uno solo necesita la aprobación de la persona que le gusta, así de simple. Y por cómo me lleva mirando desde que me lo he puesto, parece que me aprueba un poquitín.

Nos sentamos, y desde el primer brindis el ambiente se acomoda solo; Gaia y Jade empiezan a hablar de especias —de cómo el anís estrellado está espiritualmente infravalorado— y yo me limito a rellenar vasos y servir más comida cuando veo platos vacíos.

Amparín cuenta anécdotas del grupo de biodanza con el que está obsesionada y las risas saltan solas.

—Dadme un momentito —dice Jade antes de ponerse en pie e ir al baño. Por un momento se me ocurre que va a retocarse los labios o el *eyeliner*, y la idea de que ella también quiera impresionarme me marea y me atonta.

Amparín deja unos segundos de margen y se inclina hacia adelante para decirme en voz baja:

—¡Qué chica tan maja!

—Es un encanto —añade Gaia, que ha congeniado genial con Jade.

—No la cagues —me advierte Amparín.

—No tengo intención, pero ya me conoces, siempre doy con una nueva manera de tropezar.

—Eso es verdad.

—No será para tanto… —interviene Gaia, tratando de defenderme sin saber que soy indefendible.

—Sí que lo es —insiste mi abuelastra—, pero hay que quererlo como es. No hay otra, porque no tiene hermanos, es mi único nietastro, o como narices se diga. Hace falta más vocabulario para familias alternativas.

Jade vuelve refrescada, ya sin delantal y con el pelo un poco húmedo, como si hubiera tratado de acomodárselo con agua del grifo; y sí, se ha retocado el maquillaje, lo que provoca que sonría como un tonto.

La conversación vuelve a fluir con facilidad; charlan sobre viajes, recetas veganas imposibles, de política local. Jade me lanza miradas cómplices cuando Gaia suelta alguna excentricidad, como si dijera «¿ves?, no solo es cosa mía». Yo, que suelo sentirme como un mueble en este tipo de celebraciones, no noto la incomodidad de siempre. Quizá sea porque llevo al cuello la media luna que Jade ha tallado para mí, para recordarme que no hay que estar entero para brillar, con esa frase tan ñoña que parece haber sacado de una taza de Mr. Wonderful.

Cuando, en algún momento, Amparín pregunta por Escocia y empiezo a hablar, lo hago de verdad y ellas de verdad me escuchan,

y aunque me entra la tristeza y la rabia siento que floto más ligero habiéndolo soltado; solo que la mano de Jade me ancla a la Tierra, y me descubro feliz de estar anclado, como una vez creí estarlo.

—Tenemos que ir marchando —dice Amparín cuando terminamos hasta el último pedazo de turrón—. Mañana nos toca con la familia de Gaia. Y son un poco…

—Son *fachorros*, dilo, que no hay problema —se ríe Gaia—. Yo solo los aguanto un día al año, si consigo sobrevivir a la comida navideña.

—Sí que es verdad que es todo un reto…

Ambas asienten y bromean, hasta que Gaia la mira con más profundidad y declara con alegría:

—Creo que este año les voy a decir que no eres una compañera, sino el amor de mi vida. Así, a estas alturas, sí. A ver qué cara ponen, que se enteren de una vez.

La despedida es cálida, con besos y promesas de repetir. Cuando cierro la puerta, Jade se queda un momento en silencio, apoyada en la pared.

—Ha sío geniá —dice.

—Sí, tengo que reconocerlo.

Sonríe, cansada pero contenta, y parece que se lo piensa bien antes de pedirme:

—Mañana… ven conmigo a casa de mis padre, ¿vale?

Me pilla desprevenido, porque Jade rara vez abre esa puerta. Una cosa es que vengan ellos, pero que quiera llevarme allí, a su territorio, a mí… Asiento, torpe.

—Claro.

Mientras recogemos la mesa, siento que esa invitación pesa más que todos los brindis de esta noche juntos.

JULIA



Llegamos tambaleándonos, con el frío de diciembre todavía pegado en la cara y el eco de las risas vibrando en los huesos. La cena en casa de los padres de Marc ha sido interminable: canapés, cava, discursos con subtítulos y más cava; al final nos hemos escabullido a duras penas, ambos más achispados de lo recomendable.

—Sshhh —me riñe Marc al meter la llave en la cerradura—. Tenemos que entrar como Jade, en modo *ninja*.

—Tú no serías un buen *ninja* ni aunque te entrenasen diez años en Japón.

Me apoyo contra la pared cuando llegamos dentro, donde casi me voy al suelo del mareíto que llevo. Marc me agarra del brazo y, de repente, está demasiado cerca. Y me mira raro.

—¿Qué pasa? —pregunto, divertida—. Tengo un moco, ¿verdad? ¿Lo he tenido todo el rato?

—Nada —responde, pero se le escapa la sonrisilla torcida de ligón que ya le conozco de otras ocasiones—. Estás fatal, y yo también, y probablemente esto sea una idea horrible, pero te voy a coger en brazos para llevarte a la habitación.

—Marc, peso un montón —me río—. Mucho más que tú, idiota, no vas a aguantar ni dos pasos.

—Para algo me tiene que servir el gimnasio… —protesta.

—¿Ese que pagaste en enero de 2022 y que no has vuelto a pisar?

Se parte de risa en silencio; no sé cómo lo hace, a mí no me sale, se me escapa el aire por la nariz.

Intenta agarrarme por las piernas para echarme sobre su hombro, pero le sale fatal y nos acabamos cayendo al suelo. Y, de repente, entre carcajadas a media voz, me confiesa:

—Yun y yo tenemos una relación abierta, no creemos en la exclusividad.

Lo dice muy serio, como si hace unos segundos no estuviera muerto de risa por la caída.

—Vale. No sé muy bien a qué viene esa confesión, pero gracias por confiar en mí. Me parece genial que apostéis por una relación así, si estáis en la misma línea.

Me vuelve a dar la risa por la situación. Cuando intento levantarme, Marc se adelanta y me da la mano; nos volvemos a quedar demasiado cerca y noto que me recorre con la mirada.

—La confesión es porque no me gusta tener secretos contigo y… bueno…, un poco también porque me pasa una cosa, pero es difícil admitirlo porque son muchos años llevando una etiqueta muy clara.

Me quedo mirándolo un segundo; parece preocupado y, a la vez, no.

—Dime, anda. No puede ser tan malo.

—Pues es que… —Me retira un mechón de pelo de la frente y me mira a los ojos. Luego me atrae hacia su cuerpo con un gesto de galán de película y, muy cerca de mis labios, susurra—. A veces, por muy maricón que uno sea, le pueden entrar ganas de comerse un coño, ¿no?

Aguanto todo lo que puedo, pero al final le escupo al explotar en una carcajada. Me duele la barriga, me lloran los ojos y él me mira con una mezcla de rabia y frustración que le queda muy graciosa. Debe resultarle muy inusual que se le rían en la cara tras una frase así.

—¡Marc! Es la declaración más ridícula que he escuchado en mi vida.

—Bueno, lo siento por no ser Bécquer —se defiende.

—No te disculpes, es genial. Me gustas más sin filtro.

Y en ese momento me lanzo a sus labios. La tensión se rompe y nos dejamos llevar, torpes y divertidos, sin solemnidades ni segundas intenciones. Sus manos son cálidas, mi risa no se apaga y la sensación es más de fiesta que de romance, lo cual me parece ideal.

En algún momento, ya en mi habitación, sin recordar si ha cerrado la puerta él o lo he hecho yo, me mira con confianza.

—Esto no va a ir a más, ¿verdad?

—Ni de coña. Tú estás pilladísimo por Yun y yo… bueno, yo no juego a largo plazo, ya lo sabes.

—Perfecto.

Nos echamos a reír otra vez, como si hubiéramos hecho una travesura adolescente, con las mejillas acaloradas y la complicidad intacta.

—Ponme la voz esa que le pones a tus clientes, que me vuelve loca.

—Cabrona —murmura antes de morderme el cuello.

—Oye, eso que has dicho de que te apetecía comerte un…

BRODIE



Las risas de Julia y Marc se cuelan por debajo de la puerta. Jade me mira desde la cama; hace un rato que busca en mi portátil una película que ver juntos, y yo la espero mientras contemplo los detalles esotéricos que decoran las paredes de su habitación.

—Vale, voy a subí el volumen al tope —dice—, no quiero escuchá lo que quiera que ocurra detrá de esa puerta esta noche.

—Se me hace raro no ser uno de los borrachos que se tambalean por la casa —bromeo yo sin poder manejar mis nervios.

Jade no parece escucharme. Pasados unos segundos levanta la vista de la pantalla y la centra en mí.

—¿Te va a quedá ahí? ¿Te doy miedo o qué?

Sí, definitivamente me da miedo. Ya no sé cómo esquivar lo que viene. Nos hemos besuqueado de todas las maneras posibles y nos hemos abrazado en plan cursi unas mil veces en las últimas horas. No quedan más pasos previos.

—Un poco de miedo sí das —le confieso—. ¿Cuánto de esto de la magia oscura es habilidad y cuánto es postureo?

—Brodie, soy hija de una tarotista gitana, eso no se pregunta.

—¿Entonces el jabón esotérico ese del baño que pone Gitana es real? ¿De verdad quita las malas vibraciones? Porque entonces le voy a pedir veinte pastillas a tu madre, que he visto que las traes cuando quedas con ella.

—No te vendría mal, la verdá. ¿Quieres que preparemo una limpieza espirituá? —pregunta mientras cierra el portátil, dando por fallida la búsqueda—. O puedo intentar quitarte las pena a besos.

Me siento en el borde de la cama y ella se arrima a mí de manera instantánea, con ese movimiento suyo tan felino, sin miedo a la cercanía; puedo sentir el calor de su piel, el olor floral de su pelo, las chispas flotando entre nosotros… y me pongo rígido, algo que nota enseguida, como si de verdad le funcionasen esos poderes suyos.

—Brodie, ¿te incomodo?

—No… bueno, sí. Pero no tú. La situación.

—¿Quiere intentá explicarte mejó?

Me paso la mano por la nuca, buscando las palabras. Siempre es lo mismo: no sé cómo decirlo sin sonar raro o… defectuoso.

—No es que me moleste que me toques. Me gusta que me toques, y tocarte, claro. Me gusta mucho tu piel. Y besarte, me encanta besarte, te besaría todo el tiempo. Pero… —Respiro hondo —. Es que de normal, el sexo, la idea en sí, me atrae entre cero y nada en absoluto.

Jade se queda mirándome, sin interrumpirme, aunque se nota que quiere hacerlo.

—Bueno, no es tan simple —añado rápido—. No es que lo odie, es… es como un idioma extranjero. Lo he aprendido, sé cómo se habla e incluso puedo entenderlo, pero cuando tengo que hablarlo en voz alta me siento ridículo porque no es mi idioma. Es como repetir frases memorizadas sin entender del todo lo que digo. ¿Me sigues? Es como si me fuera ajeno.

Ella asiente, lentamente, con los ojos fijos en mí.

—Ajeno.

—Sí, ajeno. No desagradable necesariamente, pero nunca del todo mío.

Hay un silencio pesado, aunque no incómodo; Jade lo llena acariciándome la mano con los dedos, despacio, como quien comprueba la textura de algo delicado.

—Entonce, ¿conmigo tampoco quiere? —pregunta sin rodeos.

Trago saliva. Me arde la cara.

—No se trata de querer. No es una preferencia, es como soy. No funciono así, no de la manera que funcionan los demás. A mí lo que me gusta eres tú, no la idea del sexo en sí. Pero si para ti es importante, quiero hacerlo bien, quiero que tú te sientas bien. Quiero hacerte sentir bien —corrijo—. Y aunque yo no lo disfrute exactamente, que lo disfrutes tú.

Jade sonríe. No hay ni pizca de burla en sus ojos, solo ternura y algo de picardía.

—Entiendo, gracia por explicármelo. Pa mí es diferente, es mi idioma, supongo. Y a veces lo he sentío como algo ajeno también, pero por otros motivo. La mayoría de gente se obsesiona con su propio placé, no con el de quien tiene delante. Hay algo mu bonito y único en que tú lo desees pa mí, independientemente de que tú no lo sientas así.

—No sé si es bonito, solo sé que contigo, a veces, siento que puede funcionar, aunque sea de un modo diferente.

—¿Por qué conmigo?

—No lo sé. Quizá me esté enamorando un poquitito, ¿sabes?

Mis palabras la dejan paralizada. Me he pasado. ¿Cómo le digo eso si nos hemos pasado un año prácticamente en guerra y solo hace unas horas que nos volvimos a besar?

Cuando retoma el movimiento, lo hace de manera lenta, cuidadosa; me empuja suavemente contra las almohadas y se inclina sobre mí. No me fuerza, no se precipita, me da tiempo a decidir. Y yo decido.

El beso es lento, distinto. No existe esa prisa torpe de otras veces, sino una calma que me sorprende; sus manos recorren mi cuello, mi pecho, y aunque mi cuerpo no responde con la urgencia con la que se supone que debería responder, no me siento mal. Me siento… presente.

—Tú dime si en algún momento quieres pará —me susurra con dulzura.

—Te lo diré.

—Dímelo, de verdá. Pa mí lo que tú quiera hacé será suficiente.

«Suficiente», algo que no he sido desde lo de mi matrimonio fallido y que junto a ella comienzo a creer posible.

Lo que pasa después no es como en las películas; no es perfecto, ni salvaje, ni explosivo. Es torpe, a ratos gracioso, a ratos intenso, y hay cierta distancia que no consigo salvar con mi propio cuerpo, como si el guion no terminara de encajar con las imágenes. Pero cuando Jade me enseña el ritmo que le gusta y me muestra con gemidos cómo acertar, cuando arquea la espalda y me aprieta la mano con fuerza, todo eso desaparece en un instante, porque ahí sí entiendo su idioma: en su placer, en su risa entrecortada, en la manera en la que me besa como si estuviera agradecida.

—A lo mejó yo también me estoy enamorando un poquitito —confiesa contra mi boca antes de abrazarme con toda su desnudez.

Y esa desnudez ahora no se me antoja intimidante sino íntima, una muestra de confianza que no sé si merezco pero que me hace sentir algo que no había sentido nunca antes en una situación así: comodidad.

25 DE DICIEMBRE DE 2024.



JULIA

Abro un ojo, luego el otro, y me topo con Marc medio enredado en las sábanas, roncando suave como un bebé resfriado; la primera reacción es reírme en silencio, porque lo de anoche todavía me da vueltas en la cabeza. No me arrepiento ni un poquito, pero sí me parece surrealista.

Le doy un codazo flojito.

—Eh, fenómeno.

Se mueve, gruñe, se tapa la cara con la almohada. La aparta para mirarme y luego levanta la sábana para encontrarse su propio cuerpo desnudo.

—Dime que no.

—Oh, sí, definitivamente sí. Y bastante bien, por cierto.

No hay incomodidad, ni vergüenza, ni drama, solo esa sensación de haber compartido un secreto absurdo que en realidad no cambia nada; me estiro en la cama, sintiéndome ligera, y cuando termino de desperezarme, me vuelvo hacia él para que pueda entenderme sin los audífonos, que a saber dónde están.

—Tranquilo, que no me he enamorado de ti. Quizá de tu lengua, un poquito, pero no de ti.

—Menos mal —responde con alivio—, porque yo sigo enamoradísimo de Yun. Siento si anoche te llamé por su nombre.

—Nada que disculpar, fue guay. Como un juego de roles.

Nos quedamos callados un segundo, pero enseguida rompemos a reír como idiotas. Me encanta la idea de poder ser así de libres y caóticos juntos.

Nos levantamos casi al mismo tiempo, como si lo hubiéramos ensayado; él me arroja una bata encima y yo le lanzo otra. Salimos al comedor vestidos a juego, un cuadro digno de comedia barata; Brodie y Jade están en la mesa, disfrutando de un café y unas tostadas. Nos miran con una sonrisa en los ojos.

—No vamos a responder preguntas —digo yo levantando las manos.

Marc pone cara de póker, como si hubiera algo que disimular.

—Nosotro tampoco —replica Jade, imitando mi gesto.

Nos sentamos los cuatro y el desayuno se convierte en un festival de comentarios absurdos. Marc intenta defenderse de Jade, que no para de pincharle, y yo me río tanto que casi se me cae la tostada. Por el lado de la mantequilla, claro. Brodie está más callado que de costumbre, pero cada vez que mira a Jade ella le acomoda la mano en el brazo o en el muslo y se le nota una calma rara, una ternura rara en él; o al menos hasta que decoro el café con leche de Marc como si estuviera en el trabajo y él saca el móvil para capturar una foto perfecta pero Brodie le mete el dedo en la espuma para cargarse el dibujo. Adiós al Brodie inocentón de estos días.

Entre risas y migas de pan caigo en la cuenta de que ninguno de nosotros está siguiendo el guion esperado; no somos parejas de postal ni vivimos las dinámicas que supuestamente «nos tocan» a nuestra edad. Cada uno tenemos nuestras rarezas y nuestras maneras de querer, de sentir, de ser, de tener sexo o de no tenerlo… y aun así aquí, alrededor de esta mesa, encajamos, como si hubiéramos hallado por fin un equilibrio que no precisa explicación.

Es casi mágico.

BRODIE



Jade recoge las tazas del desayuno, tarareando bajito, y yo me quedo sentado frente al móvil apagado. Sé que no puedo posponerlo más.

—Tengo que llamar a casa —murmuro, como si fuera una condena—, y me apetece más bien poco ver a Rachel o al crío que podría haber sido mío pero no lo fue porque resultó ser de otro.

Ella me mira por encima del hombro.

—¿Quieres que me quede por aquí? —pregunta—. No tengo que salí en la pantalla, pero si quieres me quedo, como apoyo morá o lo que sea.

Dudo un segundo, pero después niego con la cabeza.

—¿Es raro si te pido que salgas? Sé que lo nuestro es muy reciente y que…

—Claro, rubio. Lo que tú necesite.

Siento que se me hincha el pecho de algo que no consigo identificar, y no sé por qué, pero noto que es bueno, cálido, y que tiene que ver con esa determinación que Jade muestra ante lo importante. No ha dudado ni un segundo. Es increíble.

—No pienso esconderte —le digo, con la voz más seria que soy capaz de emitir. Quiero darle la misma confianza que ella me da a mí.

Sonríe, y vuelvo a notar eso en el pecho.

—¿Estás seguro? No sé a cuánta gente como yo habrán visto por las Highlands.

—A nadie, eso ya te lo aseguro yo. Allí la gente es muy rubia y muy lechosa, con rasgos aburridos y chaquetas de plasticucho, un rollo. Tú molas mucho más.

Jade se sienta a mi lado, muy cerca; me da un beso largo y lento antes de arrebatarme el teléfono y colocarlo en un ángulo que nos favorezca, sobre todo a ella, todo sea dicho. Yo tengo cara como de pepino por abajo.

Aparece primero mi madre, con ese gesto contenido que siempre me cuesta leer. Al instante, Vicent se asoma también, sonriente como si el mundo fuera siempre amable.

—*Bon Nadal!* —exclama él con la voz cargada de alegría.

—*Merry Christmas* —respondo yo, y mi garganta se aprieta un poco—. *Mum*, Vicent… Quiero presentaros a Jade.

Soy un maldito desastre, no les he preguntado ni cómo están; Jade me mira anonadada por lo brusco de la situación, pero sin embargo no tarda en inclinarse ligeramente hacia la cámara, segura de sí misma, sin soltarme la mano bajo la mesa.

—Encantada —dice mi madre, enseñando un poco la sonrisa que siempre oculta. Estudia a Jade con esos ojos grises que parecen ver demasiado.

Vicent suelta una carcajada.

—¡Esto sí que es un regalo de Navidad! ¡Mucho gusto, Jade!

—Igualmente, es un placé conocero —responde ella, educada.

—Nos pilláis preparando la comida. Estoy haciendo *fetgets amb ceba*, que ya sabes que a tu madre le pirran. —Veo la expresión de Jade por la pantalla; no consigue disimular la arcada al ver los higaditos encebollados en el bol que Vicent le muestra—. Ojalá pudiera mandaros un poco, aunque siempre os los puede hacer mi madre. O aprender tú a cocinar, hijo, que ya toca.

—Ya lo hace —interviene Jade—. O, al meno, lo intenta. Es mi pinche, soy una magnífica chef. —Justo cuando parece que Vicent va a responder con una propuesta de compartir recetas, ella añade, a mala leche—: Vegana.

Vicent saca el bol del plano que abarca la cámara y mi madre se muerde los labios, como si no quisiera reírse de él y, a la vez, escondiera algo de decepción.

Mi familia siempre ha sido muy carnívora; además, viven en un pueblo pesquero en el que la base de la dieta de sus habitantes es el pescado y el marisco fresco. El veganismo todavía no ha llegado a Ullapool, más allá de dos o tres platos insulsos en los restaurantes para turistas.

La conversación continúa a trompicones; Jade responde con chispa, pero Vicent mete alguna que otra broma incómoda y mi madre está más callada que nunca. Como en las últimas ocasiones, empiezo a pensar que ha sido una idea horrible llamar a casa.

Y entonces se oye el grito de fondo:

—*Iaio, iaio, iaio!*

Una cabecita rubia se cuela en la imagen; el crío ha saltado sobre el regazo de Vicent, recién levantado en la mañana de Navidad, con una ilusión desbordante.

—¿Puedo abrir los regalos? —pregunta en un español perfecto que me deja boquiabierto.

—Pregúntale a tu abuela —le dice Vicent.

El pequeño mira a la abuela —a mi madre— y ella asiente con cariño.

Me quedo rígido, incapaz de tragar saliva. El silencio arde. Entonces Jade apoya una mano en mi rodilla, firme, anclándome al presente; me mira y me sonríe con calidez, tan calmada como siempre.

—¡Vaya pulmones! —me escucho bromear.

Vicent sonríe, agradecido por la broma.

—Ya ves, tengo su vocecilla clavada en los tímpanos. Pero bueno, es parte del encanto de ser *iaio*.

—¿Cómo se llama? —pregunto, no sé si por educación o por curiosidad.

—Brodie —responde mi madre.

Exploto en una carcajada que rompe la seriedad del momento y que contagia a Jade, aunque ella no entienda nada. Me mira extrañada y casi puedo ver los signos de interrogación en sus ojos,

pero antes de que pueda hacerle un gesto de «luego te explico», suelta:

—¿Le ha puesto tu nombre, la mu cabrona?

—Eeeh…

—¿Cómo que tu nombre? —pregunta mi madre de fondo.

—Se lo puso por el perro que tuvieron —le explica Vicent a Jade, con toda la inocencia del mundo—. Era un buen perro, un *border collie* apuesto y cariñoso.

Mi madre pide atención con un gesto para que nos callemos todos.

—¿Estás usando un nombre falso? —me pregunta directamente —. ¿Es que te avergüenzas del tuyo?

Me da miedo responder que sí, así que desvío la atención.

—Yo también quería mantener vivo el recuerdo del perro. ¿Cómo iba a saber que Rachel haría lo mismo con el niño?

—Normal, es que era un perro tan *bonico*… —comenta Vicent, que no entiende la tensión.

—Bueno, nos tenemos que marchar —anuncio para terminar de una vez con esto—. Hemos quedado a comer con la familia de Jade y debo dar la talla. Que terminéis bien el año, ya llamaré en enero. *Cheerio!*

No les dejo despedirse, cuelgo bruscamente y me quedo observando el móvil en silencio.

—¿Tú como coño te llama?

—Ruairidh.

—¿Cómo carajo se escribe eso?

—R-u-a-i-r-i-d-h.

—¿Ruaqué?

—Ruairidh.

—¿Ruri?

—¿Ves? Es más fácil Brodie. Por eso me lo cambié al venirme a Valencia.

Jade niega con la cabeza, resignada, como si no me encontrara remedio.

—¿Con cuál te sientes más tú? —pregunta, algo más seria.

—Es difícil. Brodie no es mi nombre, pero es como me conocéis aquí, es como si ya fuera mío. Ruairidh es demasiado complejo, la gente pregunta mucho cuando lo digo, y lo escriben mal en todas partes. Me hace sentir más especial de lo que soy.

—Yo no estoy de acuerdo con eso —me dice con cariño—, pero vamo, que no soy yo quién pa hablá de estas cosa, que yo también uso un nombre escogío.

—Pues eso, hay días en los que Ruairidh se siente como un necrónimo. Y hay días que es al revés.

—Bueno, tú dale un par de vuelta y dime cómo quiere que te llame yo.

—Me puedes llamar «guapetón», o «tío bueno» si quieres. O algo más tipo «corazón». Nunca nadie me ha llamado cosas bonitas. Rachel era seca como ella sola, igual porque había otros a los que ya llamaba así.

—Vale, corazón —prueba Jade—. No, no me acaba. Lo siento.

—Es verdad, suena raro. Ya encontraremos algo. ¿Gordi? No, tampoco.

Busca su móvil en el bolsillo y teclea algo que no veo, no solo porque voltea la pantalla sino porque tampoco soy yo un cotilla.

—Vale, lo tengo: *a gràidh*.

Me cuesta no emocionarme, así que bromeo, que se me da mejor:

—No se pronuncia así, pero te lo voy a aceptar por la ilusión con la que lo has buscado y lo has intentado, y porque creo que es lo más bonito que has pronunciado en tu vida, aunque te falten letras y sonidos guturales que tu garganta no está preparada para hacer sin un poco más de práctica. Es lo que tiene el gaélico, que solo es apto para vikingos rudos.

—*A gràidh*, *a gràidh*, *a gràidh* —sigue esforzándose ella sin éxito.

La detengo y la miro a los ojos antes de atreverme a hacer lo más romántico que he hecho en mucho tiempo.

—*A gràidh* —pronuncio, como siempre he querido pronunciarlo para alguien, con la certeza de que ella realmente lo es.

BRODIE

socorro

me han intentado asesinar a base de canelones

me he tenido que esconder en una habitacion vacia y decir que necesitaba una siesta

JULIA

😂😂😂 ¿Qué ha pasado?

JADE

Que le han servido tres platos

Primero mi abuela luego mi tía y al final mi madre

Y claro el guiri no sabe decir que no

BRODIE

como iba a negarme? me sonreian todos a la vez

habia como quince personas mirandome

he sentido que si no me lo comia todo me desheredaban de una herencia que no era mia

MARC

Yo tambien lo pase regular en mi primera comida gitana con Jade

Demasiada comida y demasiadas señoras que quieren que te la comas

Julia y yo estamos ya tirados en el sofa

Ha venido mi hermano pero ya lo he echado para no acabar de sujetavelas

JULIA

También podríamos encontrar otra solución… 🍆🍆

MARC

Tia

Que es mi hermano

JULIA

Perdón, es el ponche ese raro que has hecho, que tiene que ser afrodisíaco o algo. Vaya tela con la canela. ¡Ostras, que rima!

MARC

Oye, ¿que tal ha ido con los suegros?

JADE

Bien, la verdad

Mi madre lo adora y mi padre dice que al menos no es un payo soso

BRODIE

eso es un cumplido?

JADE

En su escala sí

Para él todos los payos sois unos siesos

MARC

Imagino que ha sido como cuando yo fui pero con menos purpurina y cayendoles mejor

BRODIE

no se como sobreviviste a los primos de seis anos que te dejan seco a base de preguntas malintencionadas

JULIA

😂 Qué maravilla.

Pero venga, contad lo jugoso.

De este grupo solo se hace uso para cosas importantes de la casa o para el chisme.

JADE

Pues na

Que ha salido el temita de las narices 😕

MARC

👀

JADE

Los críos

Que pa cuándo los niños

Que si ya estáis en edad

Que si no os dais prisa se os va a pasar el arroz

Lo de siempre

JULIA

Ay.

JADE

He dicho un claro y directo NUNCA

BRODIE

y al mismo tiempo yo he dicho que me encantaria ser padre de un equipo de rugby entero

lo he dicho muy convencido

lo siento

MARC

🔥 DRAMA TIME 🔥

JULIA

Marc, calla.

BRODIE

es que es verdad

no queria mentir

se que tu no lo quieres ni en pintura jade

y lo respeto

pero yo no quiero renunciar a ser padre

JADE

Lo entiendo

Pero yo no quiero que mi vida gire entorno a eso

Y menos que me lo impongan en una sobremesa familiar después de recibir ochocientosmil comentarios sobre lo poco femenina que soy para haberme vuelto mujer 🙄

Por cierto ya podrías volver de la habitación que sigo aquí sola ante el peligro y con miedo a que me sirvan otra ración de pastel

BRODIE

soy un cobarde

y mi estomago no soportaria otra racion de nada en absoluto

ademas no quiero seguir haciendote dano diciendo cosas fuera de lugar

asi que mejor me callo y me escondo

JADE

No me has hecho daño

Es solo que es difícil lidiar con que quieran imponerme cosas sin conocerme de verdad ni intentarlo solo porque crean que eso es lo que toca por ser mujer

Pero no quiero que te sientas mal por querer algo tan bonito

BRODIE

ya

es solo que cuando lo he dicho lo he dicho de corazon

creo que de verdad me haria muy feliz

me haria sentir completo de una vez

es como si me faltara un brazo

o un pie

imaginate andar por la vida sin pie

JULIA

💔

Siento que sobro y, a la vez, os agradezco que habléis abiertamente de ello con Marc y conmigo aquí.

MARC

Julia te estas poniendo intensa

JULIA

Ay, es que os juro que imagino a los dos con un bebé y me parece la familia más tierna del mundo.

JADE

Pues bórralo de tu imaginación porque conmigo no va a ocurrir

BRODIE

eso ya ha quedado claro

MARC

Uf vale

Este grupo acaba de pasar de chisme a drama en cero coma

JULIA

No, en realidad estáis siendo muy honestos, y eso es precioso.

JADE

Honesto sí pero ligero no ha sido

En fin al menos después del plato principal se han puesto a cantar villancicos que es mas llevadero

BRODIE

he tocado la pandereta con un sobrino de tres anos

que lo sepais

MARC

Esa imagen me alimentara el alma el resto del invierno

JULIA

Un highlander tocando la pandereta en una Navidad gitana.

Necesito un fanart.

JADE

No os hagáis ilusiones

Quizá no lo traiga más

O no venga yo

BRODIE

y si salgo ahora y me siento contigo a aguantar el final estoicamente?

JADE

Entonces igual sí

26 DE DICIEMBRE DE 2024.



JULIA

Yun llega puntual, con una bandeja de galletas envueltas en papel transparente y un lazo ridículamente bonito, como si fuera un regalo de Navidad tardío. Jade le recibe en la puerta con un beso en la mejilla, y yo pienso que nunca la había visto tan suave, casi dulce, como en ese instante.

Alucino cuando Yun me mira con ojos divertidos al darse cuenta de que su pelo y el mío juntos podrían formar la cabellera de un unicornio.

Marc está de los nervios, lo noto en la forma en la que le brilla la frente y se pasa la mano por el pelo recogido una y otra vez; Brodie, en cambio, se pone superrecto y balbucea al saludar.

—Encantado de… de conocerte —dice, y se detiene un segundo demasiado largo, como si revisara las palabras que ha dicho para ver si la ha liado ya—. De conocerte, a ti, eh. Sí. A ti. Elle.

Jade suelta una carcajada que relaja la tensión y Yun sonríe con agradecimiento, como si ese pequeño esfuerzo resultara más valioso que cualquier frase perfecta o como si no tuviera claro si lo de Brodie es diversidad funcional o que el sobresfuerzo le ha frito el cerebro. Marc le roza la espalda con los dedos, orgulloso.

—A mí también me ilusiona conoceros por fin —dice Yun—. Marc no para de hablar de vosotras. Gracias por invitarme, espero encajar en este hogar que habéis formado juntas.

Nos sentamos a la mesa, donde Jade ha servido un buen arsenal de chocolate caliente, restos de panetone de días anteriores y fruta cortada en daditos para compensar. Las galletas de Yun acaban expuestas en el centro de la mesa; son de sésamo y miel, y al primer mordisco, Brodie frunce el ceño como si no supiera si le gustan o no.

—No están mal… —dice con seriedad escocesa—. Aunque pican un poco.

—¡Pican, dice! —salta Jade, echándose a reír—. Si eso es miel, idiota.

—Soy de gustos sencillos, ¿vale? —replica él, encogiéndose de hombros—. Pan, mantequilla, avena…

—Qué básico eres, Brodie —le digo yo—. Si por ti fuera, solo comeríamos *porridge*.

—¡Calla! ¡No se lo recuerdes! —me regaña Marc.

—¡Pero si os encanta! Nunca os dura más de un par de minutos.

No se da cuenta de que esos dos minutos siempre coinciden con cuando se gira, va al baño o se pone a rascar la olla en cuyo fondo se pega la avena igual que se pega a nuestros esófagos. Dos minutos que son, justito justito, lo que se tarda en volcar el bol en la basura.

—Tienes razón, cariño, lo haces riquísimo —le dice Jade, dándole un beso en la sien—. Nos encanta.

—Uy, algo va mal. Me has llamado cariño de manera no irónica.

—No digas tonterías, si hasta he aprendío a llamarte *a gràidh*.

—Pero solo porque así no te entiende nadie —refunfuña él.

—¡Cuidado, fan de *Outlander* por aquí! —avisa Yun.

Brodie lanza una mueca de asco al techo y yo, lo contrario: engancho a Yun para *fangirlear* y apartar a los demás de una conversación que les queda demasiado grande. Me sorprende que sea la única persona que conozco que va al día con la saga. Me refiero a los libros, claro, no la serie. Nos ponemos a rajar sobre el

cruel final del noveno libro y descubrimos que compartimos personaje favorito: lord John. Obvio.

—Vale, ya podéis volver a la conversación —informo a los demás cuando me siento satisfecha—. Ha sido maravilloso. Amistad instantánea. ¿Quieres mudarte al piso?

De repente se hace el silencio en el comedor. Marc y Yun se miran de una manera sospechosa, y lo sé antes de que Marc lo anuncie:

—Me voy a mudar al apartamento de Yun.

Brodie se atraganta con la galleta y Jade le propina un manotazo en la espalda que casi lo saca del asiento.

—¿Perdona? —pregunto yo, con la voz algo más alta de lo que me gustaría—. ¿Así? ¿Sin avisar con antelación?

Marc levanta las manos y nos enseña las palmas vacías.

—No me matéis. No es inesperado. Bueno, un poco sí, pero llevamos un tiempo hablándolo.

—¿Por qué tol mundo está obsesionao con cosas tan serias? —pregunta Jade, relacionándolo con sus propias vivencias de los últimos días. A mí también se me revuelve algo dentro—. Hijos, mudanzas de adultos…

Yun suelta una risita.

—No le estoy obligando —aclara, por si acaso—, ha sido cosa suya. He sido yo quien le ha pedido esperar un poco más; si por él fuera, se habría mudado en la primera semana de relación. Pero quizá le haya costado decíroslo, y puedo entender por qué. A mí también me resultaría muy difícil irme de un piso con tanta historia compartida.

—Eso, lo que ha dicho Yun —confirma Marc sin atreverse a repetir las palabras, por si se vuelven demasiado emocionales.

Yo vuelvo a masticar el trozo de panettone que había dejado en *standby* y que ahora está encharcado de saliva.

—Vale, pero… ¿y el piso? ¿Y nosotras? —digo, y me sale más vulnerable de lo que esperaba.

Brodie carraspea incómodo, como si quisiera pasar desapercibido entre las galletas pero no pudiera callarse.

—Antes también erais tres —dice—. Y funcionaba, supongo.

—Éramo cuatro —aclara Jade—. Estaba el grafitero, pero la verdad es que no encajaba ni a la fuerza. Estaba mu colgao.

Su broma aligera el ambiente.

—No pasa nada, mujer —me dice Marc—. La vida sigue, los pisos cambian, la gente se muda, vuelve, se va otra vez… Mira a este escocés, que llegó con una mochila medio vacía y un acordeón, y aquí está, sobreviviendo a base de chistes malos y café. De hecho, ¿lo habéis visto probar una sola gota de alcohol en las últimas setenta y dos horas? Todo va avanzando.

—Gracias por el halago… creo —murmura Brodie.

Marc se inclina hacia mí, con esa cara de niño que teme que le riñan.

—No es que me quiera ir de vuestra vida, es solo que me siento bien con Yun. Me siento en casa cuando estoy en la suya. Igual que aquí, pero con intimidad.

—Eso lo entiendo —respondo, y me sorprendo a mí misma por entenderlo de verdad—, es solo que me da miedo que todo cambie demasiado rápido.

Yun me mira con una calma que parece tener en reserva para todo el mundo y, de repente, entiendo que la conversación no es entre cinco, sino entre dos: Marc y yo. A buenas horas entiendo que él es mi alma gemela. No en plan romántico, claro, es como el alma gemela de la amistad.

—No tienes que preocuparte —me dice Yun—. No quiero que sientas que te quito a tu mejor amigo, va a seguir estando ahí. Y si me dejáis, yo también puedo ser parte.

—Ya lo eres —dice Brodie, muy serio—. ¿No lo has notado al entrar? Ha sonado el clic en cuanto te hemos visto. Conmigo les costó más.

—Eso es verdad —confirma Marc.

Se nos queda un silencio raro, de esos que no duelen pero que pesan un poco, hasta que Jade lo rompe:

—Bueno, po ya está. Una silla libre en la mesa. Mejó, así no tengo que cociná tanto.

—¡Tía! —protesta Marc, pero se ríe al mismo tiempo.

Brindamos con las tazas manchadas de chocolate, y aunque trato de que el gesto sea festivo, siento un cosquilleo en el estómago.

Es como si estuviéramos cerrando un capítulo sin querer.

Me pregunto si debería empezar a pensar en mi propio futuro; en mudarme yo también, tal vez. En buscar un lugar solo para mí, o quizá no tan solo. Pero luego miro a Jade, con sus cosas de bruja y su lengua afilada preparada para cualquier ocasión, y miro a Brodie, con bigote de cacao en la cara y esa expresión de buen perrete, y pienso que no, que todavía no es el momento.

Nos queda mucho por vivir en esta casa de locos.

BRODIE



No sé en qué momento me ha parecido buena idea vestirme con camisa clara para una merienda de chocolate y dulces que se desmigajan con facilidad. O sea, ¿quién me creo, un invitado al *afternoon tea* en *Downton Abbey*? Me excuso un momento y me escapo a la habitación a ponerme un jersey de lana que no pique y unos pantalones cómodos.

Cuando vuelvo la tropa al completo está en el sofá, pasando canales como si su vida dependiera de encontrar la emisión perfecta para terminar la Navidad; me hago un hueco junto a Jade y de alguna manera acabamos enroscados, como una pareja empalagosa. A mi derecha están Marc y Yun, en una posición muy parecida. Me doy cuenta de que Julia se ha quedado sola en la esquina, como una figurita de belén huérfana. Jade y yo nos colocamos para abrirle espacio y ella sonríe agradecida antes de encajarse en nuestro lado del sofá. Queda tan natural que parece que lo hemos ensayado.

Entonces el mando se detiene. El logo de *Britain's Got Talent* brilla en la pantalla. Trago saliva. Oh, no.

—¿No queréis ver una peli Hallmark de esas? —propongo, porque hasta una película con nieve falsa y actores con los dientes demasiado blancos es mejor que la tortura del BGT.

—No. —Cuatro voces al unísono.

—Pero…

—¡Shhh! —me corta Marc.

Y en ese momento aparezco. No en plan místico, sino en la pantalla; más joven, con más pelo, sin gafas y una camiseta de tramoyista que jamás debí ponerme, abrazando un acordeón rojo como si fuera mi primogénito.

—No. No, no, no. —Me intento lanzar a por el mando, pero Jade me sujeta por la manga como si hubiera anticipado el movimiento.

En la tele el presentador anuncia algo enérgico, y esa imagen joven de mí arranca con una versión endiablada de *Yes Sir, I Can Boogie* que hace que el público empiece a dar palmas. Mis pies marcan el ritmo, la correa del acordeón me resbala por el hombro, pero yo sigo, desaforado; el jurado se parte de risa; el público canta. Mi yo televisivo se deja la vida en cada nota como si fuera el último acordeón sobre la faz de la Tierra.

—¡Pero esto es una maravilla! —exclama Yun, dando palmas de verdad desde el sofá.

—Es… una pesadilla. —Me hundo entre los cojines y me tapo la cara, no puedo soportarlo.

Mis compañeros de piso comienzan a cantar el estribillo a todo volumen mientras los miembros del jurado van dándole al botón que me dio paso a la semifinal, aunque eso ellos no lo saben.

Cuando la actuación termina, el presentador me despide con una sonrisa exagerada.

—¡Un aplauso para Ruairidh Ross!

—Ha dicho Rory, ¿no? ¿Es tu nombre artístico? —pregunta Yun con inocencia.

—Mmm… pasapalabra —esquivo.

—¿Ruiri? ¿Cómo narices se escribe eso? —pregunta Marc.

—Creo que yo lo sé —dice Julia—, lo he leído en alguna novela de *highlanders* cachondos. Pero… ¿es tu nombre?

—Digamos que sí —respondo por fin.

—¿Y quién coño es Brodie? —pregunta Marc.

Jade pega una palmada y suelta la carcajada más escandalosa de la noche.

—¡El perro! Brodie era el perro.

—¿Te pusiste el nombre de tu perro para nosotros? —pregunta Julia con un matiz que oscila entre la ternura y la burla.

Y entonces no hay forma de parar. En cuanto asiento revientan en carcajadas, e incluso yo, que intento mantener la dignidad, acabo llorando de risa, sepultado entre cojines y galletas de sésamo y miel. Mi secreto, revelado en televisión, en el momento de mayor exposición de esta casa.

Pero bueno, si este es el final de mi tapadera, al menos me ha pillado con gente que me hace reír.

PARTE CUATRO
CUARTA NAVIDAD

2025

21 DE DICIEMBRE DE 2025.



JULIA

Siempre me sorprende lo mucho que cabe en un año. Si miro alrededor, en el piso, puedo leer nuestra historia en objetos ridículos que nadie más que nosotros conservaría, como el gato dorado que mueve la pata, ahí, encima del microondas. Lo compramos en una feria improvisada del Año Nuevo chino en el centro después de que Jade jurara que traería buena suerte a la cocina. Al final solo ha traído arroz quemado y discusiones sobre quién no fregó los platos, pero a mí me saca una sonrisa cada vez que lo veo.

—El gato nos está mirando mal —dice Brodie, mientras busca de puntillas el paquete de avena en el armario. No hay manera de esconderlo y que no lo encuentre para seguir torturándonos.

—Nos juzga, que es a lo que vino a esta casa —le contesto.

—Nos trae suerte —dice Jade. Se sienta en la encimera con un bol de ensalada como si fuera una superficie de lo más cómoda—. ¿No veis que seguimo vivos?

Tiene razón. Seguimos vivos, juntos, y ese es el auténtico milagro.

Hay más reliquias repartidas por la casa: la bandera del Orgullo que colgamos en junio y que nos negamos a quitar desde que entendimos que nos pertenecía a los cuatro; el papel garabateado

con las votaciones de aquella noche de Eurovisión en la que Brodie y yo discutimos a gritos porque él votaba a Suecia —porque le hacía gracia el estribillo— y yo a Países Bajos —porque el chico era guapísimo— mientras Jade nos hacía callar para escuchar a la participante griega una y otra vez; los posavasos de corcho que Jade robó en un bar en agosto —«reciclaje urbano», lo llamó—… Cada objeto es una pieza de este puzle raro que somos.

—Bueno, me voy a currar, que alguien tiene que despertar a la gente pija con cafés de seis euros. Y encima hoy me toca turno partido.

—Po luego me paso, de camino pa la tienda, que tengo un mono de sirope que no me lo aguanto —me responde Jade.

—Cómo se nota que se acercan las compras navideñas de última hora, ¿eh? —bromeo—. Te vas a forrar, con las cosas tan bonitas que haces. Seguro que estos días pides hasta *frapuccinos*.

—Qué va, prima, ¡eso es to caro! Yo los *frappus* na más que los canjeo con las recompensa, que me las guardo pa los días de mierda.

Bajo el tono para que no me oiga Brodie, aunque de todas formas él está ocupado removiendo su engrudo favorito en una olla a fuego lento.

—Últimamente días de mierda tienes pocos, ¿no? —Muevo las cejas arriba y abajo rítmicamente para hacerla reír.

Para mi sorpresa, Jade no contesta con una bordería, sino todo lo contrario: se sonroja y agacha la mirada. Intento recordar, y no lo consigo, cuándo fue la última vez que la vi tan feliz, tan ilusionada con la sencillez de un romance sin prisas.

BRODIE



Camino por la cocina con los cascos puestos, tratando de sonar sexi mientras esquivo una bolsa de la compra olvidada. Me he pasado la mañana ensayando un par de canciones nuevas y es hora de cambiar de trabajo. Es lo que tiene el pluriempleo.

—Sí… oh, sí. —Consulto el reloj del microondas y me concentro —. Dime, ¿te gusta así?

Hay un silencio al otro lado, como si el chico que ha llamado se volviera tímido de repente. Supongo que he tocado alguna tecla que no era.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Carraspeo. No lo estoy arreglando—. ¿Quieres que te la coma yo también?

Julia, en el sofá, está doblada de la risa; se tapa la cara con un cojín, pero se la oye igual. Ojalá la cocina tuviera puerta. Malditos conceptos abiertos modernos de estilo Ikea.

—Sí, cariño… —intento de nuevo, alargando las palabras, y suelto un gemido que más parece hipo.

—¡¿Qué ha sido eso?! —grita Julia, muerta de risa—. ¡Pareces un burro con asma!

Aprieto los ojos con fuerza, pero no puedo evitar reírme un poco mientras finjo.

—Mmm… sí, justo ahí… —digo improvisando, y acabo tosiendo.

Julia ya no puede más. Se resbala del sofá al suelo, pataleando como una loca.

—Te juro que un día te voy a grabar recitando diálogos guarros de mis libros de *romantasy*. Te harías viral en dos minutos.

La llamada termina con un cliente medio satisfecho, no sé ni cómo; me quito los cascos y apoyo la frente contra la nevera, agotado. Julia se levanta, todavía secándose las lágrimas, y me pega una palmada en la espalda.

—Eres oro puro, *highlander*.

Se marcha a trabajar unos minutos después, todavía riéndose. Jade, que ha estado todo el rato observando la situación desde la mesa del comedor —emplazado también en la misma estancia, maldito concepto Ikea— me observa con una sonrisa maliciosa.

—¿Tú te has escuchao? —me suelta—. Como sigas haciendo esos gemiditos de gato atropellao, no sé si podré controlarme.

—¡No eran de gato! —protesto—. Eran… profesionales. Me enseñó Marc.

—¿Profesionales de qué? ¿De doblá dibujito animao?

Me froto la nuca, avergonzado por su burla.

—¿Qué quieres que haga? Es mi trabajo. Desde que se fue Marc salimos a más pasta al mes, y lo del acordeón aquí en Valencia no acaba de cuajar. Con algo tendré que pagar la avena.

—Po illo, cambia de curro, que no hay chichi que aguante escucharte poniendo esa voz de Scooby-Doo en plena faena.

Me pongo rojo como un tomate.

—¡No sueno así cuando estoy contigo!

—Y menos mal —dice ella, acercándose. Me besa rápido en la boca y luego me pellizca la barbilla—. Porque si sonaras así conmigo, te juro que es que me desorino.

Intento sonar digno cuando le pregunto:

—¿Tú crees que nos entendemos bien? Aunque no usemos el mismo idioma, me refiero.

—Nos entendemos mu bien —corrige ella con una sonrisita de esas que me desarma—. Nadie ha tratao mi cuerpo con tanta devoción en la vida. Y no, conmigo no haces na que me parezca ridículo.

—Menos mal que al menos tú piensas eso. Seguro que hay clientes que llaman aposta para que les toque conmigo y reírse con

sus colegas.

—Brodie, yo no es que piense eso: es que lo sé con certeza. —Me quita los cascos y se los coloca ella—. Va, que yo te llamo, dime algo sexi.

Se me va la saliva por el otro lado y me pongo a toser.

—¿Qué dices, Jade? ¡No!

—Venga, anda —insiste ella—. Practica conmigo.

—No puedo. —Me tapo la cara—. Eso es todo como un teatrillo, contigo hay cosas reales. No puedo decirte lo que le digo a esa gente.

—Claro que puede. —Me quita las manos de la cara y me mira muy seria—. Dime algo cochino, joé.

Lo intento con ganas, pero al final suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Eh… ¿quieres que te embadurne en *porridge*? ¿Con mucha miel?

Se queda mirándome dos segundos eternos y rompe a reír.

—Te adoro, idiota —me dice antes de lanzarse a besarme—. Lección sobre atracción sexuá número ochociento cuarenta y siete: *porridge,* no; miel, sí. Agarra el bote y vamo, que te viá poné debere pa que la aprendas a la perfección.

22 DE DICIEMBRE DE 2025.



JULIA

Estamos desayunando tranquilamente, cada uno en su mundo, antes de que Jade y yo nos vayamos a trabajar, cuando la puerta del piso se abre de golpe, y es como si entrara Papá Noel en versión brillibrilli.

—¡Ho, ho, ho, mariconas! —grita Marc, cargado con una maleta, una bolsa de tela que parece pesar una tonelada y un abrigo tan enorme que podría servir de tienda de campaña.

A Jade se le escapa una carcajada que trata de disimular tosiendo sobre su taza de café; Brodie, en cambio, levanta la vista del tazón de avena con la calma de un monje budista, obviando el hecho de que acaba de entrar un ciclón por la puerta.

—Vaya, pensé que habías emigrado definitivamente —comenta.

Marc no responde, solo deja caer las bolsas en el suelo y alza los brazos como si presentara a una estrella mundial. Del bolsillo interior de su abrigo aparece un bulto peludo marrón con orejas rizadas.

—Os presento a Taro.

Deja en el suelo a un diminuto bebé caniche. Parece de juguete y nos lanza una mirada de cervatillo asustado, con su pañuelito rojo al cuello, más mono que nada.

—¡Ay, qué cuqui! —me intento acercar, pero Brodie me empuja para apartarme de su camino.

Se arrodilla frente al perrito, ignorando por completo a Marc, y empieza a acariciarle detrás de las orejas.

—Hola, *wee lad* —le dice con una voz aguda y un acento mucho más marcado de lo normal—. Qué ojos tan preciosos tienes, por favor. *Aren't ya bonnie?* ¿De dónde has salido?

—De mi vida —responde Marc, ofendido—. ¿Es que no piensas abrazar a tu mejor amigo antes de desarrollar una extraña relación perruna con mi bebé?

Brodie ni contesta. Sigue abrazado al cachorro, recibiendo sus lengüetazos en la cara; cuando al fin levanta la vista la dirige a Jade, como quien pide permiso en silencio.

—Ni lo sueñes —dice ella, captando la indirecta—. No vamo a adoptá un perro. No pienso salí a las seis de la mañana a recogé cacas con una bolsa de plástico.

—Bueno, podría hacerlo yo —responde Brodie tan serio que parece estar firmando un contrato.

—Ya —replica Jade, rodando los ojos—. No te has levantao tú a esas horas ni en tus tiempos de *highlander* de campo.

Marc, orgulloso de su entrada triunfal, ocupa el lugar de Brodie en la mesa.

—Miradle la cara —dice Brodie desde el suelo—. Con esa carita recojo las cacas que haga falta.

Jade hace un gesto de asco exagerado.

Cuando al fin conseguimos sentarnos los cuatro, con Taro hecho un ovillo en el regazo del escocés, Marc se sirve un café como si llevara tres meses en el desierto.

—¿Y Yun? —pregunto.

—Todavía en Madrid. —Marc sonríe cansado, pero feliz—. Hemos pasado un par de semanas en casa de su familia. Ha sido muy bonito, pero su hermana acaba de dar a luz y ha preferido quedarse un poco más para echar una mano, aunque seguramente llegue para Nochebuena. Yo no quería dejaros sin mi compañía en estas fechas. Ya parece tradición lo de celebrarlas juntas.

—Ohhh —responde Jade con tonito irónico—. ¡Qué altruista por tu parte ofrecerno el regalo de tu presencia!

—Qué va, lo hago por egoísmo puro. —Marc muerde una galleta integral y pone cara de asco—. Este piso es mucho más divertido que cualquier hotel. Además, Yun sabe que aquí estoy bien cuidado.

—Bueno, tu habitación sigue vacía —le digo—. No eres fácil de sustituir.

Marc me sonríe con calidez pero yo no le dejo ver la ilusión que me ha hecho su sorpresa, porque luego se le sube el nivel de pavoneo a las nubes y no hay quien lo devuelva al suelo.

BRODIE



No sé en que momento exacto se convierte el desayuno en una reunión de comité, pero aquí estamos: Taro roncando en mi regazo, Marc gesticulando como si impartiera una conferencia TED y Julia con esa cara que ya conozco bien.

—Estás tramando algo —le digo.

—Escuchadme —dice ella como si no me hubiera oído, golpeando la mesa con la mano tres veces como si invocara orden parlamentario—. Se me ha ocurrido una idea brillante.

Lo sabía.

—Ojú, miedo me da —dice Jade, recostada en la silla y ya con los brazos cruzados.

—Quiero que celebremos la Nochebuena con toda nuestra gente, como una familia enorme: los padres de Jade, Amparín y su novia *hippie*, Yun y… —mira a Marc con un brillo de ojos sospechoso— tu hermano Jordi.

Marc escupe el café de la risa.

—¿Perdona? ¿Jordi? ¿El mismo Jordi que no pisa el centro desde que se mudó a la huerta porque se le ocurrió la magnífica idea de alquilar una alquería prácticamente autosuficiente a un señor en quien nadie en su sano juicio confiaría?

—Ese. —Julia sonríe como si hubiera ganado ya la discusión—. Ahora tiene un bebé, ¿no? Pues que vengan los dos.

Me da un vuelco el estómago. «Bebé», esa palabra surte un efecto raro en mí últimamente, más de lo habitual, como si me estuvieran tirando de un hilo que tuviera atascado dentro.

—Un momento, ¿cómo que un bebé? —le pregunto a Marc, intentando sonar neutral.

—Eso, un bebé —contesta Marc, encogiéndose de hombros—. Después de mil años de papeleo por fin le han concedido la adopción, y encima la monoparental, con lo complicado que es. Está flipando de felicidad.

Julia me mira un segundo de reojo y no hace falta que diga nada. Lo he pillado, esta cena no es solo una cena, es su forma de suplir lo que no tiene: esas familias grandes y ruidosas que solo existen en anuncios de lotería o en el barrio de Jade, como he podido comprobar en numerosas ocasiones a lo largo del año que llevamos juntos.

—Vale, prima, no me parece mal lo de celebrarlo con la familia, pero vamo a hacé cuentas —habla Jade, siempre pragmática—. Si invitamos a toa esa gente, ¿cuántos vamo a sé? Tengo que empezá a pensá en ingredientes y tiempos de cocción.

—A ver… —Julia empieza a contar con los dedos—. Tú, yo, Brodie, Marc, Yun, tus padres, Amparín, la novia y Jordi. Con el bebé, once.

—Doce —corrijo yo, levantando a Taro como evidencia.

—Bueno. —Jade acepta el reto culinario sin pestañear—. Algo se me ocurrirá. Marc, te dejo encargao de investigá alergias y preferencia. Quiero la lista esta misma tarde pa empezá a hacé la compra. Y tos a poné pasta en el bote, que siempre está pelao.

—¿Yo también? —se queja Marc—. Ya no vivo aquí, ahora debería contar como invitado.

—Ni hablá —se opone Jade.

—No pienso fregar los platos de doce personas —dice Marc volviendo a la carga.

—Lo haremos RuRu y yo —responde Julia, triunfal.

Desde lo del *Britain's Got Talent*, y ahora que sabe mi nombre real pero todavía no lo puede pronunciar, a Julia le ha dado por llamarme RuRu de vez en cuando; argumenta que soy como RoRo,

pero en modo opuesto: que no sé cocinar, no se me dan bien las manualidades, no soy servicial y no sueno dulce cuando cuento las cosas, como sí ocurre con la *influencer*.

Asiento porque aún no estoy seguro de cómo he acabado metido en un fregado tan grande. Literalmente. Pero al ver la sonrisa de Julia, que parece una niña con zapatos nuevos, entiendo que no va sobre platos. Va sobre tener algo parecido a lo que siempre ha deseado.

Y quizá también a mí me ilusiona un poquito sentirme arropado por una gran e inusual familia, tan caótica y colorida como cualquier otra.

JULIA



La habitación de Marc sigue oliendo un poco a él, aunque lleve meses vacía; sigue flotando en el aire un ligero aroma a colonia suave, a ropa recién planchada y a ese toque dulce como de caramelos guardados en un cajón olvidado. Quizá me lo esté inventando debido a la ilusión que me hace que vuelva a estar aquí, aunque solo sea para unos días.

Me tiro bocarriba en su mullido colchón y me hundo en él como si fuera una piscina de agua limpia y calmada, aunque probablemente los ácaros me devoren en los próximos minutos.

—¡Qué cómodo! Me voy a quedar aquí a dormir, ¿vale?

—Sí, claro, y si quieres nos volvemos a liar —bromea. Cuelga un par de camisas en el armario, como si de verdad pensara quedarse más tiempo del que nos ha dicho.

—Bueno, nunca se sabe. Donde hubo fuego…

Él niega con la cabeza pero no esconde la sonrisa. Me divierte que tengamos esa complicidad.

—Oye —dice, sin mirarme, mientras dobla pantalones—. Gracias por lo de antes, por querer invitar a Jordi y al bebé.

Me apoyo sobre un codo y lo miro.

—No me lo agradezcas, me hace ilusión.

—Jordi ha pasado muchos años luchando por esto: papeleo, entrevistas, esperas eternas… Siempre afirmaba que iba a ser padre aunque fuera lo único que hiciera en la vida. Ha tenido la suerte de

que el señor al que le alquiló la alquería le haya ayudado; se ve que hace más de veinte años el hombre pasó por el mismo proceso. Y ahora que por fin lo ha conseguido… *Mare meua*, lo tienes que ver. ¡Está tan feliz! Y he de reconocer que me emociona verlo con el crío, son pura ternura. —Se percata de que está poniéndose demasiado sentimental y cambia la expresión—. En fin, que desde que es un tío de campo es un blando… ¿Te he comentado que elabora mermeladas?

Le veo tragar saliva y enseguida entiendo: está orgulloso de verdad, pero le han enseñado a competir con su hermano en lo que él considera una carrera injusta. Me entristece que Marc se vea tan pequeño al lado de Jordi, porque ambos son maravillosos, cada uno a su modo.

—Debe ser precioso —murmuro, casi para mí— que después de tanta pelea lo haya conseguido por fin. Yo también estaría eufórica.

Marc me observa con esa mirada aguda que a veces incomoda.

—¿Piensas mucho en ello? En la maternidad, ya sabes.

Cierro los ojos un segundo, como si pudiera esconderme en la oscuridad, pero no funciona.

—Sí, cada vez más. Supongo que siempre deseé tener una familia, una de verdad. Y como no la tuve, pues ahora me cuesta callar esa vocecita.

—Sí tienes una familia —dice intentando animarme.

—Os adoro, pero ya sabes que no es eso. Además, me encanta la idea de la gestación en sí. ¿Sabes cuántos libros he leído sobre el tema? Hasta un manual que encontré en la tienda de Jade sobre conocimientos ancestrales de las doulas gitanas.

Marc se acerca y se deja caer a mi lado en la cama, tan cerca que me roza el hombro.

—Si alguien merece ser madre, eres tú. Y si alguien va a ser una madre increíble, eres tú.

—No me digas esas cosas, que me las creo.

—Créetelas, porque son la purita verdad —responde él sin apartar sus ojos de los míos.

Nos separa un silencio lleno de lo que no nos atrevemos a decir. Me aparto yo primero, mirándome las manos, fingiendo que busco

una pelusa en el colchón desnudo.

—Bueno, basta de ponernos intensos. —Me obligo a sonreír—. Cuéntame, ¿tu hermano no quiere tener más hijos? Porque yo le daría cuatro, como mínimo, con ese cuerpazo que tiene.

—Mira que eres *figa*.

23 DE DICIEMBRE DE 2025.



BRODIE

La casa parece un Primark en temporada de rebajas. No sé quién ha decidido que hoy era el día oficial para preparar todo, pero llevo una hora yendo de un lado para otro como si fuese el recadero oficial de este extraño hogar. Taro me sigue en cada viaje con las orejas tiesas, como si él también se hubiera apuntado al turno de trabajo extra.

—RuRu, ven, porfa —me pide Julia, con un fajo de guirnaldas en la mano—. Súbete a la silla y cuelga estas luces, que yo no llego.

—No, no, que ahora lo necesito aquí —grita Jade desde la cocina —. ¡Ponte el delantá y vente a pelá papas, rubio, que ya vamo tarde!

—Pues cuando termines te vienes conmigo —añade Marc, que lleva un rato dando vueltas frente al espejo de la entrada—. Necesito que me hagas fotos para verme el modelito desde todos los ángulos posibles.

Taro me mira, ladea la cabeza y suelta un bufido como diciendo «a ver cómo sales de esta, colega».

—Soy solo uno, no puedo clonarme —protesto, cargado con luces de colores, patatas a medio pelar y un delantal colgando de mi cuello como una capa mal puesta.

Julia se ríe y me señala.

—Tú puedes, superRuRu.

Me siento un *border collie* en pleno redil, pastoreado por las tres ovejas más caóticas que he conocido nunca. Y claro, Taro, que sí que es un perro de verdad, aprovecha para ladrar emocionado cada vez que cambio de tarea.

Me subo a la silla para colgar las luces y, justo cuando me encuentro en una especie de precario equilibrio, Jade pasa por detrás con una olla enorme.

—Como se me caiga esto por culpa de ustede vais a dormí tos en el balcón.

—¿Taro también? —pregunto, porque el perro ya ha decidido instalarse a los pies de mi cama como un guardia nocturno inofensivo.

—Taro puede quedarse en la cama; tú no —responde Jade con una sonrisita malvada.

Está un poco enfadada porque anoche me hizo elegir entre dormir con ella o con el perro, porque «animales en mi cama solo entras tú». Obviamente, elegí a Taro. Es una bolita de rizos adorable.

Al final acabo colgado de las luces como si fuera un adorno más, con Taro ladrando porque piensa que me he quedado atrapado; Julia se dobla de la risa, Marc aparece con un traje que juraría que está fabricado enteramente con lentejuelas y Jade amenaza con freírme en aceite si no suelto las bombillas y corro a ayudarla con el postre.

Pura Navidad.

JULIA



Jade se marcha a trabajar, Marc anuncia que tiene cosas que hacer de una manera muy misteriosa —aunque también muy suya— y Brodie y yo nos quedamos solos en la cocina; aún flota en ella el aroma de los manjares que ha preparado Jade. Hay cajas de adornos y un puñado de serpentinas que ya nadie sabe si pertenecían al árbol, a la lámpara o sobraban.

Brodie calienta agua en la tetera y yo me siento en la única silla que ha quedado limpia tras el taller de repostería improvisado. Hemos prometido limpiar, pero la idea de tomar algo calentito nos atrae mucho más.

—Lo de Marc ha sonado sospechoso —le digo.

Brodie vierte el agua sobre las bolsitas de té con cuidado, como si fuera un ritual de estar por casa.

—Él siempre suena sospechoso, a veces incluso cuando solo respira.

Me río y acepto la taza que me tiende; es la primera que le regalé, hace un par de navidades, sin saber que sería la primera de muchas, porque cada vez que veo una con un mensaje absurdo me acuerdo de él.

Se queda de pie a mi lado, como esperando a que comience una conversación que se siente en el aire. El ambiente a nuestro alrededor ahora se reduce al ruido del hervidor al enfriarse, a los

ronquiditos suaves de Taro y al aire que entra por la ventana de la habitación de Brodie provocando un agudo silbido.

—Este año me ha dado fuerte —admito—. No sé si es por todo lo que hemos montado para la cena o porque Marc ha venido a pasar las fiestas a casa, pero siento como si realmente fuera Navidad. Como en las películas.

—Lo es —contesta él, con una sonrisa tranquila, antes de sorber un trago de té—, aunque nuestro árbol no sea perfecto ni haya renos en el jardín de la entrada. Ni jardín, claro. Todavía no supero que las vistas de todas nuestras ventanas den a otras fincas o a un patio de luces oscuro y húmedo, pero vamos, que sí, que este año parece más navideño que los anteriores con eso de que volvemos a estar los cuatro y nos hablamos todos. Todas. Las cuatro.

Asiento. Sé que me entiende sin que tenga que explicarle mucho más; él sabe muy bien por qué me aferro a estos momentos como quien abraza un salvavidas.

—Es raro —añado, bajando un poco la voz—. Habiendo crecido sin nada parecido, ahora siento que esto es muy mío, como si de verdad hubiera tenido siempre una familia.

Brodie me mira de esa manera tan suya que podría ser pura luz y serenidad o puro estancamiento, depende de por dónde le dé la luz.

—Es lo que somos —dice—. Aunque un poco desastre.

—Como todas las familias.

Nos quedamos callados hasta que él, como siempre que no sabe qué hacer, acaba llenando el silencio.

—Bueno, yo ya voy entrenando para lo de ser padre —dice en broma sin serlo realmente—: preparo el té, paseo al perro de Marc, sé leer cuentos usando voces distintas…

—RuRu, eso no es ser padre, eso es ser niñera con acento británico. —Le pego un codazo y casi le tiro la taza, y él se ríe con esa risa suya que siempre empieza flojita pero que te acaba arrastrando.

—Pues mira, niñera tampoco estaría mal. Mientras no me toque cambiar pañales…

—¡Anda ya! Si te he visto al volver del trabajo esta mañana —bromeo—. Recoges las cacas de Taro con una dignidad pasmosa. Lo

tuyo es pura vocación.

—O práctica —replica él, encogiéndose de hombros—. Igual debería añadirlo a mi currículum y poner un anuncio en las farolas: «Experto en comidas insulsas, versiones en acordeón, conversación de *hotline* y recogida de excrementos varios. Ideal para cuidar de tu hijo en cualquier situación».

Me río, pero la imagen se me queda grabada a fuego en la retina: él con un bebé en brazos, serio y torpe, cantando nanas en gaélico.

—Voy a decir algo bonito, así que no me contestes con una de tus bromas, ¿está claro?

—No puedo prometerlo, lo siento —dice negando con la cabeza —. Sabes perfectamente las consecuencias de ser amiga mía.

—Bueno, me arriesgaré: te pega mucho ser padre.

Él me mira de reojo, un poco sorprendido por el tono emocionado de mi voz.

—¿De verdad lo crees?

—Sí. —Dudo un segundo, pero añado—: Y yo también quiero ser madre.

Él levanta las cejas como si se le acabara de abrir de chiripa un pasadizo secreto en medio de la conversación.

—¿Quieres decir… juntos? ¿Nosotros?

—¡No! —Me echo a reír y noto que me arden las mejillas—. Digo que nos pega la idea. A los dos. No juntos… necesariamente.

El silencio se queda flotando, como si ambos hubiéramos pensado lo mismo y no supiéramos qué hacer con una idea tan grande.

—Ya… —dice él al fin, escondiendo la mirada en su taza, y a mí me sale una risa floja de la incomodidad—. Es curioso. De alguna manera, no me parece tan raro.

A mí tampoco me lo parece.

—Bueno, cuando tengas un crío, que seguro que encuentras la manera, prometo ser la tía guay. La que enseña palabrotas a escondidas y regala juguetes ruidosos a propósito para fastidiar.

—Yo seré el padre responsable, claro. El del *porridge* y los pañales.

—Exacto. —Le sonrío—. O sea, lo tenemos todo cubierto.

Él asiente, divertido, aunque sus ojos brillan de una forma que nunca había visto en él.

—Lo dices como en broma, pero suena… agradable.

No le respondo, porque me asusta lo fácil que me resulta imaginarlo. En cambio, doy otro sorbo de té y pienso en un modo de escapar de la seriedad de la conversación.

—Que conste, RuRu, que yo soy más de pedir una *pizza*, que es lo que hacen las tías más molonas.

BRODIE



Jade lleva unos meses recogiéndome a la salida del *pub* cuando trabajo por las tardes. Hemos conseguido ajustar horarios, y cuando ella sale de su tienda coge la bici y se pasa a por mí; no queda muy lejos de casa, así que ese último tramo vamos paseando. Dice que lo hace por pasar tiempo conmigo, como pareja —algo que aún me resulta increíble—, pero yo sé que en realidad lo hace porque le da miedo que vuelva a caer y acabe bebiéndome hasta el agua de los floreros. Porque, seamos sinceros, así es como soy, no tengo control. La gente es muy dada a invitar a una copa al músico porque así es más gracioso. Y lo cierto es que ha sido toda una experiencia forzarme a aprender a ser cómico sin ir borracho, porque las bromas no suenan igual cuando se pronuncian bien todas las letras. Si ofendes a alguien lo vas a recordar nítidamente, así que acabas por intentar suavizar el cachondeo. He perdido la mitad de mi gracia, aunque he ganado una mejora considerable en el cutis y una sonrisa orgullosa de mi novia/guardiana al salir de trabajar.

Subimos a casa por separado, en dos viajes de ascensor, uno para ella con la bici, otro para mí con el acordeón; cuando llego yo, el segundo, todo un caballero, me encuentro con una improvisada reunión de vecinos en el descansillo. Solo que son únicamente los vecinos de nuestro apartamento compartido.

—Ay, menos mal, abre, corre, que me meo —me hostiga Marc.

—¿Qué pasa? ¿Nadie tiene llaves?

—Me las he dejado dentro —responde Marc.

—A mí se me han olvidao en la tienda, pero como venía contigo po daba iguá —dice Jade.

—Yo no las encuentro —confiesa Julia—. Me he pasado con las autocompras navideñas y no veo las llaves entre tanto libro.

Señala la *tote bag* que siempre lleva a cuestas —con su *No dejes para mañana lo que puedas leer hoy* estampado en rojo brillante— y pone cara de que no ha tenido más remedio que comprar las ocho novelas que van a romper las asas de la bolsa.

—No me creo que sea el más responsable de los cuatro. Me estoy volviendo un padrazo, en serio. Solo me falta el churumbel.

Jade niega con la cabeza y me sonríe con ternura; Julia, en cambio, parece apenada por mi comentario, y no me extraña, tras nuestra conversación de antes. Ha debido estar dándole tantas vueltas al temita. Como yo, no lo voy a negar.

Entramos y Marc sale disparado hacia el baño, con chaqueta y todo. La casa se llena enseguida de sonidos de cremalleras y pasos. Vamos directos a la cocina y no hay ceremonia: se abre la nevera y cada cual ataca el táper que pilla. Acabamos medio cenando los cuatro de pie, apoyados contra la encimera, con los codos en cualquier superficie y encorvados como buitres sobre carroña.

—Esto sí que es una estampa navideña de verdad —dice Marc, señalando nuestras pintas—. Cuatro zombis masticando sobras en la cocina.

Jade parece cómoda, como si la situación le agradase; me desplazo un poco para darle un beso ligero, de los que se dan sin importancia pero que en realidad son los que la tienen.

—Me encanta esto que tenemo —dice, un poco más suave que de normal—, lo que hemos ido construyendo con los año. Hay gente que a nuestra edad ya tiene hipotecas, coches, niños… Y nosotro tenemo trabajos precario, compartimo casa y ni una mijita de estabilidá en el futuro cercano. Vaya sistema este… ¿Cómo se supone que tenemo que hacé malabares con toa esas cosa, si apenas nos da pa sobreviví? —Se detiene y nos deja pensar en la respuesta—. Pero esto no está mal. Hemos encontrao un equilibrio mu bonito. No me creo que haya dicho yo eso, ¡me he vuelto más

moñas desde que estoy con el *highlander*! Me ha atontao. Fijo que me acaba convenciendo hasta de tené niños. Adoptao, claro, porque vaya tela los dos que nos hemos juntao…

Sé que bromea, que es su manera de disimular, porque a ella le gustaría gozar de la estabilidad de un hogar que no pudiera perder al mínimo revés económico. Estoy seguro de que piensa en esa cabaña de la que siempre habla, en esa vida tranquila en la que no tendría que devanarse los sesos con unas cuentas que no salen a final de mes.

Julia me mira un segundo; no dice nada, pero la he visto encogerse cuando Jade ha nombrado los hijos. Ha sido como verme en un espejo.

—A mí me encantaría —digo bajito, casi sin querer.

Jade se me queda observando con la mirada ladeada y me aprieta el brazo con ternura.

—Lo sé, *a gràidh*. Y sé que serías un padre increíble. —Luego, rápido, cambia de tema—. Venga, ¿quién quiere postre?

Marc levanta la mano como si estuviéramos en el colegio. La conversación se diluye otra vez entre bromas, pero ese gesto de Jade me sigue ardiendo en el brazo, como un recordatorio de que me ha escuchado de verdad.

Recogemos a medias, lo justo para que mañana no nos encontremos una pila por fregar, y Jade se despide de mí con un beso y media sonrisa cuando ve que he vuelto a elegir a Taro para compartir lecho. Es que no puedo evitarlo, es tan pequeñito y tan calentito que solo quiero abrazarlo para siempre.

JULIA

Estoy demasiado despierta para dormir ya. 🙃

MARC

Parecemos yayos

No son ni las diez 😂

BRODIE

estoy teniendo flashbacks de mis horarios escoceses

JADE

Seguro que estáis nerviosos por lo de mañana

MARC

Y lo sabes porque tu tambien?

JADE

Un poco sí

JULIA

🤦‍♀️ Yo también.

BRODIE

hacemos algo juntas?

MARC

Peli?

JULIA

¿En el salón?

BRODIE

si hay mantas si

JADE

Sacamos los colchones?

Siempre os empeñáis pero en el sofá no cabemos los cuatro

JULIA

¡Sí! Fiesta pijama versión adulta.

MARC

Eso

Seamos unos crios antes de que nuestras familias adultas vengan mañana

JADE

Última noche de libertad

BRODIE

taro esta de acuerdo

creo que lo ha dicho en suenos

JULIA

Decidido: colchones al salón, chocolate caliente y peli mala de Navidad.

Esta vez elige Jade.

JADE

No tengo dudas

Solo conozco un despropósito navideño aceptable y obviamente tiene a RuPaul en el reparto

MARC

Yaaaaas!

Sashay away!

24 DE DICIEMBRE DE 2025.



JULIA

Entro en casa haciendo equilibrios con la bandeja de Starbucks, todavía con la bufanda enrollada y las manos frías, y me topo con mis compis en modo caos total: Jade está corrigiendo por tercera vez el ángulo de los manteles, Brodie se pelea con un cojín que no encaja en ninguna silla y Marc… Marc simplemente está dando vueltas por el salón como pollo sin cabeza.

—Avituallamiento —anuncio con la bandeja en alto.

Los tres se giran como si hubiera traído oro líquido, y en cierto modo lo es: café caliente, con sus nombres mal escritos en sus vasos, porque mi compañero de las mañanas echa unos polvos tremendos pero le falta lo justito para que lo suyo cuente como dislexia. En el de Jade pone *Javi*, en el de Marc pone *Mar* y en el de Brodie pone *Rurrhi*.

—Casi —digo, enseñándole el vaso a Brodie.

—Es lo más cerca que han estado nunca —responde él, resignado, arrancándome una sonrisa.

Reparto los cafés y durante unos segundos nadie habla, porque el primer sorbo caliente calma los nervios de una forma que nada más consigue calmarlos.

—Vale, ahora sí —dice Marc, con gesto solemne—. Ritual de la suerte.

Nos miramos sin entender, hasta que abre los brazos en lo que parece una invitación a un abrazo grupal. Jade resopla pero acaba acercándose, Brodie se encoge de hombros y se pega a su costado y yo dejo el vaso en la encimera y me meto en medio.

—Que salga bien —susurro.

—Que salga perfecto —añade Marc.

—Que nadie meta la pata —dice Jade.

—Y si la meten, que lo arregle Taro —remata Brodie.

El abrazo es torpe, lleno de codos, y huele a especias, a café y a champú barato, lo que viene siendo ya, por tradición, el olor de nuestras navidades. Pero dura un poquito más de lo necesario, lo cual me tomo como una buena señal.

BRODIE



El piso parece un Tetris a punto de explotar. Hemos encajado la mesa contra el sofá, las sillas no combinan ni de lejos —hay algunas del comedor, otras prestadas por los vecinos, y hemos sacado las de nuestros escritorios también— y aun así falta sitio. Me toca a mí vigilar que Taro no decida subirse y atracar los platos como un pirata. De hecho, lo intercepto justo cuando va a lanzarse a por el jamón vegetal.

—Hoy no, colega —le riño—. Tú cenarás croquetas caninas caseras, que también huelen a gloria.

Julia cuelga un par de guirnaldas más —porque nunca le parecen suficientes— y Jade comprueba por enésima vez unos platos que están presentados como si fueran a ganar estrellas Michelín.

El timbre suena y comienza la avalancha; la primera en entrar es Amparín, ataviada con un vestido rojo con plumas de lo más estrafalario, siempre con ese aire de que trae la alegría metida en el bolso.

—*Bon Nadal!* —Nos abraza como si llevase meses sin vernos, aunque nos vimos la semana pasada.

—Esa botella pesa más que tú —le digo, señalando la sidra sin alcohol que ha traído. Todo un detalle.

—Tú calla, *rei*, que sé lo que pesaste tú al nacer. Y no era poco.

Gaia viene detrás, cargada con un par de sillas más por si acaso, las cuales insiste en que nos las quedemos para próximas reuniones.

También abraza a todo el mundo, cómo no.

Entra la pareja estrella: Guadalupe y Ricardo, ella con un vestido largo negro lleno de bordados dorados, él cargado de cajitas de jabón Gitana para Jade, apiladas como si fueran lingotes de oro. Gaia se queda petrificada al verlos pasar al salón.

—¡Guadalupe! —Su voz tiembla de emoción. Es un poco exagerada, casi se le caen los pendientes de la alegría—. ¡Mi tarotista!

—¡Ostras, Pedrín! —exclama Amparín—. Encantada de conocerte, Guadalupe.

—Igualmente —responde la mujer, algo cohibida por la revelación de su identidad—. Veo que seguiste mi recomendación, Gaia, cariño.

Según me ha contado Jade, a su padre no le acaba de gustar la idea de que ambas, madre e hija, se dediquen al esoterismo siendo él un pilar tan importante de una comunidad con mucho peso religioso. Pero el hombre no parece llevarlo mal. De hecho, hasta sonríe por la escena.

Gaia explica sin reparo alguno a qué se refiere Guadalupe:

—Me dijo que dejara al novio que tenía, un trepa, y que buscara el amor verdadero. ¡Y soy más feliz que nunca!

Todos escondemos la sonrisa divertida al ver cómo Ricardo trata de mantener la compostura ante el morreo que se dan las dos señoras. El hombre se disculpa para darle los jabones a Jade, pero Taro lo intercepta, ladrando como si fueran contrabando.

—¿De quién es este bicho? —pregunta el hombre con la sonrisa inevitable que provoca el perrete.

—Es mi bebé, aunque Brodie parece haberlo adoptado estos días —explica Marc—. Ya verás la pelea cuando tengamos que llevárnoslo de vuelta a casa después de Navidad… Va a ser como un divorcio de famosos.

De pronto la escena es un lío: Amparín y Gaia preguntándole a Guadalupe por las cartas, Jade controlando que nadie toque la comida hasta que nos sentemos todos, Julia volviendo a arreglar las guirnaldas que se han caído, yo tratando de convencer a Taro de que las velas no son comida…

Hay desorden, ruido, falta de espacio, calidez… Y me da por pensar que un crío correteando entre el jaleo encajaría a la perfección.

JULIA



El timbre no deja de sonar, y cada vez que se abre la puerta el piso parece encogerse un poco más; Brodie intenta disimular con sus clásicas bromas, pero se le nota la mirada perdida por la mesa en busca de una copa que nadie le va a servir. Jade nos ha avisado a todos para eliminar la tentación. Ella es quien ahora dirige a todo el mundo con un cucharón en la mano mientras Marc se pasea de un lado a otro con el pelo perfectamente peinado y los nervios saliéndosele por las orejas.

Llega Yun, impecable como siempre, con un abrigo largo que parece sacado de un catálogo de moda coreana; deja una caja de sus clásicas galletas de sésamo en un ladito de la mesa y se funde con Marc en un abrazo que vale por todas las navidades del mundo. Saluda a todos con esa serenidad que equilibra el ruido y me guiña un ojo cuando casi meto el pelo en la jarra de ponche sin alcohol.

Cuando parece que ya no cabe nadie más, suena otro timbrazo. Aparece Jordi, con un portabebés al pecho y una sonrisa agotada. El diminuto bebé duerme como si no existiera el jaleo. Yo suelto un grito que provoca que Jordi se lleve la mano al oído, porque la contención no es lo mío y se me olvida lo molesto que debe ser escucharme a través de un audífono encendido.

—¡Ay, por favor, déjame verlo, déjame verlo, déjame verlo!

Marc intenta contenerme pero Jordi me ha dejado echar ya un vistazo y, por lo tanto, no hay vuelta atrás y me abalanzo sobre

ellos. Me quedo embobada con esas manitas enanas y de repente Pau —porque así he escuchado a alguien nombrarlo, y me parece preciosísimo— bosteza como si no tuviera ninguna prisa por crecer.

—Es oficial —declaro, acariciándole la mejilla con adoración—. Este niño es el ser humano más bonito de la historia. Perdón, Marc: tú eres guapo, pero no tanto.

Jordi se ríe bajito y se encoge de hombros, acostumbrado ya a mi falta de filtros.

El comedor parece una lata de sardinas, pero de algún modo todos terminamos sentados. El ambiente es ruidoso y cálido; Guadalupe se pone a contar anécdotas de clientes supersticiosos, Gaia interrumpe con historias de su infancia de comuna *hippie* y Amparín se emociona cada vez que habla de cómo ha decorado el belén de su parroquia. Ricardo se queja de que la comida es demasiado vegetal, pero repite tres veces. Yun y Jade se cubren mutuamente cuando alguien suelta preguntas incómodas sobre pronombres, géneros y binarismos varios. A Jade se la nota rígida al principio, pero luego se suelta, se ríe e incluso se permite bromear. Está cariñosa de un modo que pocas veces le he visto, ni siquiera evita mostrar cierto romanticismo en la manera en la que mira a Brodie.

Cuando por fin levantamos las copas —unas con agua, otras con *kombucha*, otras con zumo—, Jade se aclara la voz y brinda:

—Por las familias raras, las escogías.

—Y por las que vienen —añade Marc, mirando a su hermano y repitiéndolo en lenguaje de signos para él.

Ojalá pudiera guardar este instante para siempre.

—¡Esperad! ¡No os mováis! ¡Selfi!

BRODIE



No sé cómo lo hemos logrado, pero la mesa aguanta en lo que parece un milagro de ingeniería doméstica.

Estoy encajado entre Yun y Jade, con Taro a mis pies como si esperara que me cayera un trozo de canelón en cualquier momento.

Julia no para de reír, eufórica por la multitudinaria reunión; está guapísima, con su pelo lila en alto porque le ha dado calor la aglomeración. Marc también luce como siempre muy elegante, no sorprende. Y Jade… La miro y se me cae la baba. ¿Cómo narices la he convencido yo para que sea mi pareja? Lleva el vestido largo de encaje negro que le regalé por su cumpleaños —aconsejado por Marc, obviamente, porque yo ni idea de telas, ni de cortes, ni de nada—, maquillaje oscuro y el pelo repeinado hacia atrás.

—¿Cómo han llamao al cachorrillo? —pregunta Guadalupe, inclinándose a mirarlo por debajo de la mesa. La han puesto enfrente de mí porque saben que sé interpretar el papel de yerno perfecto y contentarla.

—Se llama Taro, como el tubérculo —explica Marc con orgullo paternal—. Lo adoptamos hace un mes.

—¡Ay, qué nombre tan místico! —interviene Gaia, tocándose los collares como si hubiera descubierto un símbolo oculto.

—No es místico, es una verdura, y no le hace justicia —murmuro, pero nadie me escucha.

Taro decide que es el momento perfecto para mudarse al regazo de Yun.

Jade no solo está preciosa, sino que sonríe como nunca, y eso que sus padres ya han pegado un par de patinazos de los gordos en el vocabulario; yo me esfuerzo por no meter la pata, aunque al principio era un drama, porque en las Highlands no había wifi suficiente para tanta teoría de género ni para feminismos transversales. Hace unos meses ni siquiera sabía que esas palabrejas existían, pero mis compañeros de piso se han empeñado en darme un máster intensivo. *Compañeras*, perdón. La turra que me dieron cuando me atreví a hablar de asexualidad fue histórica, pero luego no me sentí del todo mal cuando me convencieron para llevar la bandera como capa para el desfile del Orgullo. Parecía un superhéroe fracasado, pero bueno… El caso es que ahora resulta que soy *queer*. ¡Yo! Si me descuido, también me ponen denominación de origen. Lo etiquetan todo y no me puedo quejar porque, en el fondo, me alimentan y me cuidan como a un polluelo perdido en la inmensidad del colectivo.

—¡Lo siento! —La disculpa de Julia por haber despertado al bebé con sus risas devuelve mi atención a la mesa.

—Lo voy a decí —anuncia Ricardo mientras corta un pedazo de pan como si se encontrara en el medievo—: esta reunión parece la cena del elenco de un espectáculo de variedades.

—Será que cuando nos juntamos la familia entera somos menos estrafalarios —responde Jade tras una carcajada.

—Oye, pues yo sí lo veo —comento yo.

—Porque eres experto en concursos de talentos —me pincha Julia desde la otra punta de la mesa.

—¿Yo? —Me hago el loco y le pido el pan a Ricardo.

Jordi, que ha estado observando la situación en silencio, levanta una ceja y dice con señas rápidas a Marc:

—¿Es el del acordeón? ¿El de la tele?

Un par de gestos me bastan para entenderlo; tampoco es que sea yo un pro del lenguaje de signos, pero los veo comunicarse y algo se me va quedando.

Marc se parte por la pregunta de su hermano y Yun, enfrente, se tapa la boca para no reír.

—Sí soy. Y solo llegué a semifinales, así que vamos a dejar el tema.

—Escuchamos pero no juzgamos —bromea Marc.

—Todo el mundo sabe que tú nunca escuchas y siempre juzgas —me quejo.

A lo que él responde, muerto de risa:

—No deberías gastarle esas bromas a un sordo.

Las risas recorren la mesa como los platos que van de un lado a otro. Todo es ligero, fácil, natural.

Gaia, que no se corta un pelo, abraza a Guadalupe por enésima vez.

—Es que no me creo que seamos prácticamente familia. Con todo lo que me has ayudado tú a mí. ¡Me cambiaste la vida, de verdad!

—Cariño —le responde Guadalupe con su serenidad de tarotista —, yo na más que leo las carta. La vida la cambias tú.

Amparín, que para lo moderna que es para unas cosas es muy antigua para otras, suelta:

—Pues yo soy más de rezar, pero a cada una lo que le funcione.

—Funciona todo —dice Yun con calma—. Tarot, oraciones, un perro llamado como un tubérculo… al final todo son energías y cómo fluyen por nuestra vida.

Yo asiento como si lo entendiera, pero estoy muy ocupado en intentar apartar los vasos de la trayectoria de los coletazos de Taro.

—Eh, Brodie —me llama Marc y me señala a su hermano, quien a su vez me enseña una nota en la pantalla de su móvil que dice: «¿Quieres cogerlo?».

Me pongo tan tieso que casi tiro la silla.

—¿Yo? ¿Ahora?

—No, mañana, cuando tenga tres años —responde Julia, que no se pierde ni un detalle.

Jordi me pasa a Pau por encima de la mesa con la naturalidad de quien confía en que no lo dejaré caer. Y no lo hago, claro que no, aunque siento que sostengo dinamita envuelta en una manta. El

bebé respira muy despacio contra mi pecho; es tan pequeño que parece irreal.

—Mira cómo se te ilumina la cara, RuRu —dice Julia, bajando la voz y con ilusión en los ojos.

—Pues como a ti, idiota, que te voy a colocar un cubo delante para cuando babees —se burla Marc.

—Cuidao, que no lo puedes secuestrá —advierte Jade—. Ya lo intentaste con Taro y ahora con Pau…

Gaia suspira teatralmente.

—Esto es como ver un anuncio de esos bonitos de la lotería en vivo.

—Falta la música cursi —añade Yun.

—¡Que nadie toque el acordeón! —interviene Julia, señalándome con un tenedor como si fuera un arma.

—O sí —le respondo con un movimiento de cejas y una sonrisa.

—¡Ni se te ocurra! Que esta noche hay mucho audífono que reventá —dice Jade, y la mesa entera estalla de risa.

JULIA



Tengo el mejor regalo entre los brazos, todo lo demás me da igual; Pau duerme hecho un ovillito contra mi pecho, con ese calorcito que atraviesa la mantita y me derrite el alma. Me he anclado a una esquina del sofá con clavos invisibles. Ni loca me muevo, y mucho menos lo suelto.

Ricardo, Guadalupe, Amparín y Gaia son los primeros en marcharse. «Los mayores», como se ha burlado Brodie ganándose un par de carcajadas; Jade y él los despiden en la puerta con besos y abrazos mientras yo levanto la mano desde el sofá como una reina que no puede abandonar el trono.

—Buenas noches, pastores —murmuro bajito—. Ya adoro yo al niño.

Me sumerjo en la calma de su respiración tranquila cuando, por fin, cierran la puerta. Los demás se mueven por la estancia recogiendo platos y vasos; el ruido me parece lejano, de otro mundo; me siento ridículamente feliz de estar aquí, sujetando esta cosita que huele a leche y a colonia.

Jordi viene a buscarlo, pero yo lo abrazo más fuerte todavía.

—¿Ya? —pregunto con voz lastimera—. ¿Por qué no te quedas a dormir?

—¿Puedes dejar de ligar con mi hermano? —me reprende Marc desde la cocina.

—Oye, que no es solo porque tu hermano esté buenísimo, que también, es por el bebé, que no lo quiero soltar. Es un angelito.

Jordi me mira con ternura, casi de la misma forma que lo hace Brodie, con Taro a sus pies y una copa de agua con gas en la mano. Me hago a la idea de que voy a tener que dejar a Pau con su padre. Me cuesta mucho.

—Podríamos dormir todos aquí —propone Brodie—. Sacar los colchones al salón, fiesta pijama, ya sabéis, como el otro día. Chocolate caliente y esas cosas que hacemos siempre, pero con un bebé humano y uno perruno.

Antes de devolvérselo a Jordi miro por última vez la carita de Pau y entiendo que no necesito esperar más: quiero esto, lo quiero con todas mis fuerzas. Y cuando Brodie me observa con media sonrisa siento que albergamos un secreto compartido, uno que aún no hemos pronunciado en serio pero que late cada vez más fuerte entre los dos.

25 DE DICIEMBRE DE 2025.



BRODIE

Mi móvil comienza a vibrar sobre la mesa llena de tazas y platos a medio fregar; me llaman ellos, lo cual resulta extraño porque soy yo normalmente quien lo hace después de un largo paseo reflexivo o de una buena resaca. Este año, sin el alcohol, no había encontrado el valor para llamar.

Respondo la llamada ahí mismo, en medio del caos, con Julia acaparando de nuevo al bebé, recién levantados, Marc acariciando a Taro con cariño, Yun y Jade todavía en fase REM y Jordi robando algo de la nevera a hurtadillas.

—Hola, *fill* —saluda Vicent, siempre el más rápido.

—Hola, Ruairidh, hijo —saluda mi madre también, más cariñosa que nunca—. ¿Cómo estás?

No sé a qué se debe el cambio; no sé si es por ser abuela a tiempo completo o si es que ahora que tengo pareja se siente algo más tranquila, pero los últimos mensajes de texto que hemos intercambiado han sido cada vez más cercanos. Casi como un abrazo que, en persona, no me daría.

—Hola, hola. —Levanto el móvil y la cámara pilla a todos los presentes.

—¡Cuánta gente! —dice sorprendido Vicent.

Julia se acerca a mí y sitúa a Pau en primer plano frente a la cámara.

—Este es Pau —dice, presentándolo con ilusión. A mi madre se le corta la respiración y Vicent abre tanto los ojos que parece que se le vayan a salir de las órbitas, así que Julia se apresura a aclarar—: Es el hijo de Jordi, el hermano de Marc.

Vicent levanta el pulgar, diría que algo decepcionado.

—Menudo lío de colchones os habéis montado ahí, ¿no tenéis habitaciones? Me recuerda a mis tiempos mozos, con los amigos del pueblo, que nos juntábamos…

En ese momento Jade se acurruca junto a mí y saluda, algo perezosa, con legañas en los ojos. Mientras Vicent cuenta una anécdota de su juventud, ella se acerca a mi oído.

—Ya podrías haberme avisao y me aseaba, que no veas la cara que debo llevá.

—¿De guapa? —le pregunto con una sonrisa pánfila antes de darle un beso de buenos días sin darme cuenta de que todos nos están mirando.

—Se os ve felices de verdad —dice mi madre.

—Oye, ¿y ese perrito tan mono? —dice Vicent desviando la atención.

—Es de Marc y Yun —explico—, aunque pronto será mío, en cuanto consiga secuestrarlo.

La conversación continúa un buen rato; hablamos de la nieve en Ullapool, del frío en Valencia, de lo que se ha cocinado aquí y allá durante las fiestas, de la familia lejana, del trabajo… No hay silencios incómodos ni pinchazos en el estómago, solo una sensación de calor agradable a mi alrededor, como si por fin la indigestión de los últimos años comenzara a aliviarse.

Cuando por fin colgamos, me sorprendo a mí mismo sonriendo todavía. Jade me acaricia el brazo y me mira con amor.

—Te brillan los ojo.

—Debe ser que aún no me he acabado de despertar del todo —respondo. Pero sé que no.

JULIA



Me cuelo en la habitación de Brodie cuando no me ve nadie y cierro la puerta detrás de mí.

—Perdona por el allanamiento —me disculpo—. Aviso: mi obsesión con los *highlanders* acabó, ¿vale? Ahora me molan los *cowboys*. Esta visita no va por ahí.

—Está bien saberlo —se ríe él, que por suerte no estaba en una situación comprometida cuando he entrado.

—Vengo a hablar de algo serio —le digo.

Él se sienta en la cama y me invita a su lado.

—RuRu…

—Si empiezas así igual no me lo tomo en serio —bromea él, que está tan nervioso como yo.

Respiro hondo y vuelvo a intentarlo, ahora ya sin rodeos y con todas mis ilusiones expuestas.

—¿Y si lo hacemos juntos? Lo del bebé, me refiero. Hace tiempo que la idea está ahí, flotando en el aire.

Brodie se queda quieto unos segundos.

—Lo sé, yo también lo he notado, y le he dado muchas vueltas. No sería una mala idea.

Su respuesta, tan directa, me anima a continuar:

—Es que… yo te veo. Te veo como padre, y sé que lo deseas tanto como yo.

Brodie asiente despacio y me agradece la sinceridad con una sonrisa.

—Me fliparía, sí. Siento una profunda envidia por Jordi, y no sabría decirte si es sana, la verdad. ¿Te refieres a eso? Podríamos solicitarlo juntos, quizá haya más opciones que yendo por separado.

Me llevo una mano al vientre. No hay nada ahí, pero lo deseo tanto que casi duele.

—Yo… yo quiero eso también, claro, lo que tiene Jordi. Pero lo que más deseo es el embarazo. La experiencia de la gestación, sentirlo aquí dentro.

Brodie me mira con esos ojos azules que parecen estar siempre a medio camino entre la ternura y la risa.

—Julia…

Justo entonces la puerta se abre de golpe y aparece Marc con las llaves de casa en alto.

—¡Planazo de Navidad, señoritas! Hace un día espectacular, así que nos vamos a comer por ahí en familia.

Jade se asoma por detrás, risueña.

—Sin reserva, lo más parecío a un banquete navideño que vamos a conseguí es un Happy Meal.

—Pues oye, ¡McNavidad se ha dicho!

La tensión se disuelve en carcajadas. Brodie me da un toquecito en el hombro, posponiendo así nuestra charla, y yo asiento. Queda pendiente.

BRODIE



Jade está trabajando en su escritorio desde que hemos llegado; contemplarla tallando cristales y engarzándolos en piezas de metal que modela a su gusto es hipnótico. Siempre me quedo embobado mirándola.

—No ha estado mal la comida —comento, porque no sé de qué otra forma romper el silencio.

Ella, que sabe que estoy nervioso porque me conoce, me deja espacio y me sigue el rollo. A veces no sé si sabe esas cosas porque me quiere o porque posee esos poderes ancestrales que lo adivinan todo.

—To lo bien que puede está una comida en una cadena de comida basura, pero tienes razón, no ha estao mal. A lo mejó es que estoy aprendiendo a tomarme menos en serio las celebracione familiare. Siempre me da como mucho estrés prepararlo to y pensá hasta en el más mínimo detalle. Y luego valdría con una hamburguesa de un euro y unas papas blanduchas.

—Al menos tenían opción vegana. La versión de ternera nunca tiene pinta de ternera, es más bien como periódico aplastado con sabor adictivo.

Le ofrezco un poco de turrón que he robado de una bandeja de la cocina y ella lo atrapa con los dientes directamente de mis dedos, sin dejar de trabajar.

—Cuando te apetezca un descanso podríamos ver una peli —le propongo.

Ella, que ahora tiene todavía más claro que estoy nervioso, deja las herramientas en la mesa y se levanta.

—¿Qué te pasa?

No me lo pregunta con el tono severo que suele usar como compañera de piso, sino con el de comprensión de compañera de vida que solo saca conmigo.

Antes de saber mi respuesta, me abraza con fuerza; al separarnos, me mira más seria.

—Te he notao pensativo hoy. Casi no te has metío con Marc, ni siquiera cuando te ha enseñao mal las señas pa que le dijeras a Jordi que ha sío un placé compartir las fiestas con él y con Pau.

—Pues he estado a punto. Mira que hacerme decirle a su hermano que tiene unos pectorales de lo más sensuales…

Si a Jade le divierte la situación, lo esconde bajo la ternura con la que me vuelve a abrazar. Luego me invita a sentarnos en su cama y me da unas palmaditas en la rodilla para animarme a hablar. Me conoce tanto que me asusta. Malditos poderes mágicos…

—Julia me ha propuesto que tengamos un hijo juntos —suelto, así, sin anestesia.

Jade parpadea. Muy lento.

—¿Qué?

—Lo que oyes —respondo, como si no hubiera palabras para explicarlo mejor—. No es que lo estemos planeando ni nada, pero me lo ha dicho esta mañana. Y yo… pues yo también lo he pensado.

Jade se incorpora un poco, como si necesitara estar más recta y estable para procesar lo que acabo de largar.

—¿Pero tú lo has pensao bien?

—Sí, la verdad es que sí —admito—. ¿Tú sabes lo bien que me quedaría un cochecito de bebé? Y una mochilita de esas como la que trajo Jordi ayer ya ni te cuento.

Jade me pega un manotazo.

—Es verdá que estarías mu guapo así, pero te lo digo en serio. ¿Lo has pensao bien?

Trago saliva y trato de sonreír.

—Vale, es en serio entonces: sí, lo he pensado. Bastante.

Se queda callada, mirándome con esa intensidad suya que siempre se me mete dentro, y dice:

—Po no me parece ninguna locura.

Yo me echo hacia atrás, exagerando, como si me hubieran dado un golpe en el pecho.

—¡Anda ya! Se supone que eres quien me tiene que quitar la idea de la cabeza. Ponte celosa o algo, yo qué sé. Llámame ingenuo, o dime que estoy pirado, lo que sea.

—Haberte buscao una novia estánda, ¿a mí qué me cuenta?

—Joder, Jade. Es que si lo aceptas tú… ¿Tú apoyando la idea de un bebé en esta casa? Eres la persona más en contra de la maternidad que conozco.

—No estoy en contra de la maternidad, estoy en contra de ser yo madre. No es lo mismo. —Cruza los brazos, seria—. Pa mí, tené un hijo debería surgí de algo más profundo que una relación romántica que se puede derrumbá. Nunca se debería hacé por costumbre o porque toca, sino porque de verdá hay un deseo y un compromiso. Y una profunda amistad que pueda con los reto más difícile.

Con un gruñido, me tumbo en la cama y me tapo la cara con la almohada.

—Calla, que me estoy ilusionando y luego me pasa lo que me pasa.

Jade no se deja distraer; se tumba a mi lado, me destapa la cabeza y me besa muy suave.

—No te esconda, *a gràidh*. Lo digo de verdá: no conozco a nadie con un deseo tan fuerte de ser padre como el tuyo. Y si Julia lo siente igual, po eso es lo único que importa. Porque ese niño crecería sabiendo que lo quisieron incluso antes de existí.

Necesito soltar otra tontería para no ponerme a llorar como un tonto.

—Le podría enseñar versiones en un miniacordeón para martirizaros a dúo.

—Pobre criaturita —dice Jade, poniendo los ojos en blanco, pero noto cómo se le ablanda la expresión.

Nos miramos un rato en silencio. Y ahí baja la guardia del todo, como si hubiera decidido regalarme una parte de sí misma que casi nunca enseña.

—Cuando llegue el momento, estaré de vuestro lao.

MARC

Vale

Voy a decirlo porque si no exploto

Podemos dejar de comportarnos como adolescentes en una serie de Netflix y hacer una asamblea para que me conteis todos esos cuchicheos esta misma noche?

JULIA

¿Asamblea? 😬 ¿Con acta y todo?

MARC

Con acta si hace falta

Y un martillo de esos de los jueces

Si lo encuentro

BRODIE

martillo tengo yo uno

del bazar de abajo

se le cae el mango depende de como lo cojas

pero vale

JADE

No os riáis

Marc tiene razón

Estamos cuchicheando a sus espaldas

Era evidente que se lo iba a oler

JULIA

Aquí a lo único que huele es a café recién hecho. ☕ Acabo de llegar de trabajar y ya me estáis liando.

MARC

RuRu huele a evasivas desde hace dias

JULIA

¡No lo llames así! Ese apodo está patentado.

BRODIE

confirmo

con que una me llame asi ya es bastante

MARC

En serio

Estoy harto de medias frases y miraditas

Esta noche

En el salon

Todas presentes

BRODIE

solo si traes a Taro

MARC

Le estamos dando una vuelta y se lo va a llevar Yun a casa

Esto es serio

No quiero distracciones

JADE

Estamos en la sobremesa de la merienda con mis padres

Han venido Amparín y Gaia por sorpresa

Imaginad la escena

JULIA:

¡Quiero fotos!

BRODIE

yo no puedo moverme

estoy entre ricardo y un plato de polvorones

MARC

Si no venis esta noche se disuelve el grupo

JULIA

Vale, vale, “asamblea”.

Pero yo solo voy si hay galletas.

BRODIE

yo voto pizza

JADE

Tú siempre votas pizza

MARC

Silencio en la sala

Asamblea

Nueve de la noche

Y que cada cual venga con su verdad bajo el brazo

JULIA

Qué solemne, Marc. ¿Tienes normas de etiqueta también?

MARC

Pijamas

No vale hacer trampa

BRODIE

apuntado

pijama pizza revelaciones

JULIA

🤔 Suena más a fiesta pijama que a asamblea.

MARC

Pues eso mismo

Fiesta de pijamas

Pero con las verdades sobre la mesa

He dicho

JULIA



Marc lo hace oficial:

—Bienvenidos a la Asamblea de Navidad de 2025.

—¡Por el culo te la hinco! —grito yo, que no puedo evitarlo. Desde 2005 esperando a poder hacer la broma porque ningún año rimaba.

—Ya empezamos… —murmura Jade, aunque sonríe.

—Punto uno del orden del día —anuncia Marc, sentado en la alfombra, y golpea un cojín contra el suelo como si fuera un mazo judicial—. Aquí hay secretos, y no me gusta que se me escapen.

—Secretos tenemos todo —responde Jade—. Brodie, por ejemplo, se ha jamao media bandeja de turrón antes de que lo vieran mis padre y no pasa na. Nadie se ha enterao. Va a seguí con su vida como si na. Los secretos no tienen por qué ser negativo.

—Eso no cuenta. —Marc levanta una mano dramática—. Estoy hablando de los grandes secretos. De los que cambian cosas.

Brodie carraspea y se anima a hablar.

—Yo confieso que a veces, cuando no estáis, trabajo en la *hotline* con el manos libres para que parezca que hay alguien en casa y que no estoy solo.

El ambiente es cómodo y ligero, pero sé que Marc no va a soltar su hueso tan fácilmente.

—A ver, Julia. —Me señala con el cojín/mazo—. Tú llevas poniendo miraditas raras toda la semana. ¿Algo que confesar?

Me hago la ofendida, mano al pecho y ceño fruncido.

—¿Yo? Solo que estoy muy feliz de teneros a todas aquí.

—Eso es bonito, pero no es un secreto —replica él.

Jade interviene, con su tono medio burlón medio serio:

—Si no lo cuentas tú, prima, se lo cuento yo.

Me giro hacia ella, retándola con la mirada, y me río. Claro que me río, porque si bromea con tanta naturalidad es que lo ha aceptado con más facilidad de lo esperado.

—Vale, está bien. Lo digo. —Me acomodo el pelo, nerviosa pero con una emoción que no me cabe dentro—. Quiero ser madre. Aunque eso ya lo sabes también, no es un secreto.

Brodie respira hondo y, por fin, levanta la cabeza para salir en mi ayuda.

—Y yo quiero ser padre. —Su voz es firme, aunque noto cierto temblor en sus manos—. No es broma, ni un capricho, es algo que siempre he deseado.

Marc abre mucho los ojos.

—¿Y ya está? ¿Lo soltáis así? —pregunta, entre divertido y alucinado.

—Mejor aquí que en la cena de anoche, ¿no? —Me encojo de hombros.

Jade cambia de posición y se sienta enfrente de Brodie y de mí, como si quisiera vernos bien a ambos.

—Escuchadme. —Nos observa con esos ojos negros que dan miedo y calma a la vez—. Os conozco, y si alguien tiene que tené un niño en esta casa sois ustedes dos. Porque lo deseáis de verdad, no hay postureo ni tonterías, sino puro deseo de ser madre y padre. —Suspira y por un instante parece vulnerable, como si se mostrase de verdad—. Y estoy con ustedes pa lo que necesitéi, por supuesto. Sé que siempre estoy de cachondeo con el tema, pero si alguna vé tengo que prepará algún puré vegano nutricionalmente perfecto pa un bebé, estaré encantaísima.

Me arde la garganta de la emoción. Brodie sonríe, tímido, con la cabeza gacha como si no supiera dónde meterse.

—Vale. Hay un detalle —dice, rompiendo el instante con su torpeza adorable—. Yo… no puedo. Biológicamente no funciono

como… ya sabéis.

Me quedo helada. Me había montado la película de que podría decirle en algún momento «sabía que al final caerías en mis redes, *highlander*», pero parece que no. No de esa manera.

—¿Cómo que no puedes? —pregunto flojito, más sorprendida que otra cosa.

Él se encoge de hombros, como quien ve que llueve y no lleva paraguas.

—Simplemente eso, que no puedo tener hijos biológicos. Lo intenté con Rachel. No funcionó. Por eso supe que su hijo no era mío. —Calla un instante y vuelve a alzar la vista—. Pero eso no cambia mi deseo de ser padre.

Nadie dice nada durante unos segundos. Marc es el primero en romper el silencio:

—Pues nada, adopción, como mi hermano.

—¡Marc! —le reprende Jade por la brusquedad.

—¿Qué? Es verdad. La familia se hace, no se nace. —Mira a Brodie con una sonrisa suave, inesperadamente seria—. Yo te veo de padre.

Suelto una carcajada nerviosa para no llorar. Jade sí que llora, con una mano cogida a la de Brodie y la otra sobre mi rodilla.

—No. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba—. No es eso lo que yo quiero. Quiero la barriga, el embarazo. He leído tantos libros sobre ello que estoy obsesionada con la idea de que crezca en mi interior. Me apasiona aprender sobre lo que es capaz de hacer el cuerpo de una mujer en la gestación y el parto, y experimentarlo en mi propio cuerpo debe ser increíble. No voy a renunciar a ello sin al menos intentarlo antes.

El silencio vuelve, pero ahora es distinto. Brodie me mira con ternura y melancolía; sé que querría darme ese regalo, que se lo quiso dar a Rachel. Cuánto dolor ha debido llevar dentro.

—Habrá que buscar otra manera —decide, despacio y tranquilo —, fecundación *in vitro*, donantes… No sé cómo funciona, pero nos informaremos.

—Suena carísimo —apunta Jade, siempre práctica.

—Pero posible —responde Marc—. Mucha gente lo hace. Mientras no recurráis a fórmulas antifeministas y clasistas… Ya sabéis, como los famosos.

—Ni de broma —me defiendo—. ¿Me crees capaz?

—No, qué va, en realidad no. Yo solo aviso, que a la gente se le va mucho la pinza con estos temas.

—Parece que la inseminación artificial es nuestra mejor opción —acepto.

Me muerdo el labio, porque todavía no parecía real y ahora las palabras toman forma y están ahí, habitando entre nosotros como una posibilidad real. Un plan, aunque aún sea humo.

Brodie asiente. Su gesto me dice que, a pesar de todo, sigue queriendo. Aunque en su cabeza la idea de la adopción hubiera ganado ya más fuerza, especialmente al ver a Pau. Lo admiro, porque sabe incluso mejor que yo que lo importante es hacerlo desde el corazón, que da igual el modo.

Marc, en un intento de aliviar la tensión, aplaude.

—Bueno, pues ya está. Asamblea resuelta: vais a tener un bebé.

26 DE DICIEMBRE DE 2025.



BRODIE

La mañana empieza con olor a café requemado y *croissants* duros, cortesía de la panadería de la esquina que nunca abre durante las fiestas pero que, por alguna razón mágica, este año sí; Marc entra triunfal a la cocina con una bolsa enorme de papel en una mano y Yun sujetando la otra con cariño. Sus sonrisas cómplices transmiten pura satisfacción conyugal y Taro, pegado a sus pies, solo añade otro detalle todavía más ideal al conjunto.

—¡Atención, atención! —Marc da dos palmadas, teatrero como siempre—. Con tanto lío se me olvidó daros los regalos ayer.

Lo afirma con tanta solemnidad que casi le creo. Pero luego veo que las etiquetas aún llevan la tinta fresca del rotulador, como si las acabara de escribir en el ascensor. Incluso noto que uno de los paquetes huele al bazar de debajo de casa.

Julia arquea una ceja.

—¿Olvidar? ¿O comprar hace cinco minutos?

Marc ni se inmuta. Levanta la barbilla, digno, y le tintinean los pendientes.

—Yo solo sé que Santa Marc siempre cumple.

Reparte los paquetes uno a uno. Jade recibe el más voluminoso; lo abre con desgana y curiosidad a la vez, si eso es posible, y de

repente suelta una carcajada.

—¿Un kit pa hacé purés caseros?

—*Gourmet* —corrige Marc con acento francés de pega—. Para hacer potitos de bebé orgánicos. Con recetario incluido.

—Ea, po intentaré disimulá mi asco hacia los niño, qué le vamo a hacé —bromea ella.

—Pues como no te adaptes y te vuelvas una herramienta indispensable, cuando estas dos se conviertan en las madres del año te tocará buscarte un nuevo apartamento —dice señalándonos a Julia y a mí con gesto exagerado.

—No serán tan crueles… —responde ella, pero me mira con miedo.

—La cosa es que no me puedo desenamorar de ti —le aseguro antes de besarla con más pasión de la que suelo mostrar en público. Y luego me pongo rojo como un tomate.

Mi caja resulta ser más pequeña: un par de baberos diminutos con dibujos de gaitas. Me tiemblan las manos al sacarlos.

—¿De verdad?

—De verdad —responde Marc, orgulloso por su ocurrencia—. Los vi ayer en una tienda y pensé que quería ser el primero que te regalara algo escocés para tu churumbel.

Escondo los pucheros que empiezan a escaparse de mi boca como si tuvieran vida propia. No sé qué mosca me ha picado, pero estoy a punto de echarme a llorar.

Julia abre el suyo y se encuentra con un peluche blandito de oveja con gafas redondas, igualitas a las suyas. Se le humedecen los ojos en cuanto lo ve.

—Marc…

—Ya está, no llores —dice él, incómodo, encogiéndose de hombros—. No es nada. Estás supersensible, tía. Y todavía queda una sorpresa.

Yun y él intercambian otra de sus miradas de absoluta complicidad. Se dan la mano y Yun la aprieta fuerte, como si quisiera darle fuerzas.

—Mirad, lo hemos pensado toda la noche y parte de la mañana. —Se pasa la mano por el pelo y añade, muy rápido, como para no

echarse atrás—: Si vais a buscar un donante… podéis contar conmigo.

Julia enmudece, yo me atraganto con el café y Jade suelta un «hostia» bajito.

Marc prosigue, atropellado, con miedo a que lo interrumpamos:

—Quiero decir, que tiene sentido, ¿no? Así sabéis que os va a salir guapo, porque mira este perfil… —se señala a sí mismo con toda la caradura del mundo—, y sanote. Aunque bueno, puede que sordo.

Julia suelta una carcajada nerviosa.

—¿De verdad nos acabas de vender la idea de que te encarguemos un bebé guapo, sanote y sordo?

—Claro. *Pack premium*, edición limitada. —Marc sonríe, pero se nota que habla en serio aunque lo disfrace de broma—. Además, Yun y yo tenemos claro que no queremos niños. Pero nos mola la idea de ayudaros a vosotros a tenerlo, así de sencillo.

—¿Y tú te ves en plan… padre biológico, pero no *padre*? —pregunto yo, todavía procesando.

—Exacto. Yo aporto solo el material genético, vosotras el resto, y así todos contentos. Es como tener un bebé comunal, porque Jade se resiste pero algún biberoncillo le dará, ya veréis.

Julia se lleva una mano a la frente, como si intentara ordenar el vendaval.

—Marc, no sé qué decir…

—Pues di que sí. —Él abre los brazos para acogerla con cariño en su pecho—. O al menos, pensadlo. Pero dejad de mirarme como si hubiera propuesto una orgía navideña.

Eso provoca una ola de risas que rompe la tensión, aunque noto en los ojos de Julia que lo está considerando en serio. Y yo también.

Me quedo mirando los baberos de gaitas entre mis manos, temblando un poco. Nunca un trozo de tela me había importado tanto.

JULIA



El turno de ocho horas seguidas en Starbucks no me ha ayudado a procesar la información en condiciones; entre pedidos con canela y villancicos sonando en bucle, no he podido dedicarle más de dos segundos seguidos a la idea. Me parece increíble que todo haya encajado y, a la vez, que encaje tan poco con cómo debería ocurrir esto. Por un momento me han entrado ganas de contárselo a mis compañeros de trabajo para ver cuál era su reacción. Pensarían que estoy loca, que así no se hacen las cosas. Y, la verdad, me daría exactamente igual.

He llegado a casa y, como una tonta, me he echado a llorar en la ducha, como en una escena de peli independiente, con los mocos mezclándose con el agua que cae de la alcachofa. Y ahora no encuentro las ganas de secarme el pelo ni de ponerme el pijama mullidito que había preparado para la sesión del club de lectura de esta noche.

Salgo del baño envuelta en la toalla y me quedo en medio del pasillo un momento, a medio camino entre la habitación de Marc y la de Brodie, y entonces Marc se asoma desde la suya, como si hubiera sentido mi presencia sin escucharme, porque veo que no lleva los audífonos; lleva el pelo revuelto y calcetines, pero no pantalones, como si fuera un adolescente pillado en plena escapada romántica.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —me pregunta en voz baja.

—Para nada. Tengo la cabeza hecha un bombo.

Nos miramos como si estuviéramos compartiendo otro secreto; siempre igual en esta casa… Aunque de alguna manera lo estamos haciendo, así que entro en su cuarto para guardarlo bajo llave.

Me pide unos segundos para colocarse los audífonos.

—Tía, estás empapada. ¿No tienes frío?

Saca del armario un batín calentito y me lo extiende. Es como de divo de Hollywood; me lo pongo por encima y me deshago de la toalla mojada. Marc, al notar que mi mirada se pierde en la nada, me abraza y me trae de vuelta a la realidad, una realidad mucho menos catastrófica que los escenarios que me he imaginado al pensar en todo el proceso que nos queda por delante.

Y parece que Marc se ha pasado toda la tarde pensando lo mismo que yo, aunque seguramente él no haya caído en los efectos que puede sufrir mi cuerpo en un tratamiento hormonal; o sí, porque él ya lo vivió junto a Jade, que la conoció antes de la transición física. Marc lo hace todo tan sencillo que parece que no le cueste, pero quizá medite las cosas más de lo que creemos.

—Oye, Julia… —Me aparta un mechón de pelo que se me ha pegado a la frente—. ¿Tú crees que tiene sentido darle tantas vueltas? A lo de la inseminación, digo. Las clínicas, las pruebas, el tratamiento… Le he preguntado al ChatGPT y no veas qué jaleo es.

—Jaleo y dinero —aclaro.

—Eso también. Y agujas.

Lo miro fijamente, con la misma mezcla extraña de miedo y entusiasmo que llevo sintiendo desde anoche.

—¿Y si lo hacemos fácil? —me atrevo a preguntarle—. Ya nos conocemos, en todos los sentidos, no hay incomodidad. No somos nuevos en esto.

Marc sonríe como si hubiera estado esperando a que yo lo dijera.

—¿Sabes? Es lo más lógico —me dice—. Nos conocemos bien, no hay vergüenza, ni líos…

—Lo hemos hecho antes.

—Con éxito probado, diría yo —añade él.

—Qué modesto. —Le pego un toque en el brazo y él se ríe, arrimándose un poco más.

—Entonces, ¿lo hacemos así? ¿Sin mística de laboratorio ni batas blancas? Solo nosotros, con naturalidad.

—Y sin esa música de Olly Alexander que te encanta poner de fondo, que a ver si te crees que cuando vivías aquí no os oía a Yun y a ti desde mi habitación.

—Sin Olly —repite, como un juramento solemne.

Nos miramos risueños y siento que el acuerdo está cerrado, no con contratos ni firmas sino con esa confianza que siempre hemos tenido el uno con el otro. Y sin darle más vueltas, lo tomo de la mano y lo arrastro a la cama.

—¿Ahora? Joder, Julia, que pensaba que te referías a ir probando más adelante. ¡Qué presión! Me he puesto nervioso.

—Tú nunca te pones nervioso en la cama, no mientas.

—Eso es verdad. Pero… si esto funciona, ¿qué le diréis al bebé cuando pregunte cómo fue concebido? —pregunta de repente.

—Pues no creo que pregunte, la verdad —respondo mientras me quito la bata que me ha prestado—, pero si lo hace pues se le contará la verdad: que vino de la amistad más rara y bonita del mundo.

—¿Y que su tío Marc es un semental?

—¡Idiota! —le increpo mientras le arrojo la bata a la cara, muerta de risa.

La risa se transforma en besos casi sin transición; nuestros cuerpos ya se conocen, así que no hay misterio alguno por descubrir. Nos sale natural, como si tuviéramos un acuerdo tácito para cada movimiento. La electricidad está ahí, pero no pesa en absoluto. Estamos cómodos en nuestra propia rareza.

Marc sabe leerme, cuándo apretar, cuándo parar, cuándo reírse en mitad de un beso porque yo le he pedido que se mueva un poquito más a la izquierda, como si estuviéramos montando un mueble de Ikea.

—Concentración, Julia —me pide entre risas.

Disfruto del momento sin perder de vista el objetivo. Es placentero, sí, pero no estamos aquí solo por eso, y esa idea añade capas a una relación ya de por sí complicada pero maravillosa.

Cuando al fin descansamos, Marc me da un golpecito suave en el hombro.

—Primer intento de inseminación: completado.

—Pareces un robot —me burlo y él simula la risa de un robot.

Me acurruco junto a él, aún con la risa pegada a la garganta.

—Pues lo hemos hecho bastante bien, ¿no? —dice evaluando la situación.

—Pase lo que pase, Marc, gracias. No sabes cuánto te quiero y lo importante que eres para mí. En general, ¿eh? No solo por hacer esto por nosotros.

—Por ti lo haría mil veces, Julia. Aunque con suerte no harán falta tantas.

Y me acaricia la frente con una ternura inesperada que me deja sin palabras.

BRODIE



Jade y yo estamos en la cocina, con las luces apagadas y la nevera abierta, remojando restos de bizcocho en vasos de leche vegetal. Después de… bueno, de lo que acabamos de hacer, necesito azúcar; ella se ríe de mí porque mastico como si llevara semanas sin comer, pero también está despeinada y hecha un desastre, con esa sonrisa de satisfacción que le da un aire de triunfo que me mata.

—Te estás volviendo mu políglota tú, ¿no? —me pica con la voz ronca.

—Sí, hablo inglés, gaélico, español y jadeando —contesto con la boca llena, y casi me ahogo con una pepita de chocolate.

Es entonces cuando aparece Julia por el pasillo. Viene descalza, con el pelo mojado y las gafas torcidas, y le da igual lo evidente que resulta que acaban de echar un polvo, porque brilla con una alegría que deslumbra.

—¿Qué pasa, RuRu? ¿Asaltando la despensa después del quiqui? —bromea, divertida, antes de robarle un trozo de bizcocho a Jade.

Ella la aparta de un manotazo.

—Será que tú no viene a lo mismo, vamo.

Julia se parte de risa, y después de las dudas que han debido rondarle todo el día, como a mí, sienta bien verla así de contenta.

—Confieso: Marc y yo hemos pensado que mejor así que con agujas de por medio.

Y entonces, como si lo hubieran invocado, aparece Marc desde la oscuridad, todavía abrochándose mal el pijama.

—¿Estamos confesando cosas? Pues yo confieso que estoy agotado, y que Julia ronca. Y que no ha habido un intento, ha habido dos. No se pueden dejar las cosas así, a la suerte.

Nos reímos todos y ahí empieza el caos. Comentarios que van y vienen por la cocina, iluminada solo por la luz del frigorífico mientras Jade nos riñe para que lo cerremos, porque vaya gasto energético tan tonto; Marc casi se mea cuando argumenta que para gasto energético el que le cuesta a él darnos un hijo. Y luego nos dedicamos a lanzar posibles nombres para el bebé.

—Eustaquio.

—Prudencia.

—Lluvia.

—RuRu Junior.

Jade nos para, porque se nos está yendo de las manos.

—Creo que ya que va a salir de este —señala la entrepierna de Marc— y a gestarse en esta —señala la barriga de Julia—, debería tené un nombre gaélico en honor al padre, ¿no?

—Es que son raros, como si estuvieras escupiendo —me quejo—. Y luego mirad lo que pasa, que la gente no los sabe escribir y te acaban llamando RuRu o mierdas por el estilo.

—Pues elígelo tú —dice Julia—, uno que te suene bien en ambos idiomas, que para eso eres el políglota de la casa.

Cuando dice *políglota*, Jade y yo nos echamos a reír, y en ese momento en el que parece que mi vejiga ya va a rendirse por la flojera, Julia se agacha de golpe y se pone a cuatro patas en la alfombra mientras grita:

—¡Podría estar embarazándome ahora mismo! ¡Tengo que poner el culo en alto, que dicen que ayuda!

Corro hacia el baño porque si no me meo encima, y por lo que me da tiempo a oír, no soy el único.

—Pero así no, prima. Date la vuelta y levanta las cadera, con la espalda en el suelo, como si estuviera haciendo un puente del yoga. ¿Es que no has visto *El cuento de la criada* o qué?

—¡Qué mierda de ejemplo, tía!

Cuando vuelvo, está echada de la manera que le ha indicado Jade, ambas con lágrimas en los ojos y jadeando de tanto reír. Marc y yo nos asomamos desde arriba y Julia nos mira con esa locura tan suya.

—Definitivamente, vamos a traumatizar a este niño antes de que nazca —dice.

Nos sentamos a su alrededor, como si fuéramos un aquelarre, con bolas de Navidad, espumillón y serpentinas alrededor.

Un tío presumido, una friki de los libros, una bruja gitana y un escocés medio colgado, riéndonos como si nada malo pudiera pasarnos. ¡Vaya cuadro!

Pero quizá de eso se trate, de que juntos no puede ocurrirnos nada malo.

Los miro con el corazón lleno de vida.

—¿No es increíble? ¡Vamos a ser una familia alucinante!

UN HIGHLANDER POR NAVIDAD

16 DE NOVIEMBRE DE 2026.

BRODIE CREÓ EL GRUPO ✨ CAMERON ✨
BRODIE AÑADIÓ A VICENT
BRODIE AÑADIÓ A MAIRÉAD

BRODIE

vale

necesito que esteis sentados

y si estais bebiendo algo dejad el vaso

no quiero muertes por atragantamiento a distancia

MAIRÉAD

Estas actuando raro

Que has hecho ahora?

VICENT

Eso es verdad, estás raro. Cuenta, anda.

BRODIE

he hecho magia

bueno mas bien la ha hecho julia

aunque es cosa mia tambien

BRODIE ENVIÓ UNA IMAGEN

BRODIE

os presento a mi bebe

VICENT

¿QUÉ?

😮😮😮

MAIRÉAD

Un bebe?

Cuando?

BRODIE

hoy mismo

esta manana temprano

se llama cameron

esta sano pequenito y perfecto

VICENT

¿Se nota desde ahí que estoy llorando? 😭❤️

BRODIE

un poco si

MAIRÉAD

Y por que no nos lo habias dicho antes?

BRODIE

porque pensaba daros la sorpresa en navidad

pero ahora que lo tengo en brazos no podia callarme ni un segundo mas

tenia que compartirlo con vosotros

VICENT

Has hecho bien. Esto es lo más grande.

¡Qué buenísima noticia!

BRODIE AÑADIÓ A RACHEL

RACHEL

… qué es esto?

BRODIE

hola rachel

solo queria que supieras que hoy ha nacido mi hijo

RACHEL

no sé qué quieres que te diga

MAIRÉAD

Rachel…

Hijo, por que no lo dejas estar?

Para que remover las cosas?

BRODIE

es importante para mi que los tres sepais que ha sido duro

veros formar una familia sin mi

pero ahora tengo la mia y es increible

RACHEL

entiendo que era mentira lo de que no podias tener crios

BRODIE

la de las mentiras fuiste tu

por si no te acuerdas de que tu hijo tiene toda la cara del vecino de enfrente

pero ya me da igual

encontre la manera

RACHEL

enhorabuena, supongo

que os vaya bien

RACHEL SALIÓ DEL GRUPO

VICENT

Estoy deseando abrazar a mi nieto, Ruairidh.

BRODIE

lo haras muy pronto

de momento os paso una foto

amparin le ha hecho un gorrito y todo

BRODIE ENVIÓ UNA IMAGEN

VICENT

¡Mira eso! Es un valencianot como su iaio.

MAIRÉAD

Asi me gusta

Bien abrigado

VICENT

¿Vendréis por Navidad?

BRODIE

puede ser

ULLAPOOL, 21 DE DICIEMBRE DE 2026.



BRODIE

Nunca pensé que volvería a Escocia con tanta nieve ni con tanto miedo en el estómago. No es la nieve, ni el frío, ni siquiera el silencio del bosque lo que me asusta. Con esas cosas ya aprendí a vivir desde niño. Es esa sensación rara de estar uniendo mi futuro y mi pasado, de estar trayendo a mi hijo a mi origen, como si las Highlands tuvieran que aprobarlo para que Cameron fuera de verdad parte de mí.

Voy caminando despacio, con él sujeto contra mi pecho en la mochilita, acojonado por si resbalo y me voy de culo cuesta abajo.

Cameron respira tranquilo, abrigado hasta las orejas, ajeno a la odisea de una hora larga a pie entre caminos helados; cada paso me recuerda lo frágil que es, pero también lo fuerte que me hace sentir tenerlo aquí, pegado a mí.

—¿Seguro que no se nos va a congelá la criatura? —refunfuña Jade, que viene detrás, cubierta entre capas de lana y bufandas como si hubiera robado el armario entero de una abuela noruega.

—Está más calentito que nosotros dos juntos —le contesto—. Además, tiene mi alma de *highlander*.

Ella resopla, pisando fuerte para quitarse la nieve acumulada en las suelas de sus botas.

—*Highlander* tú, claro, pero yo soy una lagartija de asfalto. No siento los deos desde hace media hora. Si me los tienen que amputá, me las va a pagá.

—No exageres, mujer. Es tu primera Navidad blanca, ¿no? Eso no lo tiene cualquiera, deberías sentirte afortunada.

—Podría viví sin ella, ¿eh? Ahora mismo el frío me está poniendo difíci viví el momento con ilusión.

Me hace dudar y me detengo a comprobar otra vez la temperatura de Cameron. Le rozo la nariz con un dedo y sonrío al ver cómo arruga la cara en sueños; Jade se me queda mirando, y en ese silencio noto lo orgullosa que está de mí, aunque no me lo diga.

El móvil vibra en mi bolsillo y me las apaño para sacarlo sin despertar a Cameron. Leo el nombre de Julia en la pantalla.

—Mira quién quiere su dosi diaria de bebé —dice Jade, divertida porque no comprende que no podamos estar sin verlo más de unas horas.

—¿Dónde está? —pregunta Julia en cuanto acepto la videollamada—. Enséñamelo ya, tengo un mono que no me lo aguanto.

Seguimos caminando despacio, ahora Jade dirigiendo nuestros pasos para que yo pueda centrarme en la imagen.

—¡Ay, mi pequeño *highlander*! —Julia lanza un gritito—. ¡Está más guapo que ayer! RuRu, ¿lo llevas bien sujeto? Que se le ve una orejita un poco roja, tápasela mejor, anda.

—Manda narices que ni a tres mil kilómetros de distancia dejes de darme órdenes.

Jade retrocede un poco y se asoma al plano para saludar.

—Está perfecto, pesá —le dice—. Y tú tranquila, que la leche materna que nos diste no se ha llegao a descongelá porque no hemos subío de los cero grado desde que aterrizamo anoche. Esto es como una expedición polá. ¡Así tiene esta gente el cutis de curtío!

Julia sonríe con ternura, pero enseguida me apunta con un dedo como si pudiera atravesar la pantalla.

—Hazme un favor: bésale la frente ahora mismo de mi parte.

Obedezco, y Cameron arruga la nariz como si no estuviera de acuerdo. Jade se ríe y vuelve a encabezar la marcha.

—Vale. Con esto me vale para un rato —dice Julia—. Venga, id a donde estéis yendo y luego me mandáis fotos. ¡Os quiero!

La pantalla se apaga y guardo el móvil, meneando la cabeza.

—¿Sabes qué es lo más curioso? —le digo a Jade—. Que yo todavía lo pasaría peor que ella si se lo quisiera llevar de viaje sin mí.

Cuando por fin llegamos al Loch Achall, la vista me corta la respiración y recuerdo por qué siempre fue mi lugar favorito en el mundo entero. El agua parece un espejo helado extendiéndose entre las montañas cubiertas de nieve y el sol de invierno, con su baja trayectoria y su tenue luz, tiñe todo de un oro pálido que apenas dura unas horas; pocas, pero suficientes para grabar la imagen en la memoria.

—Vale, lo admito, rubio —murmura Jade con los ojos brillantes—: merece la pena el camino y el frío. Parece que estemo dentro de una postá.

Nos acercamos despacio a la orilla del lago.

—Para mí siempre ha sido especial. Traía aquí a Brodie, mi perro, ya sabes, cuando la vida se me hacía bola. Era mi refugio. Y ahora… —Respiro hondo—. Quería traer a Cameron. Y a ti. Que este lugar sea todavía más de lo que era.

Jade se queda callada, solo observando. Entonces me armo de valor, saco del bolsillo un trozo de tartán verde, el de mi familia, y se lo muestro con una sonrisa nerviosa. Es la primera vez que me atrevo a compartirlo con ella.

—No te he traído aquí solo por las vistas de postal, Jade.

—¿Esto qué es lo que é? —pregunta, entre la broma y la sorpresa.

—Un *handfastening*. Una promesa. Ya sé que las bodas no son lo nuestro, que no nos fueron demasiado bien en el pasado, pero quiero celebrar de alguna manera que te voy a querer toda mi vida.

Sus ojos se humedecen un instante, aunque enseguida lo oculta.

—Mira que ere cursi, escocé.

—Lo sé. —Le tomo la mano y paso la cinta alrededor de nuestras muñecas como puedo, sujetando a la vez a Cameron, que justo entonces se despierta un poco y abre los ojos como si quisiera ser

testigo de la ceremonia improvisada—. *Hiya, bonnie wee lad*, tú también eres parte del trato.

El bebé suspira, acomodándose otra vez contra mí. Jade aprieta mi mano y me dice:

—Parece mentira que con lo torpe que ere, esto te haya salío tan bien.

Cerramos la austera ceremonia con un dulce beso envuelto en el silencio de las montañas. Al separarnos veo que se le escapan un par de lágrimas, igual que a mí.

—Nunca pensé que este tipo de felicidá pudiera existí pa mí —me confiesa.

—Yo tampoco, Jade. Eres un regalo. Tú y Cameron lo sois. No hacía falta ni que me tocara el gordo, solo tenía que encontraros.

Ella ríe entre lágrimas y me da un empujón suave en el hombro; al ir atados por la muñeca, ella también sufre las consecuencias y se tambalea igual que yo.

—Vaya, y yo que pensaba que veníamo a congelarno y a hacé fotos bonita. La lotería no nos hubiera venío mal tampoco, ¿eh?

—Eso también, pero mira —digo, besándole la frente a Cameron —: al final me ha tocado el mejor premio, y justo antes de las fiestas. Me ha tocado un *highlander* por Navidad.

Jade suelta una carcajada que sale de su boca entrecortada por el frío.

—Qué cursilada, Brodie.

—Pero es verdad. Mira este paisaje, mira a este niño… y mírate a ti, tan preciosa con esa naricilla roja por el frío. ¿No te parece que soy el tío con más suerte del mundo?

—Bueno —responde ella, sonriendo todavía—, pero como no me lleves ya de vuelta al pueblo y nos tomemo un chocolatito bien caliente, te juro que te abandono aquí con tu pequeño *highlander* y tu postá. ¿Tenemo que ir ataos ya tol rato o es na más que pa la *performance*?

—Solo si quieres.

Jade baja la mirada hacia la cinta que une nuestras manos, acaricia el tartán con suavidad y pregunta:

—¿Es de verdá el de tu familia y es verde jade por casualidá, o has hecho trampa pa impresionarme?

—Contigo no hago trampas. Debió ser tu magia gitana la que dictó que mi clan luciera durante siglos el verde jade en sus ropajes.

No contesta, pero no hace falta: sus ojos negros lo hacen por ella.

—¿Tú cree que nos caeremo si hacemo el camino de vuelta enlazao así?

—Podemos intentarlo.

Jade se acerca un poco más y me susurra como si el bosque entero estuviera escuchando:

—Po aunque nos caigamo, aquí o en cualquier otra parte, no me pienso soltá de tu mano.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Recuerdo la noche, después de verlo actuar, en la que le dije a mi amigo Ruairidh: «Te voy a convertir en un personaje de mis novelas». Imaginad su cara. El pobre creyó que iba a ser uno de esos *highlanders* que se suelen ver en las portadas de romances salvajes y que siempre llevan el torso al aire.

Le expliqué que quería representar a un *highlander* de verdad, de los de calle, como él, con sus rarezas, su piel pálida, su barriguita cervecera y su humor absurdo; le conté que mi intención era romper con el clásico cliché del machote fornido que secuestra o salva a una mujer más bien torpe y debilucha de una situación peligrosa, que quería hablar de otra clase de hombre, de esos que había conocido tras tantos años viviendo en Escocia, muy distintos de esa imagen.

Pero claro, lo que para mí era un cumplido para él fue una decepción, porque él prefería ser el señor de los abdominales de hierro en las páginas del libro, así que lo arreglé asegurándole que lo convertiría en el protagonista de una bonita historia con final feliz.

Y aquí estamos. Si algún día, por cuestión de algún milagro divino —porque no entiende ni una palabra de español— lee esto, espero que se reconozca tanto en las bromas y las estupideces como en la ternura y la vulnerabilidad con las que he tratado de dibujarlo.

GRACIAS

A Marta, mi lectora perfecta, por enamorarte de Brodie, querer casarte con Jade, adorar a Marc e inspirar cada comentario absurdo de Julia.

A Marta —otra vez—, Alessandra, Noelia, Raquel y Ángeles, mis lectoras betas favoritas, que llenaron de comentarios y emojis el primer manuscrito hasta hacerme morir de risa.

A Raquel y a Noelia, mis *queer writers*, porque con ellas a mi lado es más fácil dar forma y sentido a lo que escribo.

A Kike, por hacerme disfrutar tanto del proceso de corrección que tanto pesa a otras autoras.

A Marisa y a Adela, por lograr que mis libros luzcan así de preciosos por dentro y por fuera.

A Estela, a Víctor y a Jota, a quienes tras tantos años leyéndome en Word esta vez me he dado el capricho de excluir del proceso de creación para que puedan leer la obra ya terminada.

A mis queridas lectoras de Llibre Con València, porque en este primer año como escritora y librera me he sentido totalmente arropada y cuidada por vosotras.

A cada una de las personas que lee, comenta, reseña, recomienda y disfruta de mis novelas, gracias por escogerme entre la enorme cantidad de opciones que inundan el panorama editorial actual.

A Ethan, que todavía es muy chiquitín para entender que su presencia me ha iluminado la vida.

A la Mary, porque todo lo que sé me lo enseñó una bruja.

A Tiantian, por prestarme su acento gaditano y, aún mejor, por elegirme cada día para protagonizar su gran historia de amor.

SOBRE CARLA

Carla Sáenz escribe como quien respira: sin poder evitarlo. De hecho, se duda de si por sus venas corre sangre o tinta. Cambió Escocia por Valencia y la lluvia por los libros, y ahora vive entre historias, café y activismo. Cree en las palabras, en los finales abiertos y en que los libros —que no se leen, sino que se habitan— deberían venir con banda sonora.

Otras novelas de la autora:





